El futuro de la Historia

JOHN LUKACS

TURNER NOEMA

acceso
abierto

El futuro de la Historia

JOHN LUKACS

TRADUCCIÓN DE MARÍA SIERRA

COLECCIÓN NOEMA

Título original: *The Future of History*

© John Lukacs, 2011 / All rights reserved
Edición original en inglés: Yale University Press, 2011

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

De esta edición:
© Turner Publicaciones S.L., 2011
Rafael Calvo, 42
28010 Madrid

Creative Commons

Primera edición: octubre de 2011
Edición digital

De la traducción:
© María Sierra, 2011

Diseño de la colección:
Enric Satué

Ilustración de cubierta:
The Studio of Fernando Gutiérrez

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:
turner@turnerlibros.com

ISBN Digital: 978-84-15427-31-5

Para Willie

SPES FUTURAE

LA PROFESIÓN DEL HISTORIADOR

La aparición de la conciencia histórica – La historia de la historia profesional – La historia como "ciencia social" – Ser historiador durante la crisis actual – "El pensamiento histórico se nos ha metido en la sangre"

1.

Todo tiene su historia, incluso la historia. (Todo tiene su historia, incluso la memoria… pero *ahí* no vamos a entrar, al menos por el momento). En la mayor parte de los idiomas, "historia" denota dos cosas: el pasado, pero también el estudio y la descripción del pasado, un determinado tipo de narración. Y ¿en qué estado, con qué perspectivas de futuro, se encuentra esa narración hoy, en los primeros años del siglo XXI? Diré –debo decir– algo sobre esa gran pregunta –más que grande– un poco más adelante, en este mismo librito. Pero ahora debo empezar con el estado y las perspectivas de futuro de la profesión del historiador; o, dicho de manera más precisa, del acto de enseñar historia o de escribir sobre ella como una profesión acreditada que llevan a cabo profesionales acreditados.

La historia como actividad profesional es más reciente de lo que se suele pensar. La existencia en la historia empezó con Adán y Eva, que vivían en su tiempo y lo sabían. A partir de ellos, cobraron existencia el relato y la escritura del pasado, pero fueron quizá unos cuantos griegos los primeros que se ejercitaron de forma consciente (y excelente) en la "historia"

(la propia palabra "historia" viene del griego, donde venía a significar "investigación"). Los grandes escritores griegos, romanos y de otras culturas (por ejemplo los del Nuevo Testamento) se inclinaban (algunos de ellos con gran entusiasmo) por registrar y escribir sucesos *reales* sobre gente real y no sucesos legendarios sobre gente de leyenda, pero ni a ellos ni a sus lectores se les ocurría utilizar el nombre de "historiadores" o de "biógrafos". Muchos siglos después, desprenderían cierto tufillo a profesionalidad algunos hombres a los que se denominaba "cronistas" y que tenían encargada la tarea de llevar el registro de determinados sucesos o de determinadas personas. Con todo, estos hombres no diferían mucho de sus predecesores griegos o romanos. Más adelante –no durante el Renacimiento sino más bien, en general, posteriormente– apareció otra cosa que yo prefiero llamar el surgimiento de la conciencia histórica, concretamente en Europa occidental y en Inglaterra; algo que para muchos supuso un cambio de mentalidad y de vocabulario. Ese algo se hizo sentir en un interés cada vez mayor por la historia, e incluso por el autoconocimiento. No es tarea de este libro describir esa mutación con detalle, aunque su autor le haya dedicado gran parte de su trabajo como docente y como escritor, llegando al extremo de afirmar que la aparición de la conciencia histórica en torno al siglo XVII puede haber tenido tanta importancia –si no más– como la aparición del método científico.

Con todo, permítanme ilustrar esa aparición aunque sea en pocas palabras, con unos ejemplos tomados de la lengua inglesa. El *Oxford English Dictionary* registra la primera aparición de 'historia' "en tanto que registro formal" en el año 1482; la de 'historiador', medio siglo más tarde, en una época en la que la palabra 'siglo' no tenía su significado actual. Poco tiempo después, 'primitivo' cobra, por primera vez, el significado de que ciertas cosas y ciertas personas se hallan

todavía "por detrás" de nosotros; 'progreso' significa por primera vez avance en el tiempo (ya no solo en el espacio); 'siglo', 'contemporáneo', 'década', 'época', 'Edad Media' (por vez primera alrededor de 1688, señalando un lapso de tiempo bien definido, entre lo 'antiguo' y lo 'moderno'), 'evolución' y 'desarrollo' vienen un poco después. Al mismo tiempo, esta nueva visión externa de la historia trajo consigo un nuevo tipo de visión interna, que se ejemplifica claramente en la aparición de palabras con el prefijo 'auto': 'autoestima', 'autocompasión' o 'autoconocimiento' hicieron su aparición en el idioma inglés durante el siglo XVII; 'ego' y 'egoísmo' llegan un poco después, cuando aparece por ejemplo 'anacronismo', que hace referencia a algo mal ajustado a su tiempo, esto es, a algo que está históricamente equivocado. (Recuérdese que dos siglos antes Tiziano y compañía pintaban escenas y figuras bíblicas con la indumentaria del siglo XVI, y casas y villas italianas del mismo siglo al fondo).

En suma: la historia de este desarrollo de la conciencia histórica precedió (y trascendió) la historia de la historia profesional. Por supuesto, la primera condujo a la última, y es de esta de la que me ocuparé en el presente libro. En algún momento, en torno al año 1700, hace ahora unos trescientos años, algunos hombres empezaron a darse cuenta de que el conocimiento de la historia podría ser no solo interesante, sino también práctico, en especial para lo concerniente a las relaciones entre estados. Hacia 1720, el cardenal Fleury, consejero del rey de Francia, escribió que "un hombre de estatus mediocre necesita muy poca historia; aquellos que desempeñan algún papel en los asuntos públicos necesitan mucha más y para un príncipe toda es poca". El Profesorado Regio en Historia Moderna, instituido en Oxford en el año 1724 por el rey Jorge I, estaba restringido a la educación de jóvenes diplomáticos. El adjetivo "diplomático" se refería por entonces al estudio y análisis detallado de documentos; en este

aspecto, un gran erudito francés, Jean Mabillon (*De re diplomatica*, 1681), que se dedicó sobre todo a estudiar los primeros documentos de la Iglesia y a señalar sus errores, se adelantó en casi un siglo al estudio "científico" de la historia. Pero ya estaba en marcha algo más amplio (y más profundo). Durante el siglo XVIII, la historia empezó a brotar y a florecer como literatura, especialmente en Francia e Inglaterra, y hubo un gran incremento de la cantidad de personas que leían por placer.[*] Voltaire se dio cuenta perfectamente; la historia es la forma de literatura que más lectores tiene en el mundo, escribió. De ahí que escribiera las biografías históricas de Carlos XII y de Luis XIV, por ejemplo. "La historia es la especie de escritura más popular", dijo Gibbon, y a ella se dedicó. Hacia finales de ese siglo el doctor Johnson, en uno de sus comentarios a Boswell, se lamentaba de que no hubiera suficiente historia genuina.

Y tenía razón, en más de un sentido. Ahora la historia ya existía como una rama de la literatura de evasión. Pero recordemos que hace trescientos años no existían los cursos de historia. En las escuelas de bachillerato y en las universidades medievales, la historia no entraba en el temario. Nadie se licenciaba en historia. Puede que a la gente le interesara la historia cada vez más pero, por el momento, no había historiadores profesionales. Y entonces, hace unos doscientos treinta años, la cosa empezó a cambiar.

2.

En 1776 o 1777, la universidad de Gotinga, en Alemania, empezó a ofrecer el primer curso del grado profesional en historia (o, dicho con más precisión, "para el estudio de la historia"). La iniciativa partió de August Ludwig von Schlözer, quien insistía en que la historia era algo más que una narración y algo más que la memorización el pasado; insistía en que

también era filosofía, capaz de poner en relación las consecuencias con las causas. A lo largo de los cien años siguientes, este modelo y esta práctica y esta certificación, alemanes de origen, se diseminaron por todo el mundo civilizado. Sobre el mapa de Europa, uno podría ir señalando el avance del doctorado en historia, a lo largo del siglo XIX, desde España hasta Rusia. En Estados Unidos, el primer doctorado en historia se instituyó en la Johns Hopkins University de Baltimore, en el año 1881[*]. Y a partir de todo esto podemos inferir la siguiente generalización:

> Durante el siglo XVIII, la historia se consideraba una forma de literatura;
>
> durante el siglo XIX, la historia se consideraba una ciencia;
>
> y a menudo durante el siglo XX, sobre todo en Estados Unidos, se ha considerado una "ciencia social"[**].

Tal como se consideraba, se practicaba. Y esta práctica de formar y certificar a los historiadores profesionales, alemana en origen, se volvió casi universal. Pero ¿cuáles eran (y son todavía) sus aplicaciones prácticas? Por encima de todo, estaba (y está todavía) el estándar idealizado de la objetividad. O, en Alemania especialmente, la insistencia en "el método científico", cuya correcta aplicación llevaría (o debería llevar) a que se lograse escribir un tramo de la historia *wie es eigentlich gewesen*, "como de hecho fue", de acuerdo con la máxima del historiador alemán Leopold von Ranke, que vivió y trabajó durante casi todo el siglo XIX. El hombre tenía sus defectos personales, y tenía sus prejuicios, pero el suyo fue un ideal noble que no se debería criticar retrospectivamente. Von Ranke no fue el primer historiador que se afanó en encontrar y ensalzar el valor supremo de los documentos; pero sí estuvo entre los primeros que insistieron en la diferencia categórica

que separa las fuentes "primarias" de las "secundarias": las primeras son las dichas o escritas por el sujeto de investigación, mientras que las segundas son un informe de actos o palabras del que da cuenta o que registra un tercero. Otra institución germánica era la del seminario y, en la mayoría de ellos, los estudiantes de posgrado trabajaban bajo la supervisión de un profesor estudiando los documentos o preparándose para utilizarlos. Y de ahí otra consecuencia: la disertación profesional –un trabajo o monografía más o menos original, un análisis de un tema en particular, por muy limitado que fuera, pero basado sobre todo en las fuentes primarias descubiertas o utilizadas por el estudiante, que emplearía a fondo el método científico– lo cualificaba para ser admitido en el gremio de los historiadores profesionales. Esta práctica y la idea de "gremio" en sí se habían tomado de los estándares medievales de la orden de los gremios de artesanos de Alemania, donde la admisión en un gremio requería: a) que el aprendiz se sometiera a la enseñanza del oficio por un maestro artesano, y b) que ese mismo aprendiz produjera una obra original, y de ahí el término "obra maestra".

Los resultados de estos estándares y de estas prácticas de la ciencia histórica del siglo XIX fueron impresionantes. Son muchas las grandes obras escritas por historiadores del siglo XIX que hoy siguen siendo no solo valiosas, sino ejemplares. Se daban además unas condiciones que hacían posibles (aunque no siempre más fáciles) tales logros. Una de ellas fue la apertura gradual de los archivos y, por tanto, la accesibilidad a las fuentes primarias para cada vez más estudiosos. Otra circunstancia es que los "gremios" aún eran reducidos. Todavía en el año, digamos, 1860, un historiador con buena capacidad de lectura y que supiera al menos dos idiomas podía estar al día de todas las publicaciones de otros historiadores profesionales en su "campo" e incluso en otros. Además, su posición social y la remuneración de su puesto docente le permitían continuar

con su investigación en gran medida durante sus horas de ocio. (De estas condiciones, es posible que la última siga dándose, pero la primera ya no).

Un buen ejemplo de estas condiciones entonces novedosas fue el gran historiador inglés lord Acton, que leía y hablaba al menos en seis idiomas. Hay indicios de que, en la década de 1860, cuando comenzaron a aparecer las primeras publicaciones periódicas de historia en el ámbito académico, con artículos, bibliografías y listas de los últimos libros publicados o de colecciones de documentos, Acton se leía una cantidad pasmosa de ellos, fueran sus temas antiguos, medievales o modernos. Y eso en unos años en los que la erudición archivística británica estaba todavía por detrás de la alemana o la francesa. (Sin embargo, Acton fue uno de los personajes clave en la fundación de la *English Historical Review*, en 1885. Y, aunque nunca llevó a cabo el plan de escribir una obra monumental, *The History of Freedom* [La historia de la libertad], Acton escribió mucho: sus artículos, reseñas y ensayos, junto con la impresionante cantidad de notas que en algún momento formarían parte de aquel libro, siguen teniendo vigencia y valor. Y aun así, también él creía en el valor supremo del método científico).

En su notable introducción a *The Cambridge History of Modern Europe* (1897) Acton escribió que, gracias al progreso de la ciencia histórica, se había hecho posible escribir relatos históricos concluyentes de los hechos importantes. Afirmaba así un carácter de "definitividad" que ya no tenemos, ni deberíamos tener. (Como dijo John Newman, contemporáneo suyo, "me da la impresión de que [Acton] espera más de la Historia de lo que la Historia puede proporcionarle"). ¿Habría entendido Acton que La Última Palabra sobre un tema no significa que Este Caso Queda Cerrado? ¿Que la historia, por su propia naturaleza, es "revisionista"? Pues no. Murió, infeliz,

en el año 1902. Era un hombre del siglo XIX, un soberbio ejemplo de la investigación y la escritura histórica de entonces.

En ese mismo siglo, sin embargo, hubo no solo filósofos (digamos Schopenhauer o Nietzsche), sino también un puñado de historiadores que manifestaron su convicción acerca de las limitaciones del "método científico". En 1868, el historiador alemán Johann Droysen lo expresó con gran elegancia: "La historia es el conocimiento de la humanidad sobre sí misma, su certeza de sí. No es 'la luz y la verdad', sino la búsqueda de ellas, el sermón que de ellas se desprende, la consagracion que se les dedica. Como se decía de Juan el Bautista, 'no era él la luz, sino el enviado para dar testimonio de esa luz'". Incluso antes que él, Jacob Burckhardt (quizá el más eminente de los historiadores de los últimos dos siglos) les había dicho a sus alumnos que la historia carecía de método. Les dijo esta frase en italiano: *Bisogna saper leggere*, "Tenéis que saber leer", que es tan cierta hoy, en nuestra era de las imágenes, como entonces. O quizá incluso más.

3.

Durante el siglo XIX, surgió otra novedad previsible, que fue la aplicación del método científico al estudio de una gran masa humana. La aparición de la nueva ciencia de la sociología no fue sino una de sus consecuencias. Y, en relación con los fenómenos anteriores, también empezó a darse entre algunos historiadores profesionales un interés cada vez mayor por ir más allá de los temas tradicionales de los Estados y la política y sus líderes. En algunos casos especialmente notables, alrededor de 1910 o a partir de ese año, particularmente en Francia y en Alemania, pero también en Inglaterra, ese interés no solo se hizo más amplio, sino también más profundo, extendiéndose al estudio de las condiciones geográficas y económicas y materiales de ciertos periodos. En Estados Unidos, Henry

Adams hizo notar, ya en 1900, que existía "la nueva ciencia de la sociología dinámica". Sin embargo, no fue Henry Adams sino toda una plétora de historiadores profesionales estadounidenses los que ya entonces aceptaban y difundían y enseñaban en sus clases esa noción entonces tan americana y progresista de que la historia era una ciencia social. "¿Qué *es* una 'ciencia social'?", le preguntaba en 1912 Agnes Repplier, notable ensayista e historiadora aficionada estadounidense, a un amigo. No obtuvo respuesta a pregunta tan escéptica. Sin embargo, para entonces ya muchos historiadores americanos habían aceptado que su disciplina recibiera la denominación de ciencia social.

Por esa misma época, la enseñanza de la historia, su inclusión sistemática en el currículo de los institutos y las universidades, se había extendido por Estados Unidos. Fue un gran logro administrativo promovido por historiadores progresistas y demócratas, que afirmaban que el estudio y el aprendizaje de la historia eran algo eminentemente práctico, que la historia debía quedar "subordinada de forma coherente" a las necesidades del presente (James Harvey Robinson y Charles A. Beard, 1907). Robinson, en 1912: "Actualmente, la sociedad está inmersa en un esfuerzo inmenso y sin precedentes por mejorar en múltiples facetas. La mentalidad histórica [...] promoverá el progreso racional como ninguna otra cosa puede hacerlo. El presente ha sido, hasta hoy, la víctima propiciatoria del pasado; ha llegado el momento de que se vuelva hacia el pasado y lo explote en interés del porvenir".

He aquí el progresismo estadounidense por excelencia: democrático a la vez que progresista, populista al tiempo que intelectual. Sus principales adalides populares –y por un tiempo líderes– no provenían del Este del país (Robinson era profesor en Columbia), sino del Medio Oeste, sobre todo de la Universidad de Wisconsin. Sus mayores profetas fueron

Frederick Jackson Turner, Vernon Parrington y Merle Curti, quienes más que historiadores eran profesionales de las ciencias sociales, les gustara o no. Ellos fueron los portavoces profesionales e intelectuales de un progresismo populista que, en lugar de ser en verdad "moderno", se apoyaba en un concepto del Hombre Económico no muy alejado del marxismo del siglo XIX, aunque en versión americana. Turner escribió que "las cuestiones que centran hoy el debate, y que irán ganando importancia con el tiempo, no son tanto cuestiones [...] políticas. La era del maquinismo, del sistema fabril, es también la era de la indagación socialista". (Esto podría haberlo escrito un historiador soviético de la década de 1930). Parrington, en su enclopédica historia intelectual de Estados Unidos, desestimaba a F. Scott Fitzgerald por insignificante. Beard escribió, ya en 1930, que "el papel extendido del gobierno hará aumentar, y no disminuir, 'la libertad del individuo'". Etcétera, etcétera. La mayor parte de estos historiadores consideraban y difundían la historia como una ciencia social sin más; quizá fuera "la" ciencia social, pero no dejaba de ser una ciencia social.[*]

A partir de 1950, fueron desvaneciéndose la influencia y la buena fama de estos progresistas de Wisconsin. Al fin y al cabo, resultaba obvio que (a diferencia de otros, y a diferencia de la escuela francesa de los Annales) su forma de ampliar el campo de investigación de la historia no les llevaba a profundizar en ella; más bien al contrario. Sin embargo, siguió viva la idea de que la historia era una ciencia y bajo ese nombre los centros de secundaria fueron reduciendo el peso de la historia en el currículo. El interés pasajero por la historia social, la cuantificación, el multiculturalismo, la historia de género, etcétera, no fue sino una versión del enfoque sociocientífico. (Sí, un enfoque y no un "método"). En el próximo capítulo habré de referirme a estas modas pasajeras, pero aquí debo intentar analizar un fenómeno más amplio, a saber, el

desarrollo de la profesión del historiador a lo largo del siglo pasado y especialmente en los últimos treinta años.

4.

Había algo muy estadounidense e ilusorio (¿más ilusorio que ingenuo?) en la difusión de esa visión (y hasta se podría decir de esa clasificación) de la historia como ciencia social. Pero al mismo tiempo hemos de reconocer que, como en tantos otros ámbitos de la vida, el siglo XX fue un siglo estadounidense –quizá *el* siglo estadounidense–, y que eso supuso ciertos beneficios. En 1900, eran pocos los historiadores profesionales estadounidenses que pudieran considerarse líderes o modelos en sus campos de estudio. Pero, a medida que avanzaba el siglo XX, la reputación de muchos de ellos fue conquistando tales alturas. Gran parte de ese mérito hay que atribuírselo a los contenidos que crecían con rapidez y a la excelencia de las bibliotecas estadounidenses, muchas de las cuales empezaron a contarse entre las mejores del mundo. La cantidad y calidad de sus fondos enseguida comenzó a superar los tesoros acumulados por muchas bibliotecas universitarias europeas. También contribuyó la llegada a Estados Unidos, entre las décadas de 1930 y 1940, de muchos académicos europeos. Esta migración trasatlántica de libros, artículos y eruditos condujo rápidamente a que el estudio histórico y sus publicaciones se extendieran en muchos campos.

Fue notable, y sigue siéndolo, que muchos de los profesores y escritores de historia estadounidenses más admirables (por ejemplo, Carlton Hayes, Garrett Mattingly, Charles Homer Haskins, James H. Breasted, Jacques Barzun… la lista es, necesariamente, azarosa e incompleta) optaran por dedicarse a la egiptología, a la historia medieval, a la del Renacimiento o a la de la Europa moderna, antes que a su propio país y a su propio pueblo. Esto fue, y sigue siendo, una excepción en todo

el mundo. Resulta natural que un historiador se interese especialmente por la historia de su propio país, no solo debido a la proximidad sino porque el interés, el entendimiento y el conocimiento, que incluyen el interés histórico, el entendimiento histórico y el conocimiento histórico, son necesariamente *participantes*. Por supuesto, hubo, y hay, excelentes estudiosos estadounidenses de la historia estadounidense. La crisis del estudio y del conocimento histórico, a la que se dedica gran parte de este libro, no afectó demasiado a su trabajo. Sus métodos no cambiaron en exceso. En ese aspecto, no merecen crítica alguna. El que la profesión de historiador se mantuviera, en gran parte, al margen de la gran crisis cultural del siglo XX tuvo más de bueno que de malo. Y es digno de señalar que, mientras durante la primera mitad del siglo XX se producían cambios radicales y revolucionarios en el arte, la literatura, la física y demás, la historia en su mayor parte (o, por decirlo con más precisión, sus métodos y estándares, la forma de enseñarla y de escribirla) se mantuvo al margen, al menos hasta 1960. Hasta entonces –y, en muchos sitios, todavía ahora–, lo que sucedía durante una clase de historia en un aula, o incluso en un seminario de posgrado, no era muy diferente de lo que hubiera podido suceder cincuenta o incluso cien años antes. Con esto basta para ilustrar –más aún: para probar– algunos de los valores imperecederos de las tradiciones y métodos del siglo XIX, tan poco corrientes en otros campos del arte o la creación.

Para muchos, la historia seguía siendo –y, en tantos sitios, todavía es– una "ciencia" como las demás. Yo no creo que la historia *sea* una ciencia (desde luego, no lo es en el sentido que este término tiene en inglés), pero eso no voy a argumentarlo aquí. Baste decir que el legado de los magníficos historiadores del siglo XIX aún debería suscitar nuestro respeto, tanto si creían que la historia era una ciencia como si no. De modo que durante bastante tiempo el estudio, la investigación, la

escritura y la enseñanza de la historia no se vieron afectados por la crisis cultural del breve (1914 a 1989) siglo XX. Pero a partir de 1960 más o menos (una fecha imprecisa, con muchas excepciones), esto dejó de ser así. En diversos países, muchos historiadores académicos empezaron a tener la sensación, quizá incómoda, de que era necesario ampliar y profundizar en el estudio y la escritura de la historia. Al menos, algunos de ellos se sintieron tentados por las nuevas trayectorias, por los términos y los métodos que empleaban otras "ciencias", como la psicología analítica, la aritmética estadística, etcétera, y los adoptaron incluso al precio de olvidar, o como mínimo de poner en peligro, las prácticas anteriores de su orgullosa disciplina histórica, tomándose en serio lo que yo, quizá con ligereza excesiva, llamo modas pasajeras. No es fácil saber qué es lo que hace que un hombre cambie de opinión, o por lo menos de costumbres, en su trabajo. En el caso de algunos historiadores profesionales, quizá la búsqueda de nuevas áreas de estudio, o de materiales o pruebas nuevos, fuera genuina. Para otros, quizá esto fuera inseparable del deseo de afirmar y demostrar que ellos –y la propia historia– debían hacerse, o ser, más científicos al tiempo que más oportunos. No es este el lugar –quizá no haya un lugar apropiado– para analizar las intenciones de los hombres (y mujeres) serios; las intenciones casi siempre son personales y solo se vuelven profesionales en consecuencia. Sea como sea, estos hombres respondieron, a veces con razón y a veces sin ella, a lo que prácticamente se había convertido en una obviedad: un cambio en la textura de la historia y, por lo tanto, en sus temas y en el propio estudio y descripción de tales temas. Por fin, se ha hecho necesario –mejor dicho, inevitable– tener en cuenta e investigar y manejar las pruebas y los registros de las vidas de gran cantidad de personas, tanto del presente cercano como del pasado remoto, por muy fragmentarios que sean. Una de las consecuencias –pero solo una– de esta clase de reconocimiento fue el auge de

la "historia social", el estudio de las clases y grupos de sociedades enteras. En el pasado, había habido excelentes estudiosos, investigadores y escritores de historia social, que fueron apareciendo aquí y allá, en diferentes países, sobre todo durante el primer tercio del siglo XX; pero, desde la década de 1970 y en adelante, los libros y artículos de todo tipo dedicados a la historia social aumentaron de forma acusadísima y llegaron a ser mayoría en las publicaciones profesionales. Del hecho de que la historia social fuera algo distinto de la definición de historia como ciencia social y del hecho de que gran parte de esa historia social equivaliese, como mucho, a una especie de sociología retrospectiva se hablará en el próximo capítulo. Aquí será suficiente con decir de nuevo que estos proyectos de ampliar y hacer más profunda la disciplina de la historia eran inherentes a la constatación –hecha a veces de buena fe, pero siempre con incomodidad– de que los temas y puede que hasta los métodos de la historia profesional de la vieja escuela no eran suficientes.

Pero este libro, y este capítulo, no es la narración de una tragedia. Ahora estamos en el año 2011, en un momento en que el caos de la cultura, de la propia civilización, avanza sin freno; en la literatura y en su estudio reina la confusión y, sin embargo, muchos historiadores profesionales todavía escriben mucha historia sobresaliente. Lo que ha cambiado, y lo que está cambiando, son las condiciones en que se publica (y las circunstancias en que se escribe). La escriben hombres y mujeres solitarios, quizá más solitarios que antes. Muchos de ellos se hallan destinados en los lugares más remotos, rodeados de otros profesionales (muy a menudo, en su propio departamento) que no sienten el menor interés y que, por tanto, carecen de la menor idea sobre su trabajo. Se ha producido –imperdonablemente–, aunque no suela reconocerse, una ruptura en las comunicaciones, a pesar de internet, de Google, de los *blogs,* etcétera. Hay sobradas

pruebas de ello. Hoy, es posible que los especialistas en un "campo" se enteren de que otros "especialistas" de ese mismo campo no están al tanto de las obras que han publicado. Una causa global de este fenómeno es la disminución general de la capacidad de atención. Otro factor es la burocratización de la profesión del historiador. Pensemos que la condición del historiador es, y desde luego debe ser, diferente de la del especialista. Ese chascarrillo del siglo XIX que dice que un especialista es alguien que sabe cada vez más sobre cada vez menos ya no es de aplicación. (Ahora hay intelectuales y profesionales que saben cada vez menos sobre cada vez más. Los hay que se especializan en "multiculturalismo"). Al especialista auténtico (sea profesional o aficionado) deberíamos mostrarle un respeto que no fuera el de la mera costumbre; deberíamos respetarlo *por* su genuina dedicación al tema, que muchas veces va más allá de su propia ansia de reconocimiento. Y luego hay, desgraciadamente, muchos otros ejemplos de personas cuyo deseo de conseguir una posición social a partir de su condición de historiador supera con mucho su interés por la historia. Existe una diferencia entre esas dos aspiraciones: una es genuina (me interesa la historia, deseo profundizar en el interés que me inspira) y la otra es burocrática (me interesa la condición de historiador, quiero que me reconozcan como historiador profesional). Es posible que ambas aspiraciones coexistan en una misma persona, pero deberíamos ser capaces de reconocer la diferencia. En esto no hay nada *muy nuevo*; ya se daba en los siglos anteriores. (El doctor Johnson lo describió de manera magistral en *La historia de Rasselas, príncipe de Abisinia*, al hablar de las condiciones a menudo incómodas y asfixiantes que impone la competencia dentro de un gremio). Pero sí hay unos acontecimientos más recientes que afectan a los historiadores profesionales. Sigue prevaleciendo la idea de que la historia profesional es una especie de ciencia, con profesionales acreditados que disfrutan

de la cómoda certeza de que practican unos métodos y poseen unas áreas de conocimiento arcanas, inalcanzables para el común de los mortales. Resulta obvio que esta idea es antidemocrática; pero también debería resultar obvio que es burocrática.

Una de las consecuencias de esta creciente burocratización de la profesión es la recompensa de la mediocridad. Esto se da hoy en múltiples ocupaciones, entre ellas en la gestión de las multinacionales o de las instituciones, pero permítaseme mencionar tan solo una característica de este fenómeno, que afecta a la profesión del historiador. En algún momento, durante la década de 1970, la dirección de las facultades y las universidades transfirió a cada departamento la tarea de "contratar", de examinar y nombrar a sus candidatos. A partir de entonces, esa responsabilidad descansó sobre "comisiones de selección", compuestas por miembros del departamento de marras. Pero muchas veces estas personas se resistían a considerar candidatos de ideas más o menos independientes, que pudieran alterar el rumbo departamental. Por desgracia, una de las primeras consecuencias a largo plazo de esta actitud fue la perpetuación de la mediocridad. Aunque también se produjeron fenómenos positivos inesperados: por ejemplo, algunos de los mejores historiadores fueron a encontrar su sitio en universidades de provincias, en vez de en los centros principales, para fortuna de las primeras.

Mientras tanto, la publicación y la difusión de libros nuevos sobre historia han sufrido cambios sustanciales cuyo fin aún hemos de ver. Durante casi un siglo, más o menos, desde el último cuarto del siglo XIX hasta el tercer cuarto del XX, los historiadores tuvieron la posibilidad, casi se podría decir la imposición profesional, de examinar detenidamente los artículos, y sobre todo las reseñas y las bibliografías de las publicaciones periódicas de su campo (casi todas trimestrales).

Pero, desde 1970 aproximadamente, son muchos los artículos, las reseñas y los listados de obras nuevas que contienen errores, omisiones, o ambas cosas. Esto se debe, por una parte, a la cantidad inmanejable de publicaciones que aparecen sin cesar; pero, sobre todo, se debe a la negligencia, consciente o no. Hasta 1970, uno podía dar más o menos por hecho que un libro nuevo de historia de cierta importancia sería reseñado en *American Historical Review*, o en *Historische Zeitschrift* o en *English Historical Review*, pero ya no. Me constan algunos casos de editores de revistas trimestrales y similares, en ámbitos especializados, que han decidido pasar por alto una publicación nueva y valiosa y no dar noticia de ella.

De acuerdo, el registro de la historia no era perfecto, no lo es y no lo será nunca. Pero lo que está sucediendo es otra cosa. Por ejemplo, algunas de las reseñas mejor escritas sobre libros de historiadores profesionales ya no se encuentran en las revistas del sector, sino en las livianas páginas de gran formato de la revista literaria *New York Review of Books*, a la que hoy muchos historiadores serios prestan más atención que a sus propios boletines; sus colegas más jóvenes, por su parte, darían un brazo por ver en ella una reseña de sus libros, antes que en las publicaciones trimestrales.

Todo esto viene a reflejar que la muralla que separaba a los profesionales que escribían historia de los aficionados se halla ahora medio derruida. Nótese aquí el término "escribir". Los historiadores aficionados carecen del *ius docendi*, es decir, de la cualificación y la titulación que les dan derecho a enseñar en facultades o universidades. Pero, al cabo, la herramienta del escritor son las palabras y la del historiador también. No hace falta señalar que los mejores y más elegantes escritores de historia del pasado fueron hombres que vivieron y escribieron antes (algunos después) de la profesionalización de la historia. Lo que aquí nos atañe es reconocer que tanto la cantidad como

la calidad de las obras escritas por aficionados (o, hablando con más precisión, por personas que carecen de un doctorado en historia) aumentó y continúa aumentando hoy día, al tiempo que en las escuelas se enseña cada vez menos historia. De nuevo, no hace falta dar ejemplos con nombres y títulos; bastará con decir que este fenómeno se desarrolla en paralelo con otros cambios, más amplios y más profundos, que este breve libro irá analizando en capítulos sucesivos, con un hambre de historia cada vez mayor y con el reconocimiento, que también tiende a aumentar aunque rara vez seamos conscientes, de que los temas de la historia encajan mejor en la literatura que en la ciencia. En un tipo de literatura nuevo, pues parece más que posible que en el siglo XXI los mejores escritores de historia, los más importantes, vayan a ser no profesionales titulados, sino "aficionados" eruditos e imaginativos.

Sin embargo –y mientras tanto–, mis colegas de profesión no tienen por qué preocuparse demasiado. Existe, y seguirá existiendo, una necesidad, una seria necesidad, de historiadores profesionales. Y esta es la tarea que los define: luchar contra todo tipo de mistificaciones, contra las muchas formas de la falsedad, detectarlas y sacarlas a la luz por el bien de todos y con la consciencia de que la búsqueda de la verdad pasa, hoy como ayer, por abrirse camino a machetazos entre una selva de mentiras…

5.

No existe –y no existirá– esa cosa llamada hombre poshistórico. "En breve –escribí hace más de treinta años– puede que hasta cierto punto estemos por delante de *La rebelión de las masas*, de Ortega y Gasset, quien hacia 1930 proclamó el desagrado y la impaciencia que le suscitaba el hombre-masa democrático, que solo vive para el presente, cuya mentalidad es completamente

ahistórica". Para nosotros, hoy resulta más relevante lo que afirmó Johan Huizinga más o menos por la misma época (1934): "El pensamiento histórico –escribió entonces– se nos ha metido en la sangre". Pensemos que esta afirmación no la hizo un optimista simplón, sino un historiador de lo más patricio, que estaba profundamente preocupado (más que la mayoría de sus contemporáneos) por el declive de la retórica y del buen juicio en nuestra era de la democracia masiva. Sin embargo, Huizinga quiso dar fe de la existencia de una característica, ya arraigada y que quizá durante un tiempo sea imposible erradicar, de nuestra forma de pensar. O, como dijo el filósofo español Julián Marías en 1972: "No entendemos lo que quiere decir lo que un hombre dice, mientras no sabemos en qué fecha lo dice y de qué fecha es ese hombre. Antes se podía leer un libro o contemplar un cuadro sin saber su tiempo preciso; muchos valían como modelos intemporales, más allá de toda servidumbre cronológica; hoy, toda realidad no datada nos parece vaga y errante, con esa irreal indecisión de los espectros".

---

*Jean Bodin en su *Methodus*, dos siglos antes (1560): "Es una imposibilidad práctica que el hombre que escribe para procurar placer trasmita la verdad de su materia". ¿Siempre?

---

*Inglaterra, curiosamente –o no tanto–, fue una excepción. Allí no se concedió el primer doctorado en historia, el de Cambridge University, hasta principios del siglo XX. Pero el sistema británico de enseñanza superior y sus títulos eran distintos de los que se seguían en Alemania (y en otros países de Europa). Con todo, la civilización de las islas británicas se vio enriquecida a lo largo del siglo XIX gracias a los trabajos de grandes historiadores de diversos campos.

**Antes de proseguir, un comentario sobre los problemas que plantean los términos 'ciencia' y 'científico' en el idioma inglés. La palabra alemana para ciencia, *Wissenschaft*, es mucho más amplia que la inglesa; entre otras diferencias, engloba también el "conocimiento" de hecho, el conocimento formal. En inglés, 'científico', es decir, "profesional de la ciencia", no aparece hasta 1851. Y, según el *Oxford English Dictionary*, 'ciencia' significa casi exclusivamente "ciencia natural y física", con lo que se constriñó su sentido inicial (hasta 1903, el término 'ciencia' se aplicaba en Oxford incluso a la filosofía; según el *OED*, hoy esa acepción ha quedado obsoleta). Por consiguiente, mientras que la aplicación del método científico se ha ido extendiendo, el sentido y el significado de 'ciencia' se ha constreñido, muy al contrario de lo que ha sucedido con el desarrollo de 'historia'.

---

* Un ejemplo risible de esta tendencia fue el metódico proyecto para hacer que la historia fuera más científica que llevó a cabo Sidney Hook, a quien un comité de historiadores estadounidenses tuvo contratado, entre 1942 y 1946, con el encargo de establecer las Definiciones Históricas. Estas aparecieron de hecho publicadas en una monstruosidad titulada *Bulletin 54 of the Social Science Research Council* [Boletín 54 del Consejo de Investigación de Ciencias Sociales].

PROBLEMAS PARA LA PROFESIÓN

De la historia de unos pocos a la historia de muchos – Tocqueville acerca del futuro de la narración histórica – Opiniones públicas y sentimientos populares – El sentimiento de las naciones – La estructura de los sucesos – Las modas pasajeras de la profesión (a partir de 1960) – La prevalencia de la historia social – El presente y el futuro de la enseñanza de la historia – El peligro de las mistificaciones

1.

En 1964, el *Diccionario de la Academia Francesa* definía historia como "la narración de acciones y materias dignas de recordarse". (La octava edición, de 1935, decía más o menos lo mismo: "El relato de los actos, sucesos y materias dignos de recordarse"). ¿Dignos de recordarse? ¿Es que el historiador es una especie de sabio cuya formación lo cualifica para decirles a los demás qué merece recordarse y qué no? ¿Para darles carta de autenticidad a los sucesos y a las personas como si fueran fósiles de peces o restos minerales? ¿Existe una diferencia entre ser una persona y ser una persona histórica? Pues claro que no. Pero entendamos –más aún: recordemos– que esta definición de la Academia Francesa, aunque no hubiese sido necesariamente redactada por aristócratas franceses, pertenecía a una época aristocrática ya pasada hoy. Por entonces, ciertamente, algunos hombres y mujeres importaban más que otros –no a ojos de Dios, sino a ojos de los demás. "Hacían historia", aunque no siempre y no del todo, ni siquiera entonces. Es posible que Shakespeare, un siglo antes que la Academia Francesa, lo

hubiera entendido mejor. En *Enrique IV* escribía: "La vida de todos los hombres constituye una historia".

La constituye, la constituía y la constituirá siempre. Toda persona es una persona histórica. Y, en consecuencia, toda fuente es una fuente histórica. Bastante cierto. "Bastante": no *absolutamente*. A menudo he pensado que los historiadores deberían darle la vuelta a la secuencia lógica –sí, lógica– de las palabras que dijo aquella vieja irlandesa cuando le contaron los rumores que corrían sobre una vecina joven y viuda: "No es cierto, pero es bastante cierto". Los historiadores deberían decir (o pensar al menos), cuando hablen de cada "fuente", de cada documento y de cada prueba: "Es cierto; pero quizá no es lo *bastante* cierto". Como escribió Owen Chadwick, uno de los mejores historiadores vivos: "Todos los sucesos históricos tienen algo de misterioso". Y "misterioso" no significa simplemente "falso". Kierkegaard lo formulaba así: "La Verdad Absoluta le pertenece a Dios: a nosotros solo nos es dada la búsqueda de la verdad".

Todo historiador que merezca llamarse así debería saber esto. Pero la búsqueda de la verdad –sus condiciones, sus circunstancias, su misma práctica– no permanece inalterada. La búsqueda cambia con los años. Ahora nos hallamos en plena era democrática y en ella tenemos que tener en cuenta no solo las condiciones y circunstancias de la vida material, sino también las ideas y las creencias de grandes masas de personas, en cuyo nombre se supone que "se hace" la historia. Y esto, para los historiadores profesionales, implica una serie de problemas nuevos y complicados, porque la estructura misma de los poderes, de la política, de la sociedad y del pensamiento están cambiando. Puede que incluso haya cambiado la estructura de la historia contemporánea y de sus sucesos: de cómo y por qué (y cuándo) sucedió o sucede esto o aquello.

Todo esto ya lo vio venir Tocqueville, quien, tras llegar a Estados Unidos, escribió sus dos volúmenes de *La democracia en América* y, en el segundo, incluyó un breve capítulo sobre cómo se escribiría la historia en la era democrática (capítulo que rara vez leen o tienen en cuenta los historiadores profesionales). Cuando escribió ese capítulo y ese libro, Tocqueville no era historiador profesional. Su historia del Antiguo Régimen y la Revolución, un logro inmenso y sin precedentes, vino después (poco antes del fin de su, ay, corta vida). Sin embargo, desde bastante antes se puede reconocer fácilmente su aguda visión histórica, según la cual resulta más crucial la diferencia entre las eras aristocrática y democrática que la separación, bien aceptada, entre la Antigüedad, la Edad Media y la Era Moderna; la diferencia entre la historia "hecha" por unos pocos y la historia "hecha" por muchos. Y el problema es anterior al de definir "pocos" y "muchos": es cómo estaba "hecha", cómo está hecha todavía hoy.

Tocqueville era consciente de todo esto mucho antes de decidirse a escribir sus historias inmortales de la Francia dieciochesca. El título de su obra *La democracia en América* fue adecuado, preciso y franco. A él le interesaba sobre todo la democracia, más que los Estados Unidos. En la década de 1830, Estados Unidos era un ejemplo (casi) único, una representación, quizá incluso una encarnación parcial, de la era democrática que entonces empezaba. Pero yo aquí no quiero hablar de Tocqueville (salvo a efectos ilustrativos), sino del problema de la historia en la era de la democracia masiva. Y, en consecuencia, haré solo un último comentario –como mucho, una breve digresión– sobre Tocqueville y América. En la época en que Tocqueville hizo su viaje y escribió su libro, Estados Unidos era –al menos en términos generales– excepcional. Pues bien, ciento ochenta años después ya no lo es; al menos no en sentido amplio. Yo escribí hace muchos

años que quizá hubiera llegado el momento de escribir un libro que fuera un Tocqueville invertido, empezando por el título, que no sería "La democracia en América" sino "La democracia americana": cómo y por qué y en qué modo difiere hoy la democracia americana de la de las naciones del resto del mundo que han abrazado el principio de la soberanía popular; en qué difiere de la democracia, pongamos por caso, alemana o finlandesa o búlgara o japonesa. Este tema podría desarrollarlo un experto en política comparada. Para nosotros, lo que importa es reconocer que la democracia *estadounidense* ya no es una excepción a su categoría, por mucho que la mayor parte de los estadounidenses afirme y crea que ellos y su nación y su gobierno *son* excepcionales.

Esa, sin embargo, es otra historia… aunque tiene cierta relación con el tema de este capítulo, a saber: que quizá la cuestión más importante de la historia es qué (y por qué, y cómo y cuándo) piensa y cree la gente (sobre todo "a largo plazo", lo cual no es exactamente lo mismo que la *longue durée* de Braudel, de quien haremos una breve mención en este mismo capítulo, pero un poco más adelante).

3.

Así que los temas de la historia han cambiado… o han tenido que cambiar; desde la historia de los estados y de sus gobiernos, pasando por la de las sociedades, hasta llegar, por supuesto, a la historia de los pueblos. Y aquí nos encontramos con el primer problema, con el problema básico: ¿quién es el pueblo? No es solo que se trata de muchas personas y que, por lo tanto, la cantidad de información sobre ellas pueda ser ingente (o inexacta). El problema es la calidad (y la autenticidad) de esa información, que o es fragmentaria o es inmanejable. ¿El pueblo habla o actúa unido? A veces, pero no a menudo. Una afirmación o un pensamiento formulados por Napoleón o

Lincoln es una cosa; se puede dejar registro de ellos. Pero una afirmación del "pueblo" es casi siempre una afirmación hecha en nombre del pueblo, de donde el problema de su autenticidad. He aquí el problema de la historia democrática: sus testimonios, en vez de ser singulares, auténticos y conectados con la realidad, suelen resultar abstractos y generalizados, incluso cuando se pueden cuentificar con propósitos electorales o estadísticos. *Puede* que una afirmación hecha en nombre del pueblo se corresponda con las palabras o los deseos que hubiese elegido el propio pueblo, pero en muy pocas ocasiones es así de manera exacta o indudable.

Aquí la palabra operativa es "elegir": porque el pueblo, igual que sus componentes individuales, no "tiene" ideas; las elige. Cuando se trata de elecciones políticas, las opciones están casi siempre predeterminadas, hechas a medida para el pueblo, y se despliegan casi sin alternativa. En ocasiones, los resultados de unos comicios reflejan de modo general los deseos y elecciones del pueblo; pero otras veces y en otras circunstancias, tales resultados no reflejan en absoluto las tendencias, y puede que ni siquiera las creencias, del pueblo. Lo mismo se puede decir sobre la opinión pública.[*] El propio término es a menudo equívoco y no solo porque las preguntas que plantean los entrevistadores de las encuestas de opinión pública estén predeterminadas y por tanto limitadas, sino porque la Opinión Pública fue sobre todo un fenómeno del siglo XIX. Ya lo escribió Pascal hace casi cuatrocientos años: "La Opinión es la Reina del Mundo"… pero no decía que tuviera que ser "pública". Las opiniones públicas, en el siglo XIX, eran, en general, las opiniones que elegían, aceptaban y sostenían las clases medias y altas, que entonces eran minorías influyentes, pero minorías al fin y al cabo. En los inicios del siglo XX, cuando la investigación y la comunicación de la "opinión pública" se convirtió en un negocio especializado, lo que se tenía en cuenta (excepto en la predicción de los resultados

electorales, para la que se daba una serie de opciones predeterminadas) no era lo "público", sino lo popular, y no tanto la "opinión" como los sentimientos. Hallar y, a su debido tiempo, registrar cuáles (o hacia qué) eran y son los sentimientos populares requiere una afinación de criterio y una comprensión de los demás de la que no muchos, incluidos los historiadores profesionales, son capaces. De lo cual hay innumerables ejemplos.[**]

La expresión "Sentimiento Popular" apunta a algo más difícil de comprobar y menos aprehensible que Opinión Pública. Sus componentes son complicados; también lo son sus trayectorias, debido sobre todo a la existencia de la publicidad (entendida como difusión pública). Se puede afirmar que, en la historia de Estados Unidos, la transición entre la república constitucional y una democracia más o menos popular llegó a su fin hacia 1828. Luego se produjo otra transición distinta, que se dio por concluida aproximadamente en 1920, y a partir de entonces la publicidad gobernó la fabricación, la difusión y la gestión de las opiniones y sentimientos de las mayorías. Pero henos aquí enfrentados a otra complicación, que tiene que ver con la amplitud, la cual solo se puede registrar de manera superficial, de una mayoría. La publicidad ya gozaba antes de presencia y de impacto, pero en términos generales la privacidad era la norma. (Considérese aquí, saliéndonos de la política, la transformación que vio operarse el siglo XX en la "clase alta", que pasó de ser la Sociedad a ser la Celebridad: la primera era casi siempre privada, la segunda es totalmente pública). ¿Es posible establecer una mayoría? La existencia de minorías "duras" y minorías "blandas" es consecuencia de determinadas campañas de publicidad de amplio alcance; de hecho, es posible que una minoría numéricamente pequeña ejerza gran influencia sobre la extensión, las ideas, las preferencias e incluso los sentimientos de las mayorías, proceso que a los historiadores no les suele ser fácil identificar. (O, dicho en

otras palabras: la tarea de la publicidad es la de *simular* que existe una mayoría).

Problemas de cantidad; problemas de calidad. Ambos se solapan y ambos ponen en juego los materiales mismos del vasto templo de la historia. Una vez que entramos en la historia del siglo XX y en la de Estados Unidos, nos encontramos con un nuevo problema de documentación. Para un historiador que estudiara la historia de los siglos anteriores el problema era, y sigue siendo, la relativa escasez de documentos: hay pocos y también muy pocas fuentes primarias. Pero cuando se trata del siglo XX, hay demasiados, incluso si se cuentan solo los impresos. A una persona que esté investigando un tema de un siglo anterior, incluso si se trata de la biografía de una persona de entonces en concreto, todavía le es posible leer, "agotar", la mayor parte del material escrito e impreso sobre ese asunto en particular. Pero a una que esté investigando la historia de la era democrática, los asuntos del siglo XX, ya no. La apertura de archivos ayuda al historiador, pero no demasiado. Su problema no es solo la cantidad inmanejable de documentos y "fuentes". Es su calidad, y de ahí que la distinción esencial entre fuentes "primarias" y "secundarias" haya venido perdiendo significado. No se trata únicamente de que los presidentes y demás figuras públicas ya casi nunca escribían sus propios discursos, sino que los subcontrataban a un profesional. Durante el siglo XX, muchas veces no leían sus propias cartas ni sus directivas (de hecho, a veces ni siquiera las firmaban). Ahora sumémosle a este fenómeno el flujo cada vez mayor de conversaciones por teléfono o teletipo, por correo electrónico y fax, y otras "comunicaciones" no registradas, a las que resulta imposible seguir la pista. Esta situación, por sí sola, bastaría para hacernos reflexionar sobre el axioma que sostiene la profesión histórica, y hasta para revisarlo: ¿la historia es el pasado registrado? Pues no, eso ya no basta, si es que bastó alguna vez.

Es un pasado recordado, cuya reconstrucción resulta necesariamente incompleta y difícil, porque un pasado recordado es a la vez algo menos y algo más que la reconstrucción de un pasado a partir de los restos que de él permanecen.

4.

La historia de los pueblos es más complicada que la historia de sus gobiernos y que la historia de los estados. Sin embargo, los estados aún existen, siendo como son factores fundamentales de la historia. Podemos decir, con más o menos acierto, que la Segunda Guerra Mundial fue una confrontación global entre la democracia occidental, representada por los países de habla inglesa y por los pueblos y estados de la Europa occidental; el comunismo, representado por la Unión Soviética rusa; y el nacionalsocialismo, representado ante todo por el Tercer Reich de Alemania. Representados, pero también encarnados. Con todo, los estados y los ejércitos y las armadas y las fuerzas aéreas de Gran Bretaña y Rusia y Estados Unidos conquistaron al final Alemania, Japón y sus aliados o satélites. Sin duda, durante la Segunda Guerra Mundial, Stalin era más un líder de estado que un ideólogo; y lo mismo se puede decir de Hitler.

Dado que la existencia de los estados y sus interrelaciones siguen siendo[*] factores cruciales de la historia, resulta lamentable que el estudio y la enseñanza de la diplomacia y de la historia militar se hayan visto tan depreciados –cuando no descuidados por completo– últimamente. Se trata de una negligencia que lamentan con toda la razón muchos de sus historiadores y especialistas. Sin embargo… también aquí ha tenido lugar una serie de mutaciones estructurales importantes. Igual que en la historia política la democratización –es decir, la inclusión de cada vez más personas– ha cambiado la estructura de la política y del gobierno, la propia armazón de los estados,

obligada a contener la masa de sus naciones, cambió la naturaleza de sus relaciones a lo largo de los últimos cien o ciento cincuenta años. Naciones enteras arremetieron unas contra otras por última vez en 1914; los sentimientos populares nacionales se habían convertido en un factor crucial de las relaciones entre los estados. De ahí que estudiar con propiedad lo que antes se denominaba historia diplomática (y escribir sobre ella) se haya convertido en historia internacional, lo cual implica algo más que las relaciones de los gobiernos en diversos niveles y comunicaciones, y la imagen que las naciones tenían y tienen unas de otras. También esto fue un proceso gradual que se extendió, por lo menos, durante los últimos doscientos años.[*] Hacia 1939 había bastantes ejemplos de que los sentimientos nacionales, entre ellos la simpatía o antipatía que suscitaba otra nación, se habían convertido en un factor de las relaciones entre los estados; ejemplos de que, a ojos de muchas personas, ciertas naciones y estados se habían convertido en prototipos no solo ideológicos, sino también culturales y de civilización.[**] Hace ciento sesenta años, Leopold von Ranke proclamó *das Primat der Aussenpolitik*, la primacía de la política exterior, en el destino de los estados. Tenía razón (y la tiene aún), excepto por el hecho de que aún se refería a las relaciones de los gobiernos de los estados, no a las de las naciones como conjunto.

Y aquí, dada la fuerza y la prevalencia de que aún gozan los nacionalismos, no puedo evitar una digresión epistemológica. Un ser humano mantiene una serie de relaciones: consigo mismo, con Dios, con otros seres vivos y con otros seres humanos. Pero al igual que el mejor modo (y a veces el único) en que podemos (y debemos) juzgar el carácter de un hombre parte de cómo se comporta con otros seres humanos, también el carácter de una nación se revela muchas veces en sus reacciones hacia las demás (y esto desborda los límites de la "política exterior"). En líneas generales, es cierto lo que apuntó

Marcel Proust en 1915: "La vida de las naciones es una mera repetición, a mayor escala, de la vida de las células que la componen; y de aquel que es incapaz de comprender el misterio, las reacciones, las leyes que determinan los movimientos del individuo no puede esperarse que diga nada digno de ser escuchado sobre la pugna entre las naciones". (Y sin embargo: no debemos trazar una identidad biológica entre naciones e individuos; a las naciones podemos atribuirles características y tendencias, pero no "alma").

Esas inclinaciones y tendencias difícilmente se pueden separar del conocimiento que una persona o una nación tiene de sí misma, incluida su historia. Un conocimiento deficiente, unido a un deficiente sentido de la historia, es lo que separa el nacionalismo populista del patriotismo a la antigua usanza. Ambos fenómenos pueden solaparse en ocasiones, pero el patriotismo suele ser defensivo, mientras que el nacionalismo populista es agresivo. (O, como dijo en Berlín en el año 1932 un embajador británico de la vieja escuela, sir Horace Rumbold: el nacionalismo es el patriotismo amancebado con el complejo de inferioridad). Hay muchos ejemplos que sugieren que, cuanto más reciente es un estado nacional, más burdo e inmaduro es su nacionalismo. En algunos individuos se puede apreciar la incomodidad que se deriva de su inmaduro conocimiento de sí mismos y lo mismo puede observarse en el carácter de algunas naciones (a veces incluso en las más maduras, al menos hasta cierto punto).

Por desgracia, tenemos suficientes pruebas de cómo, en esta era de la "explosión de las comunicaciones", el desconocimiento de la historia (incluso de la propia) ha afectado a las decisiones de los gobiernos nacionales o de sus representantes electos. Quizá deberíamos reformular la famosa máxima que pronunció el sueco Axel Oxenstierna en la época del congreso de West-falia, hace casi cuatrocientos años: *Quam*

parva sapientia regitur mundus, con qué poca sabiduría se gobierna el mundo. Entonces era poca la sabiduría; hoy es mucho el conocimiento, pero este no es "sabio". Con el cúmulo de información internacional de que disponemos, hay razones suficientes, por desgracia, para reformular la frase así: *Multa stultitia regitur mundus*. Porque… cuánta es la estulticia que se cierne hoy sobre el mundo.

5.

Puede que los historiadores de la era democrática, al asomarse al futuro de la historia –o, más bien, al contemplar la historia reciente–, quieran acordarse de que en algún momento del siglo XX la estructura de los sucesos pudo haber cambiado; quizá no tanto el "por qué" sucedió esto o aquello, pero sí el "cómo" y el "cuándo". (Por supuesto, el "por qué" se halla muchas veces implícito en el "cómo"). Estos cambios tienen que ver con el efecto de la publicidad y de las burocracias y es probable que aún se dejen sentir por un tiempo. He aquí dos ejemplos: ¿cómo llegó Estados Unidos a implicarse en la guerra de Vietnam? O ¿cómo llegó a eliminarse la historia de las asignaturas obligatorias en la universidad X? (Atención al énfasis sintáctico que se pone en el proceso: no cómo "sucedió", sino cómo "llegó a suceder"). Es y será difícil seguirles la pista a las respuestas de estas preguntas. En ambos ejemplos, la inercia burocrática generó unos pasos que con el tiempo se hicieron irreversibles. Nótese de nuevo: "generó". Antes, las burocracias respondían a las decisiones que llegaban de arriba; no generaban nada excepto la aplicación estrecha de esas decisiones. Eso se sigue dando ahora. Pero también está el otro fenómeno, por el cual la burocracia puede ser la que genera ciertas opciones y las consecuentes decisiones. Ya no es que venga un ucase o un zar a decirle a la burocracia lo que tiene que hacer; es que el portavoz de la burocracia le presenta

al jefe de gabinete, sea de Estados Unidos o de una universidad, un plan (por lo común, bien envuelto en verborrea) que este último podría aceptar. Y así el problema del historiador es que la burocracia y su lenguaje suelen ser anónimos e impersonales. Quizá pueda hallarse la primera mención de una decisión en las actas de la National Security Task Force, o del Vicerrectorado de Excelencia Académica de una universidad. Pero ¿quién impulsó semejante decisión? ¿Y cuándo? ¿Y por qué? En ocasiones podemos encontrar alguna pista, a través de informaciones personales o confidenciales basadas a su vez en las afinidades y antipatías personales; y estas últimas muy pocas veces se pueden deducir de las actas de reunión o de los memorandos. Porque aquí el anonimato va de la mano de las hipocresías del proceso burocrático, disfrazadas como están de usos y procedimientos "democráticos".

"La tiranía de la mayoría" que ya anticipó Tocqueville condujo a las dictaduras populares, pero no al retorno del dominio aristocrático. Y eso es lo que la salva; sí, la historia era, es y será impredecible, a pesar de la mecanización burocrática del mundo. En enero del año 2000, Alan Greenspan, el entonces famosísimo director de la Reserva Federal, declaró: "Antes de que se produjera esta revolución en el acceso a la información, la mayor parte de las decisiones que se tomaban en los negocios del siglo XX se veían amenazadas por una gran incertidumbre […] De hecho, estos avances vienen a enfatizar la esencia de las Tecnologías de la Información: la expansión del conocimiento y su anverso, que es la reducción de la incertidumbre". Poco tiempo después, sucedió lo contrario.

Carlyle escribió en cierta ocasión: "La narración es *lineal*. La acción es *sólida*" (según cita John Burrow en su magistral y casi enciclopédica *Historia de las historias*, en la que luego él añade: "La narración, por tanto, aunque lucha contra su naturaleza

lineal, debe procurar –por decirlo de alguna forma– moverse hacia los lados, así como hacia delante"). Esto es, y sigue siendo, difícil. En el capítulo veinte del segundo volumen de *La democracia en América*, Tocqueville resumía, en menos de cincuenta frases, sus ideas sobre "Algunas tendencias particulares de los historiadores de los siglos democráticos". Como sucede a lo largo de casi todo este libro, el resumen se hace yuxtaponiendo lo que sucedía en la era aristocrática y lo que sucede y sucederá en la democrática. Durante la primera, es posible que los historiadores exageraran la importancia de ciertos individuos; los de la segunda, por su parte, tienden a achacar gran parte de la historia a causas generales. Pero entonces las consecuencias de esas causas "son infinitamente más variadas, más ocultas, más complicadas, menos poderosas y, por consecuencia, más difíciles de distinguir y conocer". Los historiadores de la era democrática tenderán al determinismo: "… se diría que el hombre no puede nada sobre él […] Si esta doctrina de la fatalidad, que tiene tantos atractivos para los que escriben la historia en los siglos democráticos, pasando de los escritores a sus lectores, penetra […] en la masa de los ciudadanos y se apodera […] del espíritu público […] no les basta[rá] mostrar las razones que produjeron los hechos, pretende[rá]n hacer ver que no podían suceder de otra manera". Pero claro que habrían podido. Y de ahí que el significado mismo de los hechos que ocurrieron en realidad implique lo que podría haber ocurrido… una potencialidad plausible y relevante.

6.

En este capítulo, "Problemas para la profesión", pasaré ahora a un asunto flagrante. Ya hemos visto que el reconocimiento incómodo de que había que ampliar los temas y el estudio de la historia comenzó a surgir entre los historiadores hacia 1960.

Y una de las consecuencias fue la aparición sucesiva de lo que yo llamo, con perdón, modas pasajeras.

Hasta hace unos cincuenta años, parecía que escribir y enseñar historia seguían siendo actividades a las que no les afectaba demasiado la transferencia de lenguaje que había infectado la sociología, la psicología y la política, junto a otras ciencias "sociales".[*] Y luego, en 1958, William L. Langer, destacado historiador de la diplomacia y pilar de la comunidad docente de Harvard, declaró en su discurso presidencial ante la American Historical Association, titulado "La próxima tarea", que de ahí en adelante los historiadores debían avanzar tomando en consideración, estudiando e incluyendo el psicoanálisis y sus métodos en las investigaciones, las clases y los textos. A los historiadores les faltaba "la audacia especulativa de los especialistas en ciencias naturales", tendían a quedarse "sepultados por su propio conservadurismo". (¿Sepultados por su propio conservadurismo? ¿No habíamos quedado en que casi todos los historiadores profesionales estadounidenses eran liberales y progresistas?). Langer urgía a sus colegas de profesión a "la profundización, urgentemente necesaria, en el conocimiento histórico mediante la explotación de los conceptos y hallazgos de la psicología moderna". (Langer era hermano de Walter Langer, un psicólogo que hizo una –dudosa– evaluación psicológica de Hitler y de otros líderes nazis durante la Segunda Guerra Mundial). No habían pasado ni doce años (hacia 1970) cuando esos mismos "conceptos y hallazgos" de la psicología freudiana ya les resultaban insuficientes y poco prácticos a los propios psicólogos y psiquiatras. Y lo que para nosotros es más importante: ¿cómo iba a aplicárseles el psicoanálisis a unos hombres y mujeres que llevaban siglos muertos y enterrados? Pero, ay, algunos historiadores no fueron inmunes a la moda de la psicohistoria, que, moda al fin y al cabo, fue diluyéndose. Mientras tanto, la mayor parte de los historiadores seguía interesándose por el

carácter de sus sujetos; esto es, por las consecuencias de ese carácter, más que por las "fuentes" de sus motivos o intenciones. ("Carácter" es un término que Freud tendía a a evitar).

La siguiente moda, que apareció hacia 1970, fue la de la cuanto-historia. Su advenimiento quizá fuera previsible, una consecuencia lógica de reconocer que había que ampliar los temas históricos y profundizar más en ellos, así como en las personas del pasado, empleando métodos científicos. Eso es la cuanto-historia y su método principal es la estadística. En ocasiones, parecía que la cuanto-historia (o "cliometría") *era* la historia social. En Estados Unidos hubo incluso unas cuantas escuelas de posgrado en las que las matemáticas e incluso el cálculo eran asignaturas requeridas para obtener el título de historiador profesional. Pero la cuanto-historia tenía defectos múltiples y profundos. No había (y no hay) mucha información estadística, de ningún lugar del mundo, anterior a los últimos años del siglo XVIII. Por supuesto, los "hechos" y los "datos" se pueden hilvanar (legítima y razonablemente, en algunos casos) a partir de una serie de fuentes (por ejemplo, los archivos parroquiales). Pero las tablas y los gráficos eran y son, como mucho, una forma de ilustrar lo que ya está en la mente del historiador: un apoyo para sus ideas (en tales casos, para la investigacion, más que para la búsqueda), rara vez una herramienta que las corrija. Además, también la estadística puede ser engañosa (y no necesariamente por las insuficiencias de quien compila los datos). La historia se rige por el interés que sienten los seres humanos por otros seres humanos, por sus cualidades más que por sus cantidades. En resumen: poco después de su aclamada aparición, la cuanto-historia disfrutaba ya de pocos lectores… y, afortunadamente, de pocos historiadores afectos.

Pero la tendencia a reconocer que había que ampliar los

temas de la investigación, la enseñanza y la escritura de historia no cesó. La aparición del Tercer Mundo y de la "globalización" contribuyó a darle alas. Y una de sus consecuencias, alrededor de 1980, fue el "multiculturalismo". Por supuesto, había razones para ello. Tanto la conciencia histórica como su profesionalización fueron fenómenos primero europeos y luego estadounidenses. En general, no se dieron en la literatura de las culturas no occidentales, ni siquiera en las más antiguas y meritorias, como las de Japón, China, la India, etcétera, porque la conciencia histórica y la historia profesional son algo más que tradicionalismo. Todavía en el año 1900, si un japonés o un chino quería conocer con precisión algo de la historia de siglos anteriores de su estado o de su país, tenía que leer las narraciones y los testimonios escritos por un historiador europeo o estadounidense. Pero durante el siglo XX, la conciencia histórica empezó a extenderse, aunque de forma desigual, por las naciones y los pueblos a los que hasta entonces no afectaba. Esto fue, y sigue siendo, un avance muy saludable. Aun así –exceptuando a unos pocos especialistas excelentes–, el gran fallo de muchos historiadores europeos y estadounidenses del "multiculturalismo" fue su enfoque o "método" comparativo. La mayor parte sabía y entendía algo sobre el tema de estudio que acababa de escoger; pero casi nunca lo suficiente. Porque no bastaba ni con la apertura de miras ni con los buenos sentimientos. Uno debe escribir sobre las personas y las cosas de las que más sabe, que es la suprema aspiración de la literatura, incluida la historia. (Hay defensores del multiculturalismo que desconocen el idioma mismo de los pueblos que dicen estudiar).

La más estúpida de estas modas pasajeras, que emergió alrededor del año 2000 (y que, según parece, sigue rampando, aunque ya con algunos síntomas de debilidad) es la de la historia contrafáctica. El término en sí ya es un error, porque la historia consiste en algo más que en "hechos" ["facts" en

inglés], y porque sus alternativas no son mecánicas ni geométricas. En matemáticas, X e Y son alternativas inmutables, fijas y categóricas; y, además, son abstractas. En la vida humana y en la historia, no. "¿Y si….?" no es "contrafáctico". "¿Y si Napoleón no hubiera perdido la batalla de Waterloo?" es una pregunta sobre la que merece la pena especular, quizá incluso escribir un breve ensayo histórico, mientras que la palabra "contrafáctico" puede sugerir que no hubo tal batalla de Waterloo. Hay, y debe haber, cierta holgura que permita la especulación histórica, porque todo suceso humano lleva implícita una potencialidad, a la vez que su realidad. Pero –y esta es una condición de la máxima importancia– esa potencialidad debe ser *plausible*. "Plausible" significa posible, no imposible; evoca algo que no solo es potencial sino real, porque depende de lo que sabemos de ciertas personas en ciertos momentos. ¿Y si el ejército alemán hubiera apresado al ejército británico que se apiñaba en Dunkerque a finales de mayo de 1940? ¿Y si las tropas de Hitler hubieran invadido Inglaterra un mes más tarde? Merece la pena pensar en esos "y si…", o al menos tenerlos en la cabeza, porque fueron posibilidades evidentes. Y esa misma *potencialidad* hace que la decisión *real* de Churchill de seguir luchando sea tan importante. En otras palabras: el significado mismo de lo que sucedió no puede separarse de lo que podría haber sucedido. Y esa potencialidad debe ser lo bastante plausible como para pensar, hablar o escribir sobre ella; esto se aplica tanto a la historia como a la novela. Que Lee venciera en Gettysburg porque el ejército argentino llegó en apoyo del bando sudista en 1863; que Hitler perdiera la batalla de Francia porque los chinos le atacaron por la retaguardia en 1940 –o que, en el capítulo final de *Orgullo y prejuicio,* Elizabeth Bennet se fugara con un astrólogo egipcio, en 1815– puede ser "contrafáctico", pero no merece la pena especular sobre ello, porque es tan implausible que no nos lleva a ningún

lado.

Pero llegamos a una conclusión feliz. ¿Y si la mayoría de los historiadores profesionales hubiera sucumbido a estas modas pasajeras? Pues bien, no fue así. Hoy por hoy, en 2011, aún se hace mucha historia de buena calidad y se investiga, estudia y escribe mucho sobre ella. ¿Por cuánto tiempo? *Eso* ya no lo sé.

7.

Lo que sigue en marcha es la práctica hoy predominante de la investigación, la enseñanza y la escritura de historia social, que es una rama de la historia, pero no una ciencia social. Ciencia social e historia social: tenemos que distinguirlas. La historia social no es necesariamente "científica": su objetivo es (o, al menos, debería ser) la descripción, no la definición. El concepto de la ciencia social es a la vez progresivo y utilitario: parece implicar que la historia le quedará subordinada; su propósito es un conocimiento que se aplique a la mejora de una nación, o incluso de gran parte del mundo. Un siglo después de que fuera predominante en Estados Unidos, el atractivo de la historia social parece haberse diluido, pero este es un momento en que el ejercicio de la historia social se halla desatado.

El propósito de la historia social es fomentar nuestra comprensión de ciertos segmentos del pasado. Y es un propósito respetable, si no fuera porque la práctica y los métodos de quienes se ejercitan en ella a menudo resultan, por desgracia, cuestionables. Este no es lugar para hacer un listado, ni siquiera para dar unos cuantos ejemplos extremos, de lo que durante los últimos cuarenta años ha aparecido como historia "social" o "de género". En muchos casos, los propios títulos, hasta los títulos nos deben chocar por lo ridículos.[*] Algunos han hecho una contribución a nuestro conocimiento general sobre algún pueblo en un momento determinado del pasado.

Pero hay un defecto común a muchos de ellos y es que la esencia de la mayoría de las historias sociales –si no de todas– es económica, esto es, que se trata de historia materialista. Y, sí, los historiadores deben tener en cuenta e investigar las condiciones geográficas, económicas, financieras, materiales e incluso biológicas cuando analizan e intentan describir un pueblo concreto en un lugar concreto y en un momento pasado concreto. Pero aún tienen que tener más en cuenta las limitaciones inevitables de su investigación: que las fuentes de donde obtienen ese tipo de información son sin remedio bastante fragmentarias y, por tanto, limitadas; de ahí que lo sean también las generalizaciones y proyecciones que se hagan apoyándose en ellas.

¿Son *siempre* decisivos los "factores" materiales en las historias de un pueblo? En contra de la concepción determinista de la historia que comparten el marxismo y el capitalismo, lo que la gente piensa (y cree) y lo que pensaron (y creyeron) no constituye la superestructura de sus vidas y sus historias sino uno de sus factores más importantes (o de hecho el más importante), de donde se infiere que las condiciones económicas de sus vidas son consecuencias: *son* las "superestructuras". Tal jerarquía de las importancias relativas no es constante. La influencia de la mente en la materia (y viceversa, también) ha cambiado con los años. Extrañamente –o quizá no tanto–, la influencia de la mente en la materia, y aquí se incluye la espiritualización progresiva (la abstracción, de hecho) de la materia, es (o debería ser) evidente hoy, en la era de la democracia de masas, a pesar de la aceptación general de un determinismo materialista.[*]

Estructuras de las importancias relativas; estructuras de los hechos y, dentro de estos, la intrusión del elemento mental. Podemos medir y determinar cuándo y con cuánta presión se romperá un objeto o a qué temperatura hervirá un líquido,

pero, cuando se trata de seres humanos, lo "intolerable" es qué o cuándo creen ellos que ya no pueden o no deben tolerar más. Reconocer esto, identificarlo y actuar en consecuencia no son tareas sencillas. Lo que sucede es inseparable de lo que la gente cree que sucede; in-separable, pero no idéntico. En algún momento, es posible que la gente reconozca (o puede que no) que lo que pensaron que había sucedido no es lo que sucedió. (Y promover este tipo de aceptaciones es una de las tareas más encomiables del historiador profesional).

Las personas no cambian de idea con rapidez. La trayectoria de las opiniones y sentimientos preconcebidos puede ser casi imparable, lenta, de larga duración. Pero esa "larga duración" no es la *longue durée* a la que hacía referencia Fernand Braudel en su magistral obra en dos volúmenes sobre el Mediterráneo en la segunda mitad del siglo XVI, titulada *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II.* La mayor parte de este libro, si no todo, es historia geográfica, económica, financiera y material; con ella Braudel intentaba hacer algo nuevo, algo definido como *historia total.* Y sin embargo, entre la enorme acumulación y el manejo de datos y pruebas que Braudel lleva a cabo no encontramos mucho –algo sí, pero no mucho– acerca de qué pensaban y creían entonces aquellos pueblos diversos que habitaban las orillas del Mediterráneo.[*] Su retrato de Felipe II, de sus límites mentales, refleja la capacidad de Braudel para entender al ser humano y entender la historia. Pero luego, a lo largo de todo el libro, nos da a entender que Felipe II no importaba mucho. Y aquí llegamos a lo que yo quería discutir: lo que entiende Braudel por "estructuras" y "coyunturas" y "larga duración" no es lo mismo que entiendo yo. Así como según Braudel la muerte de Felipe II en septiembre de 1598 no es un acontecimiento de gran importancia para la historia del Mediterráneo, hay "buenas razones que nos empujan a reflexionar de nuevo sobre la distancia que separa la historia biográfica de la historia

estructural y, más aún, de la historia de las zonas geográficas". Pues sí, así es. Pero Braudel nos dice: "Yo soy, por carácter, un 'estructuralista', al que los hechos tientan poco, casi tan poco como la conjetura hecha a primera vista, que a fin de cuentas no es sino una mera reordenación de los sucesos que tuvieron lugar en una misma zona". No: puede ser más (o menos) que eso.

"Todos los esfuerzos que se hagan contra la marea predominante de la historia –que no siempre resulta obvia– están destinados al fracaso […] Cuando pienso en el individuo, tiendo a verlo preso de un destino que apenas le deja margen de maniobra […] En el análisis histórico, tal como yo lo veo, quizá equivocándome, la perspectiva a largo plazo siempre es al final la mejor". Sí: muchas veces la continuidad es tan importante como el cambio, sino más. Pero cambio no es lo mismo que "coyuntura". A fin de cuentas, las "estructuras" –como los paisajes– las hizo la mano del hombre, al menos en parte, sin duda. ¿Y cómo? ¿Y por qué? ¿Y cuándo? Por eso la historia social debe ser no solo algo distinto, sino algo más que una sociología retrospectiva… sin embargo –y desgraciadamente– esto último es lo más habitual.

8.

Un libro que se titule *El futuro de la Historia*, escrito y publicado cuando llevamos once años en el siglo XXI, debe hallarse permeado por una pregunta cargada de angustia: ¿qué va a pasar con los libros de historia y con su lectura? Pero en este capítulo ("Problemas para la profesión") debo detenerme –brevemente– en una cuestión diferente, aunque relacionada: ¿qué sucede, qué va a suceder, con la práctica docente? (de la historia, claro está). La enseñanza y la escritura no son lo mismo, como no lo son la palabra hablada y la escrita; pero sí *están* unidas de forma inextricable. Sobre todo, dadas las

condiciones en las que tradicionalmente se ejerce la profesión de historiador, según las cuales un doctorado o un posgrado son requisitos imprescindibles para acceder a dar clase en una facultad o en un departamento universitario de historia. Siempre ha habido, y todavía hay, numerosos ejemplos de profesores muy prestigiosos que prefieren impartir pocas clases, o casi ninguna; ejemplos de otros que, al comienzo de su carrera profesional, han tenido que publicar para salir adelante; y de otros que adquirieron una reputación gracias a sus obras publicadas, y no a la calidad de su labor docente. Sobre esto último haré algunos comentarios, referidos más bien a Estados Unidos, donde la enseñanza directa en el aula ha tenido más influencia, hablando muy en general, que en la mayor parte de las universidades europeas. Y aquí la práctica de dar clase en el aula –esto es, de que el profesor dé una charla en presencia de sus destinatarios– no ha cambiado mucho a lo largo de, por lo menos, los últimos cien años.

Me refiero a facultades y escuelas universitarias. (La disminución y la evolución de los cursos de historia en la enseñanza media y primaria es otro asunto). La esencia de mi argumentación es que el deseo de aprender más historia (y el hecho de que unos pocos alumnos, además, acaben por sentirse inclinados –quizá– a hacer carrera como historiadores profesionales) ha sido consecuencia casi siempre de haber escuchado las disertaciones de un profesor en el aula y de que este profesor incitara a sus alumnos a leer determinados libros. (En la mayor parte de las universidades europeas, las charlas del profesor [e incluso la presencia de los alumnos] tienen menos peso que las notas que se obtengan en los exámenes subsiguientes). No hablo aquí de los cursos de posgrado ni de los seminarios, sino de la influencia inefable e inmensurable que la forma de enseñar de un profesor (y, a menudo, su carácter) puede haber tenido y puede tener aún en el público obligado a escucharle (o, hablando con más precisión, en

aquellos que estén atendiéndole).

¿Sobrevivirá esta forma de impartir clases en un aula? Esperemos que sí, aunque muchos sucesos recientes hayan venido a ponerla en peligro o, mejor dicho, a minarla. Uno de estos sucesos, quizá el más insidioso, es la disminución general de la capacidad de atención: un fenómeno casi universal, pero especialmente dañino para la gente joven. Sus consecuencias son múltiples y obvias: el hábito de leer está desapareciendo a toda velocidad entre los estudiantes, que cada vez se hallan menos familiarizados con los libros. Hoy se accede a los libros con facilidad, no solo en las bibliotecas sino de formas muy distintas en múltiples lugares, pero en las escuelas superiores y en las universidades cada vez se exige leer menos (el sistema inglés de seminarios y tutorías [o la falta de sistema], que exige leer bastante, está desapareciendo a marchas forzadas). Y la penetración de la "cultura" gráfica por encima de la verbal –de hecho, por encima de la propia imaginación– ahora ha invadido también las aulas tradicionales, donde más de un profesor les pone una película a sus alumnos, o se la recomienda. Y, mientras tanto, también han cambiado muchos de los temas sobre los que versaban esas disertaciones de los profesores. ¿Podrá la historia social, o la "de género", satisfacer el apetito intelectual de un alumno putativo como lo hacían antes la historia política o la militar? O ¿irán reemplazando las disertaciones retransmitidas a larga distancia, de una forma impersonal, por televisión u otros sistemas de grabación y difusión, a la asistencia a las aulas? La relación inevitable –a veces casi misteriosa, pero en cualquier caso inmensurable (y, ciertamente, recíproca)– entre profesores y estudiantes puede ir a menos e incluso desaparecer.

Pero incluso eso resulta impredecible, por todo tipo de razones. La cautividad de los alumnos que desean estar allí y los que no, los que escuchan y los que no, puede pervivir aún

un tiempo. “El futuro de la historia”, como de hecho “el futuro” de lo que sea, es un sintagma cargado de arrogancia. Todo lo que digamos o lo que creamos saber sobre el futuro no es más que una proyección (y muchas veces una exageración) de lo que vemos que ocurre en el presente. Y ese tipo de proyecciones suele errar porque la historia es impredecible, porque su progreso no es ni geométrico ni lineal. Quizá lo mejor que cabe esperar de un historiador con buen criterio –de hecho, lo mejor que cabe esperar de cualquier observador inteligente y con sentido histórico hoy día– es que nos haga un pronóstico no de lo que va a suceder, sino de lo que *no* es probable que suceda.

Y esto me lleva a darle un tiento, que será inevitablemente torpe, al impacto actual y potencial de la tecnología electrónica, no tanto en la enseñanza como en la investigación y en la escritura de la historia. En esto yo no me hallo tan en mi elemento como otras personas, dada mi falta de experiencia o de conocimiento sobre los aparatos electrónicos.

Empezaremos diciendo que el primer cambio importante, y en conjunto beneficioso, que afectó a las técnicas de la investigación histórica tuvo lugar hacia 1960, con los microfilms y las fotocopiadoras, que hicieron mucho más sencillo y rápido el proceso de llevarse documentos para leerlos fuera de una biblioteca; yo mismo he aprovechado estos recursos para la investigación de varios de mis libros (en mi caso, incluso puedo señalar la fecha de mi primera experiencia fructífera: 1970). Luego, ya no fui mucho más lejos, pero el paso que había dado ya era importante. El ordenador e internet (y el correo electrónico) han hecho mucho más fácil el contacto y la comunicación entre investigadores. Gracias a las búsquedas electrónicas, también es más fácil recabar datos o documentos (aunque no en todos los casos). Pero, como pasa con cualquier invento técnico, actual o futuro, las nuevas

ventajas van unidas a nuevos inconvenientes. No resulta fácil determinar la autenticidad de lo que "se ha investigado" en un trabajo universitario redactado por un estudiante, o incluso en un artículo o en un libro firmado por un investigador acreditado. Y otro problema, nada desdeñable, es que la "información" que encontramos en Google o en Wikipedia puede ser inexacta (y, de hecho, a menudo lo es); este problema se ve además acrecentado por el hecho de que el público tiende a considerar precisa y completa cualquier cosa que aparezca en la pantalla de su ordenador. (Nótese que el término popular y aceptado con el que se designa a Google es "motor de búsqueda", mientras que la esencia de la investigacion histórica no es buscar sino *re-buscar*,[*] de lo cual quizá el primer ejemplo sea Tucídides, quien escribió la historia de las guerras del Peloponeso, según dejó dicho, para corregir y eliminar leyendas, falsedades y errores).

No existe –aún– prueba alguna de que estas innovaciones técnicas hayan mejorado ni la investigación histórica ni la obra de ningún historiador serio. Tampoco de que hayan acercado a los investigadores entre sí ni de que hayan propiciado el conocimiento mutuo; de hecho, existen indicios de que ha sucedido lo contrario. Lo que sí *podemos* decir es que la tecnología ha hecho cada vez más factibles las presentaciones gráficas de una u otra historia. Pero también con esto hay problemas. Estas presentaciones gráficas de escenas o episodios o personas pueden dar la impresión de algo directo, tridimensional, exacto y real: pero lo cierto es que su producción resulta muy complicada y en ellas las imágenes y las personas parecen "reales" pero casi nunca son lo bastante reales. La presentación o representación gráfica de episodios históricos puede resulta espectacular: pero ha sido elegida y montada para causar impacto, por puro criterio visual. Y esos no son precisamente los objetivos de un profesor o de un escritor de historia honrado. Y aun cuando la autenticidad o la

veracidad de una imagen en movimiento resulten cuestionables, analizarla en detalle puede ser tan complicado que casi nunca merece la pena, al contrario de lo que ocurre con llamar la atención sobre las falsedades publicadas en un libro o en un artículo o en cualquier material escrito.

9.

El problema de las mistificaciones es ahora más grave que antes, debido a la tecnología. La falsificación de documentos históricos (generalmente por motivos políticos) siempre ha existido, pero los historiadores se enfrentan hoy a adelantos nuevos. Por ejemplo, a la perfección técnica de los propios materiales con los que se hacen esos documentos falsos: el papel, la tinta, los tipos de letra. Otra práctica, más insidiosa, es la de presentar un abundante aparato crítico, citando y listando números de microfilm u otras "fuentes" archivísticas, que no son fáciles de comprobar, o que, cuando lo son, requieren una lectura muy atenta por parte de un historiador profesional para que se pueda aseverar que no son una prueba del "hecho" o de la afirmación que supuestamente confirman. Yo mismo me he tenido que enfrentar en más de una ocasión a documentos falsificados o mistificaciones, especialmente sobre temas relacionados con la Segunda Guerra Mundial. No es este el sitio para ponerse a dar detalles o a enumerarlas, excepto para decir que en ocasiones están llevadas a cabo con mucho ingenio por personas que saben lo que hacen. (En muchos casos, su objetivo escondido es el de rehabilitar a Hitler. Y lo "esconden" porque a menudo pretenden manchar la reputación de sus oponentes, sacándose de la manga "fuentes" o "documentos" adulterados o falsos). No se puede esperar que los lectores se pongan a comprobar unas mistificaciones tan bien hechas; esa continúa siendo la tarea de los historiadores profesionales: una tarea infinita, que nunca queda acabada.

* Supongamos que un investigador tiene un golpe de suerte y se topa con una estadística desconocida sobre los sentimientos populares en una determinada ciudad alemana durante la época de Hitler. (De hecho, una rama de las SS intentó realizar este tipo de sondeos de opinión durante la guerra). Supongamos que la estadística resulta ser digna de crédito y que de ella se puede extraer la conclusión de que en ese lugar, en esa época, solo el veinte por ciento de la población tenía convicciones nacionalsocialistas. Pero ¿significa eso que el ochenta por ciento restante se oponía realmente (o siquiera potencialmente) al régimen? Y a la inversa; una estadística que afirmase que solo el diez por ciento de esos alemanes se oponía al nacionalsocialismo no significa que el noventa por ciento fuera partidario.

---

* Véase uno de ellos en el capítulo VI, pp. 140 a 142.

---

* Pero no para siempre. Pensemos en la soberanía y autoridad de los estados (y el respeto popular que merecen), hoy en franco retroceso. A fin de cuentas, la existencia del estado soberano no fue sino un resultado de la llamada Era Moderna, o Burguesa o Europea, que empezó hace unos quinientos años, una era que hace ya tiempo que ha pasado.

---

* Un ejemplo magníficamente bien investigado del trabajo de un historiador que exprime al máximo las relaciones entre dos países, en todas las facetas posibles, es *Les États-Unis devant l'opinion française 1815-1852* [Estados Unidos ante la opinión francesa], de René Rémond, publicado en dos volúmenes (París, 1962). Aún es posible realizar estudios semejantes sobre las relaciones de naciones enteras durante el siglo XX, pero, dada la naturaleza proteica de las pruebas, ya no pueden ser exhaustivos.

** A esto le dediqué el capítulo titulado "The sentiments of nations" [Los sentimientos de las naciones] de mi libro *The Last European War, 1939-1941* [La última guerra europea], en el que hacía referencia, por ejemplo, a las divisiones entre germanófilos y anglófilos o entre germanófobos y anglófobos en muchos países y en todo tipo de ocasiones. En 1940, el sentimiento principal que unía a los seguidores del mariscal Pétain en Francia no era el fascismo ni la germanofilia, sino la anglofobia. Otro ejemplo: es, como mínimo, defendible que la razón por la que la llamada Guerra Fría no acabó en un enfrentamiento abierto (en vez de soterrado) entre Estados Unidos y la Unión Soviética fue que, a pesar de su anticomunismo ideológico, el pueblo estadounidense no era especialmente antirruso ni el pueblo ruso especialmente antiamericano.

---

* Un ejemplo: en el año 1950, cualquiera podía leer los artículos de la revista *American Political Science Review* aunque no estuviera familiarizado con el vocabulario técnico ni con los símbolos matemáticos. Pero en 1965 ya no. Los primeros artículos ilegibles empezaron a aparecer en las revistas de historia, *American Political Science Review* incluida, a partir de 1970.

---

* Véase el capítulo IV, pp. 81-82. También "cliometría", una fea palabra que estuvo de moda (como cuanto-historia) hace unos cuarenta años (casi desaparecida hoy): Bruce Catton, en un ensayo-reseña sobre el libro *Time on the Cross: The Economies of American Negro Slavery* [El tiempo crucificado: la economía de la esclavitud de los negros estadounidenses], de Fogel y Engerman: "No es un gran avance en la cliometría histórica, pero es un avance en el campo de la publicidad".

---

* Esto no es mera especulación teórica. Yo he aplicado esta jerarquía relativa de las fuerzas o factores históricos a la estructura de muchos de mis libros. En ellos trataba de describir o resumir las condiciones materiales o económicas de un pueblo determinado en un momento determinado y a partir de ahí iba analizando sus circunstancias sociales, y luego las políticas, y luego las internacionales, para llegar, en capítulos sucesivos, a las tendencias de sus ideas y creencias, de acuerdo con una secuencia ascendente de su importancia relativa. (Sin embargo, incluso a los críticos o comentaristas más constructivos y respetuosos de mis múltiples libros se les ha pasado por alto esta organización jerárquica).

---

* En este sentido, se puede considerar *El otoño de la Edad Media*, de Johan Huizinga (1920), una obra radicalmente innovadora, porque el análisis al que se consagraba su autor era el de *cómo* pensaba y veía la gente, cómo usaba el cerebro en un momento y lugar determinados. O pensemos en *The Voices of Morebath* [Las voces de Morebath], de Eamon Duffy (2001), que trata de la revolución y la contrarrevolución en la religión, las parroquias, las iglesias y el pueblo inglés (en el mismo siglo que el libro de Braudel sobre el Mediterráneo). ¿Fueron más decisivos los cambios económicos y financieros que hicieron Enrique VIII y sus acólitos (cambios importantes, sin duda) o lo que estaba sucediendo con las lealtades, las iglesias y los sentimientos? ¿Podemos decir que los grandes cambios en la sociedad inglesa del siglo XVI son meras "coyunturas"?

*La palabra para 'investigar' que utiliza Lukacs es *research*, cuya traducción literal (de acuerdo con sus formantes) equivale a 're-buscar'.

HAMBRE DE HISTORIA

Un fenómeno nuevo y varias de sus pruebas – Simultáneamente, la reducida enseñanza de la historia – Posibles fuentes del hambre – El interés por las biografías – El desconocimiento de la historia… junto con un sentido latente de su importancia cada vez mayor

1.

Podemos datar en torno a 1960 la aparición de un fenómeno nuevo en muchos países de todo el mundo; un fenómeno que consistió –y que consiste aún– en el surgimiento de un interés intenso y contagioso por la historia, distinto al de las olas anteriores de ese mismo interés (por ejemplo, el que apareció en la segunda mitad del siglo XVIII, que se dio casi por entero en los países de Europa occidental y entre una minoría de las clases lectoras). A partir de 1960, el interés por la historia empezó a difundirse entre pueblos que hasta entonces habían sido inmunes a él. Abarcaba, además, diversos tipos de historia, no solo la que detallaba o revelaba el pasado más inmediato. Esto puede ser ya razón suficiente para hablar de "hambre". Pero, lo llamemos hambre o interés, en 1960 fue una novedad casi sin precedentes. La gran historiadora Margaret MacMillan lo llamaba "la locura por la historia" en el primer capítulo de su libro *Juegos peligrosos: usos y abusos de la historia* (2009; traducción española de 2010). Puede que "locura" no sea el término correcto, porque la locura es irracional, mientras que en este fenómeno se pueden identificar al menos ciertas causas razonables: por ejemplo, la gente sabe *menos* historia que sus antepasados, pero probablemente hay *más* gente interesada en saber historia de la que hubo en ningún momento del pasado.

De este fenómeno hay tantas pruebas y tan proteicas que nos vendría muy bien disponer de un estudio global al respecto, bien investigado y con abundancia de estadísticas. Yo aquí me veo constreñido a dar una lista necesariamente incompleta de esas pruebas, y referidas sobre todo a Estados Unidos. En 1876, un siglo después de la Declaración de Independencia, la gran Centennial Exhibition de Filadelfia acogió unas cuantas esculturas con la efigie de los Fundadores, pero, por lo demás, estaba casi por completo dedicada a exhibir las novedades de la industria estadounidense. Pasado otro siglo, en 1976, los festejos del bicentenario rezumaban historia por todas partes, para todas las ocasiones y en todos los niveles. (El evento más espectacular fue un desfile de antiguos barcos de vela). Y este no es más que un ejemplo de esa mutación de sentimientos.

Hay otros, innumerables. Las revistas de historia dedicadas al público general apenas existían antes de la Segunda Guerra Mundial. Ahora las hay en muchos países del mundo, y en bastantes hay más de una. En general, se puede decir que los contenidos son buenos, razonablemente fiables, con muchos artículos escritos por historiadores profesionales. Su número de lectores y suscriptores no ha cambiado demasiado desde sus inicios. Por su parte, en el ámbito de la edición comercial, desde 1960 se venden mejor los relatos históricos de todo tipo que las novelas, y lo mismo sucede en el mercado de libros de segunda mano (aunque ahora haya muchas menos librerías que hace cincuenta años). Existen además muchos programas televisivos sobre historia, canales temáticos dedicados a ella y cada vez más películas históricas, "documentales" o "docudramas". Y un dato que puede resultar aún más significativo –porque no depende del mercado editorial ni del de ocio– es el crecimiento de las sociedades históricas locales, de las que quizá haya hoy el doble que hace cincuenta años. Sus socios ya no son solo hombres y mujeres cuyo interés por el pasado es, principalmente, genealógico. La preservación de

casas, objetos y documentos antiguos se ha convertido en una preo-cupación general en Estados Unidos, no solo para ese tipo de asociaciones sino también para las corporaciones locales, tanto rurales como urbanas. Hoy, muchas administraciones locales cuentan con una comisión histórica, cosa que era muy rara hace treinta o cuarenta años. Y estas comisiones realizan un trabajo, a menudo ejemplar, que, por su propia naturaleza, no termina jamás.

Permítaseme repetir: hablamos de un fenómeno que hoy sucede a escala mundial, que ha aparecido incluso en lugares del mundo donde este tipo de interés era antes muy inhabitual, sobre todo respecto a la historia reciente. Resulta especialmente notable en Estados Unidos, cuyo *ethos* popular, que es progresista y antiautoritario, fue durante mucho tiempo antihistórico. Pero hoy el hambre de historia de muchos estadounidenses ha alcanzado niveles considerables y desconocidos hasta ahora. Y, por supuesto, esa hambre se puede saciar, y de hecho se está saciando, con abundante comida basura. Puede que los historiadores profesionales sean conscientes de esto último, pero no lo son, en general, del significado de esa hambre.

2.

Los historiadores profesionales y los profesores de facultades y escuelas universitarias se han mostrado, en general, indiferentes a lo que ha pasado con la enseñanza de historia en los institutos, la cual se ha ido reduciendo a partir del año 1970 más o menos, época en la cual también empezó a disminuir o a diluirse el número de créditos de historia que se exigían en la enseñanza universitaria. Al inicio de la década de 1980, el número de licenciados en historia en centros estadounidenses de educación superior había caído a la cuarta o quinta parte de la cifra que se daba veinte años atrás. Los historiadores

profesionales no tuvieron mucho que ver con este retroceso, del que fueron responsables casi por entero las administraciones y los burócratas.

Visto desde una perspectiva histórica amplia, este proceso no ha sido del todo nuevo. Dos siglos antes, ni las universidades francesas ni las inglesas ni las alemanas (aunque sí las escocesas), ni tampoco las pocas escuelas universitarias de las colonias americanas, tenían mucho que ver con las revoluciones democráticas ni con la llamada Ilustración. Al cabo de esos dos siglos, el prestigio de los historiadores conocidos o de sus centros académicos era ya tal que, de haberse suscitado la pérdida de terreno de la historia en las escuelas, se habría podido producir una reacción pública concertada capaz de detenerla e incluso de revertirla. Pero nada de eso sucedió. Los intereses profesionales y personales de la mayor parte de los historiadores académicos siguieron siendo muy limitados; era muy poca la atención que prestaban a lo que sucedía en otros centros de su mismo país. Hubiera debido interesarles, pero no les interesaba.

Sin embargo, esa reducción de la enseñanza de la historia en las escuelas, promovida y gestionada por las administraciones, tenía lugar al tiempo que aumentaba el intéres de mucha gente por la historia. De lo que no estamos seguros es de si a la gente joven, en general, le interesaba la historia más o menos que antes. Existen algunas pruebas marginales de que más bien sucedía lo primero, o al menos durante un tiempo: alrededor de 1980 eran muchos los estudiantes universitarios que elegían historia entre las asignaturas no obligatorias. También existen pruebas de que una minoría pequeña pero apreciable de estudiantes universitarios sentía, y siente aún, un interés muy serio por la historia, que les exige leer mucho. ¿Significa esto que el fenómeno del hambre de historia ha penetrado también en las mentes más jóvenes? Sí y no; pues al mismo tiempo el

número de alumnos de historia y –lo que es más significativo– el número de los que cursan másteres o posgrados en historia, siguió bajando. Recordemos aquí que el interés por la historia (mitos y leyendas aparte) suele surgir durante la maduración del cerebro. Puede que los jóvenes sientan curiosidad por algún suceso determinado, pero también son sumisos. Y, por desgracia, lo mismo se puede decir de sus padres. Estos, al menos en Estados Unidos, aceptaron la transformación de objetivos que empezó a producirse en las facultades y escuelas universitarias a partir de 1960 sin cuestionársela en absoluto. A partir de entonces, no ha dejado de crecer el número de alumnos matriculados, pero ha desaparecido, en general, aquella declaración de intenciones que prometía que se les daría una educación básica de corte liberal. Hoy, el objetivo de un centro de educación superior es certificar profesionales para determinados puestos de trabajo. Y poco después de 1970, la mayoría de los estudiantes estadounidenses de grado superior elegía ya la especialidad de económicas o la de empresariales, a pesar del valor cuestionable de sus cursos y materias. Pero esa es otra historia.

3.

La historia no se repite, ni se repiten tampoco los motivos y las condiciones del conocimiento histórico. El XX fue un siglo especialmente transitorio, relativamente corto (de 1914 a 1989), pero también, en otro sentido, un siglo que marcó un cambio de era. Hay muchos síntomas que apuntan a que –en muchos lugares del mundo– alrededor del año 2000 los hombres y las mujeres empezaron a pensar de una forma diferente a como pensaban los de un siglo atrás. Y con esto no me refiero solo a los asuntos que tenían en mente, sino a cómo les funcionaba esta: ¿cómo la emplean?, ¿y por qué?, ¿y cuándo? ¿Y qué relación tiene esto con el hambre de historia que se va

extendiendo?

La pregunta resulta casi imposible de responder. Quizá deberíamos, antes de empezar a especular, distinguir entre motivos y objetivos, cosas diferentes que hoy, por desgracia, confunden a menudo los abogados, jueces, psicólogos e historiadores. Los motivos tiran de nosotros desde el pasado, mientras que los objetivos llevan implícito un impulso hacia el futuro. Los motivos en ocasiones son inconscientes, mientras que los objetivos casi siempre (aunque no siempre) son conscientes. Atribuirles motivos a las personas ha sido una práctica corriente, deplorable, ilegítima y habitual durante el siglo XX. La curiosidad y el interés son objetivos, más que motivos: equivalen al deseo de saber más sobre algunas cosas, y también de conocer la historia.

Al iniciarse el siglo XXI, "la gente", escribe Margaret MacMillan en "La locura por la historia", "está mejor educada y, sobre todo en las economías maduras, tiene más tiempo libre y se jubila antes". Yo no estoy muy seguro de que esto sea así; se podría cuestionar eso de que la gente esté hoy mejor educada o que tenga más "tiempo libre". Aun cuando ese fuera el caso, no parece que el hambre de historia se deba solo a la necesidad de rellenar las horas libres. Es posible que la historia les resulte entretenida a muchas personas, pero "entretenerse" es un verbo de lo más vago y maleable: ¿no hay algo de entretenimiento en el hecho de buscar y luego encontrar un objeto o un sujeto que nos suscita curiosidad, al igual que el placer es (o, de hecho, debe ser) una de las razones del gusto por la lectura? Puede que otro factor, quizás más obvio, para el diagnóstico del hambre actual de historia sea una mezcla de curiosidad y angustia: el mundo que nos rodea está cambiando a toda velocidad, y de ahí que conscientemente queramos preservar los objetos del pasado histórico y encontrar temas que nos conecten personalmente con un pasado no tan distante,

aún imaginable. Aquí no se trata solo de *nostalgia*. La expresión griega original, *nostos algos*, denota el anhelo no solo de un *tiempo* determinado sino también de un *hogar*. La nostalgia, por supuesto, es una tendencia normal del ser humano, una aspiración. Pero no parece que el interés actual de tantas personas distintas por tantos tipos de historia sea consecuencia del anhelo por un pasado, ya perdido pero aún reciente, que ellas mismas llegaron a conocer.

No es fácil separar el "interés" de la "curiosidad" (hace cuatro o cinco siglos, en Francia se llamaba *curieux* a quien hoy llamaríamos intelectual). La curiosidad y el interés por los detalles de cómo vivían otras personas en nuestro pasado reciente, incluso por sus sufrimientos, existe desde luego en todas partes, pero no parece ser predominante. Aquí parece que hay un extraño desfase temporal. La mayor parte de las personas, al parecer, no adquiere el conocimiento de lo que le ha sucedido en el instante en que le sucede, ni siquiera al poco tiempo, sino al cabo de un lapso considerable. El interés generalizado hacia la historia de la Segunda Guerra Mundial, incluidos los detalles que aún permanecen en sombra, no se extendió hasta quince años después del final de la guerra. El interés –en este caso, más interés que curiosidad– por el Holocausto no apareció hasta mediados de la década de 1960, sobre todo en Estados Unidos; la propia palabra "Holocausto" solo surgió y empezó a circular en esa época; y la creación de museos y memoriales públicos en Estados Unidos se debió sobre todo al trabajo de algunas personas que no tenían ningún vínculo familiar con el Holocausto. En Alemania, el número de libros y materiales sobre Hitler no empezó a aumentar sino en la década de 1970 y los estudios y relatos sobre la destrucción de ciudades alemanas con bombardeos masivos no lo hicieron hasta el año 2000 más o menos. Puede que el origen y las circunstancias del hambre actual de historia sean más profundos que la curiosidad por algún hecho determinado

del pasado reciente; quizá más profundos aún que el deseo de adquirir más conocimentos. Puede que en ellos haya hambre de encontrarse con cosas, y con personas, que fueron *reales.*

De esto último da fe la evolución del significado de los términos "antiguo" y "moderno". En Estados Unidos, todavía en 1920 "antiguo" era un adjetivo negativo, mientras que "moderno" implicaba aprobación. Un chico "a la antigua" era el que se pasaba el día metido entre las faldas de su madre, un blando, mientras que una jovencita "moderna" era toda una chica americana. (En Inglaterra, hacer referencia a una chica o a una mujer tildándola de "moderna" podía tener intención picante, pero en Estados Unidos no). Unos cuarenta años más tarde, la cosa ya era al revés: "antiguo", en Estados Unidos, se aplicaba a algo respetable y sólido, mientras que "moderno" era tan vago y abstracto que sus distintos significados quedaban confusos.[*] Llegada la década de 1960, ya era preferible que un edificio, una familia, un restaurante o una cena fueran "antiguos" antes que "modernos".

Esta mutación ha sido inseparable de un retroceso (de un desencanto, mejor dicho), probablemente menos consciente, en el ideal estadounidense de Progreso, sobre todo cuando Progreso significa movimiento continuo y saludable que aleja del pasado (y de la historia y de la tradición). Por supuesto, esta mentalidad antihistórica es estrecha de miras, pero también es un ideal populista, una creencia básica no solo entre progresistas y liberales, sino también entre republicanos y "conservadores", especialmente en la década de 1920. En aquella década, republicana tanto en la política como en la calle, esta creencia muy estadounidense en el Progreso llegó a ser tan abrumadora, tan universal casi, que los extranjeros se quedaban consternados al visitar Estados Unidos y sentirla. Al principio de los años veinte, Henry Ford declaraba: "La historia es una patraña". A mitad de esa misma década, el

presidente Coolidge declaraba que Estados Unidos era un país único porque encarnaba (no representaba: encarnaba) el Progreso. En 1928, Julius Klein, secretario de Comercio de la administración Hoover, ponía palabras a la fe americana: "La tradición es enemiga del progreso". Sesenta años más tarde, la mayor parte de los estadounidenses ya no piensa ni habla en estos términos. Y este sentimiento de incomodidad respecto al "Progreso" coexiste con un interés y un respeto cada vez más acusados hacia la historia.

Sin embargo, aquí se aprecia algo de esquizofrenia, quizá especialmente entre los "conservadores", que adoran la tecnología al tiempo que sienten el mayor respeto por la tradición. Durante los años de su presidencia, de 2001 a 2009, George W. Bush denunció (y más de una vez) a los enemigos de Estados Unidos en Oriente Próximo tildándolos de "enemigos del Progreso". ¿Creía en lo que decía? Pues sí. Al mismo tiempo, entre los estadounidenses "liberales" no se había extinguido en absoluto la ideología progresista aplicada a ciertos asuntos. Todo esto sugiere que, antes o después, las grandes divisiones que se formen –y de manera inconsciente– en la mentalidad pública no serán ya las de izquierda y derecha, las de conservadores y liberales, sino lo que Wendell Berry constató a finales (cronológicos) del siglo XX, en 1999: que la gran división se dará, y está ya latente, entre los hombres que se tendrán a sí mismos por seres humanos y los que se verán como máquinas.

4.

En los estantes de esos cajones de sastre que son las nuevas e inmensas librerías estadounidenses, se encuentran libros de historia a granel; y en estos años en que, lamentablemente, las pequeñas librerías están desapareciendo, bastantes comerciantes de libros todavía mantienen sus librerías de

segunda mano, muchas de las cuales se especializan en historia militar. Allí, en sus estanterías y en sus cajas, los libros de historia y las biografías suelen hallarse mezclados, mientras que en las grandes cadenas "Historia" y "Biografía" son cosas distintas y tienen zonas separadas. En algunos casos, esto resulta adecuado y comprensible, pero en otros no. Depende a) del biografiado, y b) de lo serio que sea el biógrafo.

Lo que ha sucedido con la biografía a lo largo de los últimos treinta o cuarenta años es un elemento significativo a la hora de analizar el crecimiento generalizado del interés por la historia. A principios del siglo XX, la producción literaria de biografías y su consumo estaban cayendo. La biografía, generalmente, se consideraba y categorizaba como una rama de la literatura, no de la historia. (La excepción la constituían las largas y serias biografías de personajes políticos públicos). Incluso en Inglaterra, a pesar de su larga tradición literaria, un biógrafo era una cosa y un historiador otra distinta. Harold Nicolson escribió en 1932 que el declive e incluso la desaparición del género biográfico estaba al llegar, dado que el estudio científico de la mente vendría a reemplazar la narración más o menos tradicional de la vida de una persona. En 1936, Chesterton criticaba duramente las biografías: "Ni los mejores ejemplos de biografías ni los peores pueden sustituir casi nunca a la historia, ni consigue uno que baste con leer el listado de *dramatis personae* en lugar de ver la obra". Nicolson y Chesterton fueron hombres muy distintos, con visiones del mundo muy distintas, pero ambos se equivocaban; lo que ha pasado es exactamente lo contrario. El interés por las biografías serias ha crecido tanto a lo largo de los últimos cuarenta años que alrededor del año 2000 se podía hablar de una edad de oro de la biografía… y esto en una época que asiste al declive del resto de las humanidades. Durante los últimos treinta o cuarenta años, han sido muchos los buenos historiadores, profesionales o no, que han puesto su talento al

servicio de la biografía. Y todavía resulta más digno de señalar que muchos y buenos autores no académicos, cuando escriben biografías, siguen las prácticas y los estándares de investigación y cita de la historiografía profesional del siglo XIX. Esto no significa solo que se hayan puesto "el traje de académico": significa que los métodos y la seriedad del biógrafo ya no son muy diferentes de los del historiador.

Dijo Carlyle que la historia consiste en innumerables biografías. Sí: pero, en primer lugar, consiste en biografías numerables y disponibles. El hambre de historia, se sacie con historias o con biografías, equivale al interés por personas que existieron de verdad, que fueron reales. No tiene nada en común con el intéres, que llegó a ser ferviente en otras épocas, por las leyendas (de las que la "ciencia ficción" es una excrecencia moderna y, seguramente, en decadencia). Hoy, cuando el mundo está cada vez más lleno de distracciones (a menudo abrumadoras y agobiantes), entre ellas la publicidad efímera, resulta atractivo, y hasta ejemplar, seguir la narrativa vital de unos hombres y mujeres que, incuestionable y evidentemente, existieron. "El hombre no es más que una caña –dijo Pascal–, pero una caña que piensa". Sin embargo, ¿lee todavía? La crisis generalizada de la civilización no solo ha afectado a la profesión del historiador, sino también al acceso y a la práctica de la lectura. De esto, y quizá sobre todo en Estados Unidos, ha tenido mucha culpa el sector editorial porque, aunque numerosos ejecutivos de las editoriales han visto que algunas historias y biografías se venden mejor que muchas novelas, no han hecho nada por fomentarlas. Por supuesto, existen otras razones por las que ha descendido el número de lectores –la vida en el extrarradio, la televisión, la exigencia cada vez menor en los colegios, etcétera–, todo ello conjugado con la crisis de la comunicación, de la costumbre de comentar los libros. Aún más: el que muchas editoriales hayan sido absorbidas por grandes grupos también ha contribuido a

que se lea menos y a que se lea, por tanto, menos historia. El público lector, al contrario de lo que antes sucedía en ocasiones, se ha hecho más dócil y, en general, acepta que algunas cosas estén a su alcance y otras no. De esto último hay bastantes ejemplos sorprendentes.[*]

Pero no debemos exagerar el significado (quizá tampoco las pruebas, ni la extensión) de este nuevo fenómeno que es el interés generalizado por la historia. ¿Durará? Eso espero…, pero no me atrevo a decirlo. Lo que sí me atrevo a decir es que, en la Bolsa de las palabras, puede que la revalorización de "antiguo" no continúe indefinidamente, pero "moderno" sí seguirá perdiendo valor. De esto estoy seguro…; bueno, casi.

5.

Por ahora no hay –desgraciadamente– síntoma alguno de que ese reciente intéres por la historia haya tenido efectos considerables en la política ni en los políticos actuales. Los políticos hablan y votan a favor de la preservación histórica, de los aniversarios y de todo tipo de conmemoraciones. Pero ¿saben más historia de la que sabían sus antecesores en el cargo? No lo parece. La mecánica del conocimiento humano es tal que, cuanto más sabe alguien de algo, más fácil le resulta acumular conocimientos nuevos sobre ese asunto. Y no hay muchas evidencias de que el interés por la historia esté creciendo entre los políticos. Por supuesto, hay excepciones individuales. Pero la mentalidad de los políticos democráticos se inclina mucho más hacia el presente que hacia el pasado, y lo mismo se puede decir de los altos funcionarios y de las instituciones de gobierno. A veces, su desconocimiento sobre hechos históricos importantes y cruciales es tal que debería llamar la atención. Condoleezza Rice fue secretaria de Estado y la asesora principal en materia de política exterior del gobierno de George W. Bush, una mujer con un doctorado en relaciones

internacionales, experta en la historia de la Guerra Fría y de la Unión Soviética. En 2004 y 2005, Rice reconoció que no sabía que Turquía, junto con Grecia, había formado parte en 1947 de la llamada doctrina Truman, el primer compromiso militar que Estados Unidos asumió al inicio de la Guerra Fría. Esta muestra de ignorancia pasó inadvertida, aunque deberíamos habernos fijado en ella.

Es frecuente que los políticos acepten, sin pensar e instintivamente, hechos dudosos o leyendas; hoy día esto sucede sobre todo entre los de los países del este de Europa, aunque ya haga años que se han emancipado de la soberanía soviética o comunista. En la historia siempre ha habido conceptos, interpretaciones o usos erróneos, que son corrientes incluso en las democracias occidentales más consolidadas. Un ejemplo reciente –y, por ahora, habitual y con buena salud– es que los políticos hagan referencia a Múnich, 1938, para avisar de lo que puede suceder si a uno se le ocurre hacer concesiones a un dictador peligroso o llegar a acuerdos con él. Pero lo que sucedió en Múnich en 1938 entre Hitler y Chamberlain, cuando faltaba menos de un año para el estallido de la Segunda Guerra Mundial, no es de aplicación cuando nos enfrentamos con un dictador asiático, de Oriente Próximo o ruso, sea en la década de 1950 o medio siglo después. La historia no se repite,[*] aunque las circunstancias históricas parezcan hacerlo.

Siempre habrá conceptos erróneos y, por lo tanto, presentaciones equivocadas de algún hecho histórico, que a veces afectarán a pueblos enteros. Pero aquí nos preocupa otra cosa: hablamos de hambre, no de alimentación. ¿Traerá con el tiempo el hambre actual de historia una comprensión histórica más profunda, aunque como materia se esté enseñando cada vez menos? En fin, al menos yo así lo espero, aunque la sombría evidencia indique lo contrario. Cada vez más personas,

conscientemente o no, parecen tener en cuenta ese epigrama de Cicerón que dice: "La ignorancia de lo que sucedió antes de que naciéramos nos convierte en niños eternos". Puede que la puerilidad campe hoy a sus anchas, como se ve en las palabras y hasta en los gestos[**] de los presidentes americanos, pero eso no ha de durar. La ensayista estadounidense Agnes Repplier escribió hace casi un siglo: "Yo creía que el desconocimiento de la historia no era sino una falta de cultura y la pérdida de un placer [¡sí, placer!]. Ahora estoy segura de que tal desconocimiento nubla el juicio porque nubla el entendimiento, dejándonos sin baremos de contraste y sin derecho a valorar correctamente […] No podemos saber nada de ninguna nación a menos que conozcamos su historia". Desde entonces, ha empezado a surgir algo menos obvio pero igualmente profundo. Un extraordinario pensador inglés, Owen Barfield, escribió hacia 1980:

> La mentalidad occidental pone énfasis en la importancia de la historia y le presta cada vez más atención […] Hay en el aire un nuevo concepto de la *historia*, un sentido nuevo de lo que significa. Hemos presenciado el tenue albor del sentimiento de que la historia ha de interiorizarse porque es algo consustancial a ser un hombre, una especie de 'encuentro existencial'.

El albor puede haber sido tenue, pero ahí está. Y el hambre de historia actual, cualesquiera que sean sus excrecencias, es parte de ese albor.

---

[*] ¿No habíamos quedado en que la Edad Moderna había empezado quinientos años atrás, sucediendo a la Edad Media? ¿Qué era, y qué es, el arte moderno? ¿Y el diseño moderno? ¿Quizá algo creado a partir de 1890 (y que pocas veces se puede aplicar a algo posterior a 1960)? ¿Qué era (y qué es) posmoderno (una palabra que empezó a aparecer en 1970)? Además, las revoluciones sexual y "cultural" de la década de 1960, tan cacareadas, fueron poco más que una repetición de la modernidad de los años veinte.

---

[*] La revista *American Heritage*, fundada en 1954 por un grupo de historiadores no académicos, fue una de las primeras publicaciones en darse cuenta de que existía un interés cada vez mayor por la historia, y se convenció de que las obras históricas no debían restringirse a los círculos de historiadores profesionales. *American Heritage* tuvo un éxito considerable, con gran número de suscriptores y artículos de alta calidad. Pero, en la década de 1990, los propietarios de la publicación decidieron reducir el tamaño y cambiar los contenidos; la vieja *Heritage* duró poco más. He aquí un ejemplo que contradice

mi tesis sobre que en Estados Unidos hay cada vez más interés por la historia, aunque también es un ejemplo de la cortedad de miras de los ejecutivos y de los dueños de las grandes empresas, obsesionados con el balance (o, dicho con más precisión, con los beneficios rápidos).

---

* Además, ahora sabemos (o deberíamos saber) que Hitler no iba de farol en Múnich, que sus oponentes estaban mucho menos preparados (o dispuestos) para luchar contra él de lo que iban a estarlo un año después y que la Unión Soviética de Stalin no los habría apoyado. Etcétera, etcétera.

** Por ejemplo, la afición de nuestros presidentes "conservadores", Reagan y Bush el joven, por jugar a los soldaditos, saludar marcialmente con la mano, etcétera.

EL RE-CONOCIMIENTO DE LA HISTORIA COMO LITERATURA

La historia, sus hechos y sus palabras – Los absurdos de la "historia social" si la historia es literatura – Historiadores "aficionados" y sus méritos – Ni "objetiva" ni "subjetiva", sino participante – El idealismo histórico no es categórico ni determinista – La relevancia decisiva del "¿cuándo?"

1.

¿La historia es arte o ciencia? Veronica Wedgwood, una historiadora inglesa muy erudita y de una modestia encantadora, acuñó este feliz epigrama paradójico: "La historia es un arte, como las demás ciencias", aunque por lo demás es persona poco inclinada a producir epigramas. Pero yo tengo una pregunta algo distinta: ¿escribir historia es literario o científico? ¿La historia es literatura o ciencia? Bueno: *es* literatura, más que ciencia. Y así debería ser (para nosotros).

En el siglo XVIII, el epigrama de Veronica Wedgwood hubiera sido una perogrullada, dado que por entonces a nadie le parecía tan obvia la diferencia entre arte y ciencia como nos lo parece a nosotros; ya hemos dicho que en esa época la historia se consideraba una rama de la literatura. La cuestión es que no podemos, ni queremos, volver al siglo XVIII. Nuestra forma de considerar la historia no pasa por volver a verla como literatura, sino por apreciarla de una forma nueva, al menos en parte.

Aquí el énfasis está en las letras, en las palabras. Imaginemos

que en un momento del futuro la palabra escrita deje de existir (excepto en los libros que hayan quedado, en microfilms o en otros dispositivos que se puedan volver a imprimir). ¿Se considerará entonces historia auténtica una película, o cualquier otra secuencia de imágenes que reconstruya –que, más bien, confeccione– un episodio histórico del pasado reciente? No, porque sería una construcción técnica necesariamente bastante complicada. Escribir historia (y enseñarla) también es reconstruir, pero sus fuentes son auténticas, vienen de hombres y mujeres que vivieron de verdad, cuyos actos y palabras se *relatan* de nuevo, pero no se *recrean*. Además, se describen y cuentan en un lenguaje cotidiano, comprensible para sus autores y profesores, tanto como para sus lectores. La historia escrita no recrea: describe.

En el principio fue el verbo; y luego la carta; y luego la literatura. ¿Consiste la historia en hechos? Ciertamente, hay "hechos". Las llamas prendieron la casa. El perro no ladró. Julio César cruzó el Rubicón. Napoleón fue derrotado en Waterloo. Pero los "hechos" tienen, como poco, cuatro limitaciones. Una: para nosotros, el significado de cada hecho existe porque de inmediato lo ponemos en relación y lo comparamos con otros hechos. Dos: para nosotros, el significado de cada hecho depende de cómo se enuncie, de los términos con los que se exprese. Tres: esos términos dependen del objetivo que se tenga. Existen enunciados en los que el "hecho" puede ser cierto, pero su significado, su tendencia o el objetivo con el que se enuncia sea falso.[*] Cuatro: el "hecho" también tiene una historia. Hace cinco siglos o más, la palabra "hecho" (y también otros términos, como "objetivo" o "subjetivo") no quería decir lo mismo que ahora, ni tenía las mismas implicaciones. "Hecho" significaba entonces "acto", algo realizado.

Las palabras no son categorías finitas, sino significados: son lo

que significan ante nosotros, para nosotros. Cada una tiene su propia historia, su vida y su muerte, sus poderes y sus límites. Imaginemos (no es fácil, pero imaginémoslo) que en algún momento del futuro los seres humanos se comuniquen entre sí exclusivamente mediante fotografías, imágenes, números o códigos. Cuando las palabras dejen de existir, las personas continuarán existiendo, pero su conciencia histórica, incluida su propia historia, no.

2.

A estas alturas, reconocer que la historia es literatura, más que ciencia, aún choca contra la inclinación bien asentada de convertir la historia en algo más "científico": algo útil, concreto, que lo abarque todo.[**] La constatación (que no es lo mismo que re-conocimiento) de que el historiador tiene que vérselas con asuntos más amplios y más profundos que los registros oficiales de los estados, de los gobiernos o de los poderes, con más y más personas, ha conducido a que se hagan investigaciones de lo más eruditas y entre ellas hallamos algunos de los mejores ejemplos (y también los peores) de historia social. En esta dirección se movía la escuela francesa de los Annales, que, con historiadores soberbios como Marc Bloch (asesinado en la Segunda Guerra Mundial, año 1944) y varios de sus colegas y sucesores, nos dejó algunas de las representaciones más valiosas que se han hecho desde entonces, sobre asuntos tanto grandes como pequeños. Pero leamos ahora lo que Lucien Febvre, un prestigioso historiador francés que fue primero colega y luego sucesor de Bloch, escribió en 1940, en el cénit de su carrera:

> Como todas las ciencias, ahora la historia está evolucionando de forma muy rápida. Algunos hombres se afanan, titubeando y hasta tropezando, por avanzar en dirección al trabajo en equipo. Llegará un día en que

> hablaremos de los 'laboratorios de historia' como de una realidad […] Hace una o dos generaciones, el historiador era un anciano caballero sentado en su sillón de orejas, frente a un taco de fichas estrictamente reservadas para su uso personal y celosamente protegidas contra los rivales envidiosos, como un incunable que se custodia en una caja fuerte; pero el viejo caballero de Anatole France junto a todos esos que tantos otros han retratado han llegado al final de su curiosa vida. Y han dado paso a un director de investigación avisado y flexible que, habiendo recibido una educación muy abierta, habiendo aprendido a buscar en la historia el material con el que hallar soluciones a los grandes problemas a los que se enfrentan a diario las sociedades y las civilizaciones, será capaz de planificar cualquier investigación, hacer las preguntas necesarias, señalar las fuentes de información precisas y, tras ello, estimar un presupuesto, controlar la rotación del equipo, establecer el número de miembros de cada grupo y lanzar a sus trabajadores a la búsqueda de lo desconocido […] En suma, tendremos que enfocar los asuntos a una escala mucho más amplia.[*]

La verdad es que esto no fue (y no es) lo que pasó. Durante los últimos sesenta años, se ha escrito mucha historia de excelente calidad y todavía se está escribiendo, pero no lo hacen equipos, sino hombres y mujeres individuales (tanto "profesionales" como "aficionados"), algunos de los cuales usan un ordenador y bastantes, sí, también fichas. Vaya con Lucien Febvre y con su "nuevo tipo de historia"… y, ya que estamos, vaya con Fernand Braudel y su "historia total". Ambos eran historiadores muy ilustrados, e imaginación no les faltaba, pero, como dice la expresión francesa, eran *faux bonhommes*, no eran *del todo* buenas personas…

Sin embargo, Febvre y Braudel no son nuestro problema. Nuestro problema es que la ampliación de la perspectiva del historiador ha conducido muchas veces no a una profundización en el oficio sino a la superficialidad. La historia "social" (al igual que la "de género", la "económica", la "religiosa", la "intelectual" o la "sexual") corre desbocada por ahí y en todo tipo de formatos. He aquí una lista (*totalmente* azarosa) de artículos y libros de reciente publicación que se han reseñado en la revista *American Historial Review*:

"La política exterior de la caloría" (Cullather), abril de 2007.

"Mirar el reloj o las estrellas: la disciplina del tiempo en los primeros años del Berlín moderno" (Sautner), junio de 2007.

"Pelos con volumen: una historia del consumo en la Francia del siglo XVIII a través de las pelucas" (Kwass), junio de 2006.

"Angustias bajo el disfraz: la situación (tran) sexual de los prisioneros de guerra en Rusia" (Rachmaninov), abril de 2006.

"Imágenes del dolor: fotografía del holocausto soviético en la intersección de la historia y la memoria" (Shneer), 2010.

"Del 'arroz negro' al 'marrón': una nueva visión histórica del cultivo del arroz en el Atlántico durante los siglos XVII y XVIII" (Hawthorne), febrero de 2010.

"Una visión del sexo en el flujo trasnacional" (Canaday), diciembre 2009.

"Latinoamérica y el reto de globalizar la historia de la sexualidad" (Sigal), diciembre de 2009.

"El triunfo del óvulo" (Freidberg), premio al mejor

artículo del año, The Berkshire Conference of Women Historians, 2008.

"Echar el ojo: políticas de la mirada sexual en la sociedad de consumo" (Lindsley), artículo ganador del premio Aldon Duane Bell de historia de las mujeres, Universidad de Washington, 2009.

"El orgasmo en Occidente: una historia del placer desde el siglo XVI hasta hoy" (Muchembeld), 2009. Reseña de James R. Farr: "Este es un libro audaz escrito por un gran historiador".

Los títulos, ¡ay!, no precisan de más comentario y además, ¡ay!, son bastante representativos. Demuestran muy bien lo bajo que ha caído la profesión del historiador al buscar sus temas.

Pero lo que más debe asombrarnos no es que se hayan elegido tales temas de estudio. ¿Qué fuentes existen para estos temas? ¿Y qué pruebas? Prácticamente todas las que se hallen serán insuficientes y someras. Jacques Barzun dijo en la década de 1970 que las prácticas actuales de la historia social vienen a ser como mucho una especie de sociología retrospectiva. Permítaseme añadir que, en muchas ocasiones, no son siquiera eso. La sociología, con todas sus limitaciones, puede constituir algo serio y valioso: un estudio exhaustivo (y a veces global) de una sociedad, o de un sector social determinado. Pero los ejemplos que se han enumerado no; son intentos de hacer sociografía científica (lo cual es casi una contradicción en los términos). El propósito de la sociología es la definición, mientras que el de la sociografía es la descripción, de ahí que esta última sea, inevitablemente, literaria e histórica.

Literaria, más que "científica". Aquí existe una concordancia al menos parcial entre la historia y la novela (el próximo

capítulo se dedicará a la relación entre ambas). La novela es casi siempre sociográfica: nos cuenta cosas sobre unas personas y sobre la sociedad en que viven, en un lugar y en un momento determinados. Pero no toda historia es sociográfica; no todos los temas históricos incluyen necesariamente la descripción social del momento. Pero la *descripción* es lo que tienen en común. (La "descripción", que es más que la mera "narración"). Una elección de palabras, de expresiones y frases, de nombres junto a adjetivos o adverbios, de prioridades y de secuencias, de significados; elecciones que van más allá de lo estilístico, porque son morales. En un aserto científico puede haber una intención moral, pero su exactitud matemática no será en absoluto ni moral ni inmoral. Sin embargo, el objetivo de la historia es la comprensión, no solo la exactitud (aunque se mantenga un razonable respeto por esta última).

Y esta es una de las muchas razones por las que los historiadores deberían leer más literatura que estadística: para ampliar su conocimiento del tema elegido y hacerlo más profundo, pero también para caer en la cuenta de que su tarea principal es más literaria que científica. Aunque el poeta polaco Adam Zagajewski haya formulado recientemente que la intención es la contraria:

> No soy historiador, pero me gustaría que la literatura asumiera, de forma consciente y con toda seriedad, la función de crónica histórica. No se trata de seguir el ejemplo de los historiadores modernos, gente aburrida y odiosa, que se pasa la vida en archivos polvorientos y escribe en un lenguaje inhumano, feo, rígido y burocrático que huye de toda poesía, un lenguaje plano como una tabla y mezquino como el noticiario. Me gustaría volver a los ejemplos anteriores, llegando incluso a los griegos, al ideal del historiador poeta, una persona que ha visto o experimentado por sí misma aquello que

> describe, o que se apoya en la tradición oral, la de su familia o su tribu, que no teme implicarse ni emocionarse, pero que a la vez cuida de que su historia sea verdadera.

"Cuida de que su historia sea verdadera". Ah, ahí está el quid de la cuestión (y también es ahí donde nos acechan los peligros).

Ciertamente, la situación de la historia académica escrita no es buena, aunque quizá no sea tan terrible como la pinta este buen poeta polaco. Todavía existen muchos historiadores (con sus fichas). Zagajewski nos urge: "¡Literatura! ¡Escritores! ¡Manos a la obra, dedicaos a la historia!". Mi exhortación es la contraria: "¡Historiadores! ¡Manos a la obra: dedicaos a la literatura!".

3.

Los historiadores profesionales producen todavía (y producirán) mucha historia bien escrita. Los historiadores aficionados (es decir, no profesionales) producen (y producirán) aún más historia bien escrita. Y, dado que esto es así, tendré que hacer aquí unas breves consideraciones sobre la relación entre los escritores de historia "profesionales" y los "aficionados".

Algunas cosas deberían ser evidentes. Puede que haya alguna diferencia entre profesionales y aficionados por lo que se refiere a escribir historia, pero en esta disciplina tal diferencia no tiene tanto sentido como en otras. Si hay que operar un cerebro, debería hacerlo un neurocirujano profesional, no un aficionado. Pero decir que un poeta precisa un doctorado en poesía es absurdo. Decir que el historiador debería poseer el doctorado en historia no resulta tan absurdo, está más o menos a mitad de camino entre el caso del neurocirujano y el del poeta. El otro tema, relacionado con el primero y también

evidente, es que los "aficionados", es decir, los historiadores no profesionales, no académicos, no titulados, a menudo han producido libros excelentes (algunos magistrales), mejores que los escritos sobre el mismo asunto por profesionales. Así que podemos llegar a afirmar que cuando se trata de escribir historia (y también de hacer investigación histórica), puede que haya una diferencia entre los profesionales y los que no lo son, pero no es una diferencia categórica.

A fin de cuentas, ambos utilizan la misma herramienta en su oficio: el lenguaje corriente. Ya hemos dicho que en Inglaterra la tradición literaria tuvo una vida más larga y que la consideración de la historia como ciencia llegó a ese país un poco más tarde, y un poco más a regañadientes, que a casi todos los demás. Pero a lo largo del siglo XX la relación entre los historiadores profesionales y los no profesionales se fue complicando, incluso en Inglaterra. Los profesionales han tenido (y tienen, muchas veces) celos del éxito popular de sus colegas aficionados, mientras que los no profesionales suelen mostrar un respeto a veces incómodo por los profesionales de renombre.[*] Sin embargo, en ciertos países –en Austria, por ejemplo–, las historias sobre la primera mitad del siglo XX, especialmente las que tratan sobre Hitler, las escriben historiadores tan magistrales como Friedrich Heer y Brigitte Hamann, que carecen de formación académica en ese campo. (Hitler sigue siendo un caso peculiar. De los casi mil libros y biografías que se han escrito sobre él, los mejores están firmados por historiadores no profesionales,[**] entre ellos Ian Kershaw, excelente y concienzudo).

Hay razones para esto. Una es que los historiadores "aficionados" suelen ser más literarios que sus colegas académicos. (En muchos casos, fue el amor a la literatura lo que los condujo a la historia, mientras que en el caso de muchos académicos puede que el interés por la historia los

lleve, de vez en cuando, a la literatura… pero no tiene por qué; es fácil que les siga interesando más leer los trabajos de los demás profesionales). Otra razón (o, mejor dicho, situación) es que ciertos aficionados pueden tener más mundo –y conocer mejor el género humano– que los profesionales, porque estos a menudo reducen su vida a los confines del círculo académico. Mencionaré aquí un ejemplo que, en su momento, me resultó muy esclarecedor. George Kennan, en el segundo volumen de su obra magistral sobre la alianza franco-rusa de 1894 (*The Fateful Alliance: France, Russia, and the Coming of the First World War* [La alianza fatídica: Francia, Rusia y el advenimiento de la Primera Guerra Mundial], 1984), describe al jefe del estado mayor del ejército francés, el general Boisdeffre, mejor de lo que lo había retratado un novelista de la talla de Marcel Proust en *Jean Santeuil*. Este último no era un libro sobre la alianza franco-rusa, en absoluto; pero Kennan lo había leído.[*]

Historiadores: por favor escuchen lo que Jacob Burckhardt les dijo a sus (pocos) estudiantes de Basilea: la historia realmente carece de método, pero hay que saber leer. (Qué; y cómo; y cuándo). Lady Mary Wortley Montagu, hace trescientos años: "No hay pasatiempo más barato que la lectura, ni placer tan duradero". (La primera parte de la frase ya no es de aplicación [televisión, películas], pero la segunda sí).[*]

En 1932, Christopher Dawson le replicaba a Alan Bullock (en "The Problem of Metahistory" [El problema de la metahistoria]): "El historiador académico tiene toda la razón del mundo cuando insiste en las técnicas de crítica e investigación histórica. Pero el dominio de estas técnicas no generará historia magistral, igual que no se hará poesía magistral dominando la métrica". *Bisogna saper leggere*: poesía, anécdotas, chistes, todo tipo de historias puede servir para entender el pasado.[**]

Así que los historiadores deben leer y deben saber qué leer: ese conocimiento, ese interés y, sí, ese apetito, no solo les enriquecerá la mente, sino que servirá de guía e inspiración a lo que escriban. En la larga y triste historia de la humanidad, se ha sabido de algunos poetas y escritores geniales que leían poco. Pero ¿de buenos historiadores? No. Sin embargo, conozco a muchos que, al hacer caso omiso de la literatura del periodo que estaban estudiando, han privado de sus temas a su cerebro *y* a su investigación. Un conocido mío, cuyo interés profesional se centraba en las políticas liberales británicas de la década de 1960, se negaba sistemáticamente a leer a Trollope. Otro, cuyo "campo" era la Ilustración, no había leído *El antiguo régimen y la revolución*, de Tocqueville.

Tocqueville es un buen ejemplo para este tema. El reconocimiento aislado de lo que intentó (y consiguió) con *El antiguo régimen,* de que su incursión más allá de la colorida superficie de los hechos en la investigación y en las pruebas era algo nuevo y profundo, vino de los críticos literarios franceses, no de los historiadores. Aquí se ha evolucionado un poco, pero a Tocqueville se lo sigue clasificando como pensador político y social, más que como historiador. O pensemos en sus brillantes memorias de las revoluciones de 1848 (que escribió para sí mismo y que un sobrino suyo encontró en un cajón, cuarenta años más tarde). Estos recuerdos del año 1848 son excepcionales, por su perspicacia y por su estilo.

Lo que sucedió, y lo que luego la gente pensaba (y quizá piense aún) que había sucedido, pueden hallarse en todo tipo de fuentes, escondidas en algunos casos (y en algunos momentos) y en otros no. Buscar esas fuentes es, o debería ser, el deber inexcusable de un historiador profesional serio. Y, de estos, incluso los que respetan la literatura deben entender que la calidad (y hasta el estilo) no pasa solo por la técnica literaria. Un historiador (y de los buenos) me dijo en cierta ocasión que

los historiadores suelen contenerse a la hora de usar adjetivos que den vida a su narración. Y es cierto, por más que al buen escritor se le distinga mejor por sus verbos que por sus adjetivos (James Joyce en *Dublineses*: "Sentada a la ventana, vio cómo la noche invadía la avenida").

Para el historiador honrado, ese deber incluye, implica, tanto la escritura como la enseñanza, incluso cuando no esté dando clases en un aula. También debería saber que la relación entre la palabra hablada y la escrita no es simple. El discurso, muy en contra de la doctrina de Freud (y quizá incluso de la idea de Joyce en *Ulises*) no es solo el resultado de un pensamiento: es la constatación de ese pensamiento. En lo que atañe a la escritura, no puedo sino estar de acuerdo con T. S. Eliot: el motivo para escribir es el deseo de superar una preocupación mental, expresándola de forma consciente y clara. Pero cuando hablamos, igual que cuando escribimos, al elegir cada palabra no estamos haciendo solo una elección estética o técnica, sino moral. Los historiadores deberían ser aún más conscientes de esto que los demás escritores de otros ámbitos.

4.

A los historiadores aún les queda mucho por aprender. Y ahora más que nunca, cuando esta crisis caótica que afecta a todo tipo de disciplinas –de hecho, afecta a la civilización en sí– ha alcanzado ya al sector. Tendrán que enfrentarse a las condiciones de su propio conocimiento (de hecho, a las de todo el conocimiento humano) por el bien y el futuro de su profesión. Porque ahora, al final de una era, cuando se han desvanecido ya el concepto y el ideal de la Objetividad, se ve cómo asoman peligros nuevos. Y uno de ellos es la Subjetividad (que tiene relación con la "posmodernidad").

Si decimos que el conocimiento del pasado (como las demás clases de conocimiento humano) es *participante*, ¿no estamos

designándolo de una forma *subjetiva*? Pues no: porque la Subjetividad, igual que la Objetividad, tiende a ser (y, de hecho, casi siempre es) determinista. Unas cuantas páginas atrás ya mencioné que la crisis de la cultura y de la civilización parece haber llegado a la profesión histórica hacia 1960, aunque tratar de fecharlo será necesariamente impreciso; pero puede que sea significativo que en 1961[*] se publicase *¿Qué es la historia?,* de Edward Hallett Carr, el texto de una de las Conferencias Trevelyan que Carr dictó en la universidad de Cambridge y de cuya versión en libro, según hemos sabido, se han vendido desde entonces cientos de miles de ejemplares. Cuarenta años más tarde, en el Institute of Historial Research de Londres se celebró un simposio para conmemorar ese libro de Carr. *¿Qué es la historia?* es "un clásico que queremos celebrar y conmemorar aquí", dijo y escribió la profesora Linda Coley, una de las ponentes. Otra colega suya, la profesora Alice Kessler-Harris: "A los miembros de mi generación que estudiamos el posgrado en Estados Unidos nos salieron los dientes con E. H. Carr". (Es probable que aún lleven ortodoncia). ¿Y qué manifestó el propio Carr?: "Antes de estudiar historia, estudien al historiador". Según Carr, el origen de un historiador –en especial, su clase social– prácticamente determina la historia que escribe. Yo me pregunto qué hay de todos esos hijos e hijas de la burguesía que se hicieron marxistas o de los retoños de marxistas judíos que decidieron ser conservadores. Da igual; la cuestión es que en 1961 Carr, que antes había sido un determinista de matiz estrictamente económico (y prosoviético), ya se había deslizado hacia otra versión del determinismo, esta vez subjetiva.[**] (Recordemos que el determinismo subjetivo constituía asimismo la esencia de las convicciones de Adolf Hitler sobre la naturaleza humana: "Los judíos solo pueden pensar como judíos". Su determinismo idealista: "Venceremos porque nuestras ideas son más fuertes y mejores que las de nuestros oponentes". De otro

modo, la historia no tiene sentido).

Y –este "y" es importante– aún así Carr siguió insistiendo en que la historia era, y es, Una Ciencia. Nunca consiguió librarse de la terminología Objetivo-Subjetivo. En *¿Qué es la historia?*, escribió: "No puede deducirse del hecho de que una montaña parezca cobrar formas distintas desde diferentes ángulos que carece de una forma *objetiva* [la cursiva es mía] o que tiene objetivamente infinitas formas". Pero cuanto más "objetivo" sea nuestro concepto sobre la forma de una montaña, más abstracta se vuelve la montaña en sí. Y, lo que históricamente todavía importa más: la existencia de la montaña no tenía significado alguno hasta que apareció el ser humano y la vio y, llegado el momento, le dio el nombre de "montaña", que era un nombre distinto al de otras protuberancias. Tuvo que pasar mucho, mucho tiempo, para que alguien la concibiera como "un hecho objetivo".

En suma: la perspectiva es un componente –inevitable– de la realidad. En suma: la participación es la inseparabilidad –inevitable– de quien sabe respecto a eso que sabe. En el campo de la física se reconoce hoy algo similar: que el "objeto" de la búsqueda y la investigación de la materia subatómica no es la materia "en sí", sino la investigación que hace el físico de esa materia. Muchos físicos se resisten a pensar en estos términos, igual que muchos historiadores se resisten a pensar que su "objetividad" tiene limitaciones. ¿Es esta última frase un reconocimiento de las limitaciones del ser humano? Pues sí; y sin embargo, es el tipo de reconocimiento que no reduce, sino que enriquece el funcionamiento y las cualidades de nuestra mente.[*]

Aquí radica el futuro de la historia. El que sabe y lo que sabe no son lo mismo, pero son inseparables. Y también por eso estamos, en este planeta, en el centro del universo. No habremos creado el universo, pero lo hemos inventado, y lo

seguimos inventando, año tras año.

Por supuesto, nuestro conocimiento de la historia no comprende el pasado entero, pero sí abarca más que el pasado documentado. Y hasta el pasado recordado resulta incompleto, falible y sujeto al cambio constante. La memoria trae cosas del pasado al presente; se trata de una función que no es exclusiva de los seres humanos. Pero, aunque no somos responsables de lo que pensamos, sí lo somos de lo que recordamos; o, dicho con más precisión, de lo que decidimos recordar. (Y también la memoria tiene su historia. Un famoso fragmento de Dante: "Ninguna desgracia mayor que recordar los buenos tiempos en épocas de aflicción". Muchos de nosotros, en el siglo XX, recordamos habernos alimentado de esos recuerdos).

5.

Cuando un historiador elige un tema, se está dejando guiar por sus intereses. Pero ¿por qué tipo de intereses? Al detenernos un poco en los asuntos que han elegido últimamente los historiadores profesionales, esos asuntos que en ocasiones nos parecen absurdos, tenemos que preguntarnos: ¿en qué se basaba ese interés? ¿Cómo llegaron a sentirlo? ¿De verdad los motivaba elegir ese tema? "Cómo" y "de verdad"… ¿Ese interés era más o menos genuino? ¿O bien hicieron su elección pensando en su carrera profesional? La relación inevitable de quien sabe con eso que sabe no significa que el que sabe y eso que sabe sean lo mismo, como tampoco lo son el carácter del historiador y el valor de su trabajo.

Cuando hace, digamos, trescientos años, una helada intempestiva le arruinaba la cosecha a un campesino, este cambio de su situación material en un invierno cruel resultaba decisivo. Pero ¿qué pensaba entonces? De eso, nosotros (al contrario que Dios) quizá no sepamos nada o casi nada. La cuestión es: ¿lo que pensaba afectaba a las condiciones

materiales de su existencia? Quizá no mucho. Hoy, en nuestra era de la democracia de masas, la situación es diferente. El valor de cada cosa, tanto material como intelectual o espiritual, es el que nosotros le demos. Esto siempre ha sido así, hasta cierto punto al menos, pero no tanto como hoy. (A esto es a lo que he osado llamar una intrusión mental en la estructura de los hechos; podemos llegar incluso al punto de calificarlo de espiritualización [y abstracción] de la materia). Por supuesto, esto choca de frente contra la creencia aceptada de que ahora vivimos en un mundo abrumadoramente materialista, de personas abrumadoramente materialistas. Sin embargo, lo que piensan esas personas –sea como individuos o como masa– constituye la esencia fundamental de lo que sucede en este mundo; los productos y las instituciones no son sino sus consecuencias, sus superestructuras. Y lo que piensan y creen las personas –y lo que pensaron y creyeron– es un tema (sí: un tema) que, por muchas pruebas documentales que se nos brinden, resulta difícil de investigar. (Además, puede que sea mejor que, para analizar este tema, nos dejemos guiar por la literatura y no por la ciencia).

No estoy haciendo con esto una declaración de idealismo categórico. Las ideas y las creencias no son abstracciones; son históricas, como los demás asuntos humanos. Pero no siempre surgen como consecuencia obvia de cierto *Zeitgeist*. Repito: hay que darse cuenta de que la gente no *tiene* ideas. Las elige (y cómo, o por qué, o cuándo las elige, son preguntas difíciles). En esto no estoy de acuerdo con el neoidealista R. G. Collingwood, quien –como determinista subjetivo–, al constatar que un historiador alemán nacido en 1900 vería el pasado de forma muy diferente a un historiador francés nacido un siglo antes, llegaba a esta conclusión: "No tiene sentido preguntarse cuál es el punto de vista correcto. Cada uno era el único posible para el hombre que lo adoptó". *¿El único posible?* Ese historiador francés nacido en 1800 pudo haber sido

monárquico o republicano, bonapartista, germanófilo o germanófobo; el alemán nacido en 1900 pudo haber sido conservador o progresista, francófobo o francófilo. Y lo mismo se puede decir de los asuntos por los que se interesaron: no nos cuesta mucho imaginar que un historiador alemán nacido en 1900 prefiriera leer y escribir sobre Luis XIV y que el francés nacido en 1800 prefiera hacerlo sobre Federico Guillermo I de Prusia. Las personas, y esto siempre es así, tienden a ajustar sus ideas a las circunstancias (o a cómo ven ellos esas circunstancias), y no al revés. Una consecuencia general de esto es que los movimientos y las creencias políticas cambian muy despacio. Y, repetimos –llevándoles la contraria a Marx *et al.*–, que esos movimientos no suelen surgir de las situaciones materiales. Lo que marca el devenir histórico de las sociedades y de las personas no es la acumulación de capital, es la acumulación de opiniones. (Y dichas acumulaciones pueden venir promovidas, y durante un tiempo incluso producidas, por la manipulación de la publicidad, confeccionada para la mayoría por las pequeñas minorías duras –aunque no siempre y no para siempre).

Luego está el fenómeno de la inflación, otra novedad fundamentalmente democrática, que subyace y afecta a la difícil tarea de reconstruir lo que pensaban las personas y a la influencia cada vez mayor de la mente en la materia. Cuando hay cada vez más cantidad de algo, ese algo tiende a perder valor. Pensemos, aunque solo sea por un instante, en la casi total desaparición de aquellos "ciclos comerciales" de inflación-deflación. Lo que tenemos ahora es una inflación constante, aunque con cambios de velocidad. Y es la inflación de palabras y eslóganes, la de categorías y estándares, la de imágenes y gráficos, la que ha llevado a la inflación del dinero y las posesiones, no al revés. Pensemos en la desmaterialización del dinero y de otras posesiones, sobre todo en los países cuya capacidad de crédito (un potencial) ha llegado a ser más

importante que las posesiones reales (que quizá son "poseídas" desde un punto de vista legal, pero que, en realidad, están alquiladas). Esta espiritualización de la materia, peligrosa muchas veces y artificial casi siempre, ha conducido a que cada vez sean más las abstracciones que afectan a las personas. (Aquí, una vez más, pensemos en los beneficios de la literatura, que, cuando es de buena calidad, aborrece la inflación de palabras).

Pero, por culpa de esta intromisión de la mente en la estructura de los hechos, cada vez resulta más difícil describirlos; pues, tengan mucha o poca información, las personas "simples" ya no son tan simples. Y, por supuesto, tampoco lo son las muy instruidas. Cuando se lee a Dickens o a Balzac, a Thackeray o a Flaubert, a Trollope o a Conrad, o *Los Buddenbrook*, nos enteramos enseguida no solo de *qué* sino de *cómo* piensan Gradgrind, o las hijas de Goriot, o Becky Sharp, o Charles Bovary, o el doctor Grantly, o Kurtz, o "Toni" Buddenbrook, sean protagonistas o secundarios; nos enteramos enseguida de qué les pasa por la cabeza. Pero un hombre o una mujer que vive en Nueva York en el año 2011… ¿qué es, qué puede ser, lo que piensa? No bastará con suponer nada evidente. O: ¿era Dwight D. Eisenhower un hombre mucho más simple que Ulysses S. Grant? La respuesta es no.

De ahí que un historiador atento tenga la obligación de atender no solo a *qué* ideas predominaban sino a *cómo* y *por qué* habían surgido esas ideas, hasta llegar a invadir e incluso alterar la historia de las personas. Y aún debe añadir la principal pregunta histórica: *¿cuándo?* Sobre esto, fue de nuevo Kierkegaard quien formuló una verdad profunda, pero de puro sentido común: "Se puede ser bueno y malo, pero no se puede devenir *a la vez* bueno y malo". (Una frase que supera incluso a otra gran verdad sobre la naturaleza humana acuñada por La Rochefoucauld: "Hay malvados que serían menos peligrosos si

no tuviesen ninguna bondad”). La frase de Kierkegaard hace referencia a la creación divina del *tiempo*. Y también viene a responder una pregunta incómoda que algunas personas se hacen sobre alguien como Hitler. Hace catorce años (en mi libro *El Hitler de la Historia*, pp. 46-47) escribí: “Es cierto que los deseos, pensamientos, afirmaciones y decisiones expresados por Hitler estaban llenos de maldad (hago énfasis en *expresados*, puesto que es lo que las pruebas permiten considerar con propiedad). Sin embargo, no hay que perder de vista que el mal, así como el bien, es parte de la naturaleza humana. Nuestra inclinación al mal (se convierta en actos o no) es reprensible, pero también normal. Negar esta condición humana lleva a aseverar que Hitler fue anormal, y con la colocación simplista de esa etiqueta de “anormal” se lo vuelve a eximir de toda responsabilidad –verdaderamente, de un mismo modo categórico–”.[*] El Hitler que era amable con los niños y con su perro y el Hitler que deseaba, y que ordenó, la eliminación de pueblos enteros eran la misma persona, en momentos distintos.

¿Cuándo? Toda la literatura en prosa está afectada por el *¿cuándo?* Antes escribí que el hecho es inseparable de su afirmación y que esa manera de afirmarlo es difícilmente separable de su objetivo, y que el objetivo de los historiadores debería ser el de reducir la falsedad. También escribí en 1994: “Ahora debo añadir algo: [existe] la inevitable historicidad –que no es lo mismo que relatividad– de la verdad humana. Decir: ‘Un hombre negro es tan bueno como cualquiera de ustedes’ en un cónclave del Ku Klux Klan en 1915 resulta un poco distinto de afirmar eso mismo ante un público progresista en 1970. Decir (y no entre dientes): ‘Un judío alemán vale más que un nazi vienés’ dentro de un tranvía atestado de Múnich en 1942 resulta muy distinto a decirlo en una concentración antinazi en Nueva York (o ante un público berlinés en, digamos, 1972)”. Es obvio. Pero aquí no estoy

hablando solamente de diferentes grados de valentía. Lo que trato de decir es que esa afirmación ante el Ku Klux Klan en 1915 o esa frase en el tranvía de Múnich en 1942 pueden no ser verdades completas, pero de alguna forma son *más verdaderas* que si se dicen en otro momento, o en otro lugar. Porque ahí son excepcionales. Y en la historia –más que en la ciencia–, las excepciones importan.

Esto lo sabe cualquier buen novelista. También debería saberlo cualquier buen historiador.

---

* Blake: "Una verdad dicha con mala intención / derrota todas las mentiras que puedas inventar".

---

* Véanse los distintos significados de 'ciencia' y 'científico' en la segunda nota al pie de la p. 15.

---

* *A New Kind of History: From the Writings of Febvre* [Un nuevo tipo de historia: a partir de los escritos de Febvre], Peter Burke, ed., K. Folca, tr., Nueva York, 1973, pp. 32-33.

---

* Un ejemplo: Churchill –escritor muy poco modesto–, en el prefacio de su libro *La Segunda Guerra Mundial*: "No lo describo [mi documento] como historia, porque esto le corresponde hacerlo a otra generación, pero estoy seguro de que se trata de una aportación a la historia que será útil en el futuro". Bien… Churchill (como se ve en otras obras suyas) no era lo que podemos categorizar como "aficionado". (Justo mientras escribo este capítulo, estoy leyendo *La guerra de Churchill*, de Max Hastings, sobre el mismo asunto terrible: es un trabajo de primera línea, que hace buena compañía a los seis volúmenes del propio Churchill; y, de nuevo, no está escrito por un académico).

** Sobre este tema, véase mi libro *El Hitler de la Historia* (2003).

---

* "¿Cuántos historiadores profesionales incluirían en el arranque de su libro un retrato hecho por un novelista, de una forma tan modesta, tan elegante y erudita? Creo que casi ninguno" (carta mía a Kennan, 18 de febrero de 1990). "Mis propias dificultades como escritor al dedicarme a la historia diplomática me hicieron ver que no existe una realidad histórica objetiva que vaya más allá del 'ojo del que mira' –por lo menos, ninguna a la que pueda acceder el entendimiento humano–; que solo existe la visión que adopte el historiador como individuo, cuyo valor depende de las cualidades –honradez, escrupulosidad, imaginación, capacidad de empatía– de ese historiador. Por eso considero que toda obra de historia narrativa es una obra de imaginación creativa, como la novela, pero puesta al servicio de un objetivo un poco distinto y regida por unas reglas diferentes, más estrictas" (carta de Kennan a mí, 27 de julio de 1984).

---

* Trollope, hace ciento cincuenta años (en *The Claverings*): "En cuanto a la lectura […] hombres y mujeres creen que es, de todos los trabajos, el más sencillo […] Pero, por desgracia, si el hábito no está ahí, resulta la más complicada de las tareas. Si un hombre no ha adquirido el hábito de la lectura antes de hacerse mayor, más fácil le será aprender de viejo a hacer zapatos que a darle buen uso a un libro".

** Max Beerbohm escribió hacia 1880 la siguiente agudeza epigramática: "Para brindar un relato fiel y exhaustivo de aquel periodo se precisaría de una pluma mucho menos brillante que la mía". (Este es un raro ejemplo de una buena verdad a medias). Una década después más o menos, Thomas Beer, ensayista e historiador aficionado estadounidense, encarnando la curiosidad insaciable e inteligente en su obra *The Mauve Decade* [La década malva], ya sabía no solo cómo leer, sino también qué leer, y de ahí la calidad inusitada de su obra.

* La primera edición en español (Seix Barral, Barcelona, Joaquín Romero Maura, tr.) es de 1967. *(N. de la T.)*.

** Los diletantes de la historia de las ideas deberían fijarse en que el libro de Carr de 1961 coincidió casi con el de Thomas Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, que se publicó en 1962 [la primera edición en español es de 1971 (Fondo de Cultura Económica, México, Agustín Contín, tr.)], un libro sin ningún valor en el que en vez de pensamiento hay vocabulario y que se desliza hacia el Subjetivismo, aunque no se atreva a manifestarlo claramente, al tiempo que afirma que la ciencia no es sino el resultado de los científicos, el resultado de "un consenso de la comunidad científica".

* Participar implica tener memoria, y también inspiración. Huizinga: "En nuestra conciencia histórica hay un elemento de gran importancia, que definiré como mejor puedo, llamándolo sensación histórica. También podríamos llamarlo contacto histórico […] Ese contacto con el pasado, un contacto que resulta imposible determinar o analizar por completo […] es una de las muchas formas que el hombre tiene a su alcance para superar los propios límites y experimentar la verdad. El objeto de este sentimiento no son las personas en tanto que individuos […] Es apenas una imagen mental de ello. […] Si adopta alguna forma, será fragmentaria y vaga: una *Ahnung* [noción] de las calles, de las casas, de los sonidos y colores o de las personas y su movimiento. En este tipo de contacto con el pasado existe una absoluta convicción de realidad […] La sensación histórica no es la de volver al pasado, sino la de entender el mundo, como nos sucede cuando escuchamos música" (*The Task of Cultural History* [La misión de la historia cultural], vol. VII, p. 71). El profesor Kossmann, en la conferencia del centenario de Huizinga, año 1972: "Me cuesta trabajo entender qué quería transmitir Huizinga con estos pasajes". A mí no.

* "Hitler no solo poseía un talento intelectual muy considerable, también era valiente, seguro de sí, tenaz en muchas ocasiones, leal con sus amigos y con quienes trabajaban con él, autodisciplinado y frugal en sus necesidades materiales. Lo que aquí se sugiere no debe ser sacado de contexto ni entenderse o leerse de modo incorrecto; no significa, bajo ningún concepto, que Hitler fuera malo solo al cincuenta por ciento. La naturaleza humana no es así. Una verdad a medias es peor que una mentira, puesto que no tiene en ningún caso un cincuenta por ciento de verdad; es la mezcla de una verdad y una mentira al ciento por ciento. En matemáticas, con unos números rígidamente fijados e inmóviles, cien y cien suman doscientos; en la vida humana, cien y cien suman otra *forma diferente* de cien. La vida no es constante: está llena de negro y de blanco, de frío y de calor, todos al ciento por ciento, los unos creciendo mientras otros se reducen" (*El Hitler de la Historia*, Saúl Martínez, tr., Turner-FCE, Madrid, 2003).

LA HISTORIA Y LA NOVELA

Historiadores y novelistas. Tareas diferentes – "Hecho" y "ficción" – Orígenes e historia de la novela, de interés para los historiadores – Toda novela es histórica – Potencialidad: lo que sucedió, lo que pudo suceder – La crisis reciente y actual de la novela – La historia absorbe la novela: un nuevo género literario – Breve adenda

1.

"La historia –escribió Macaulay en cierta ocasión– empieza en la novela y acaba en el ensayo". He aquí una máxima bien concisa. ¿Qué querrá decir? El historiador, como el novelista, cuenta una historia; la historia de un trocito del pasado; el historiador describe (más que "define"). El novelista lo tiene más fácil: puede inventarse personas que no existieron y hechos que no sucedieron. Eso no está al alcance del historiador, que no puede describir ni personas ni sucesos que no existieran: debe limitarse a los hombres y mujeres que vivieron de verdad. Debe apoyarse en las pruebas de sus actos y de sus palabras aunque, como el novelista, se vea obligado a hacer ciertas conjeturas sobre lo que pensaban. En resumen: debe hacer *ensayo*, que no es lo mismo (aunque los términos estén bien próximos) que "ensayar", porque es algo más: no basta con sopesar todas las pruebas, sino que hay que encontrarles significado. Los historiadores deben tener esa capacidad… y esa disposición. Pero ¿entienden que a *todo* suceso y a toda expresión humanos es inherente alguna forma de moral? No existen muchos historiadores cuya visión de la historia, en

general, pase por dedicarse a la tarea de promover el pensamiento histórico. Los historiadores así son profesores, más que escritores: cuando escriben, también enseñan. ¿Hacen esto los novelistas? Muy pocas veces; y, si es así, sus enseñanzas están implícitas.

Mencken dijo en broma que el historiador es un novelista frustrado; pero hay que leer a Tolstói para darse cuenta de que más bien puede que el novelista sea un historiador frustrado. Resulta más sencillo escribir una historia mediocre que una novela mediocre y más difícil escribir un gran libro de historia que una gran novela. De ahí que, a lo largo de los últimos dos siglos, haya habido quizá más grandes novelas que grandes obras históricas. "Un gran historiador –escribió Macaulay– exigiría la devolución de los materiales que se ha apropiado el novelista". Y: "Ser realmente un gran historiador quizá sea la menos frecuente de las distinciones intelectuales". Pero las cosas no son tan simples.

2.

La historia tiene dos definiciones; la novela una. ¿Existía la historia antes de que hubiera historiadores, o existe sin quienes la registran y la narran? Sí, y sí.[*] ¿Puede existir una novela sin novelista, sin escritor? No. Hacer esta distinción es de sentido común, pero falta algo para completarla. No se puede enfrentar de forma absoluta a un historiador y a un novelista como pertenecientes a categorías distintas. Tampoco los "hechos" y la "ficción". "Ficción" significa construcción, y de ahí que haya siempre algo de "ficción" cuando se afirma (o incluso cuando se percibe) un "hecho".

La historia es inevitablemente antropocéntrica: consiste en el conocimiento que los seres humanos poseen sobre los demás seres humanos y ese conocimiento pasa por los cinco sentidos, incluido el de la vista, porque el acto de ver implica

pensamiento e imaginación, y a su vez esta última equivale, con un poco de voluntad, a la construcción.[*]

El Hecho y la Ficción tienen relación entre sí; pero no son idénticos. (Y, dejando de lado las limitaciones del "hecho", el deber principal de cualquier historiador es el de corregir los "hechos" imprecisos o falsos que han enunciado los demás). Sin embargo, si todo hecho es, hasta cierto punto, una ficción; si el historiador debe ser todavía más dueño de sus palabras que de sus hechos… ¿queda algo que lo distinga del novelista? Permítanme tranquilizar a mis colegas historiadores: no hay nada que temer. La diferencia entre el historiador y el novelista existe. Lo que expongo aquí no implica que la historia tenga naturaleza ficticia; viene a implicar, más bien, que la ficción posee cierta historicidad. Y esto es consecuencia del auge de la conciencia histórica, porque el pensamiento histórico ha afectado a los novelistas aún más que la novela a los historiadores.

3.

La novela, como la historia profesional, fue un producto del siglo XVIII. Puede que tuviera algunos precursores, pero la novela moderna apareció en torno a 1750 y era una nueva forma de literatura. Existen otros géneros literarios con más de tres mil años de antigüedad, pero la novela fue un fenómeno moderno. Por entonces, muchos pensaban, y es posible que muchos lo piensen aún, que la novela, por ser narrativa, era una forma en prosa de la épica. Pero se equivocaban, y se equivocan. "Novela y épica", escribió Ortega y Gasset en 1914,

> son justamente lo contrario. El tema de la épica es el pasado como tal pasado: háblasenos en ella de un mundo que fue y concluyó, de una edad mítica cuya antigüedad no es del mismo modo un pretérito que lo es cualquier tiempo histórico remoto. Cierto que la piedad local fue

> tendiendo unos hilos tenues entre los hombres y dioses homéricos y los ciudadanos del presente; pero esta red de tradiciones genealógicas no logra hacer viable la distancia absoluta que existe entre el *ayer* mítico y el *hoy* real. Por muchos *ayer* reales que interpolemos, el orbe habitado por los Aquiles y los Agamenón no tiene comunicación con nuestra existencia y no podemos llegar a ellos paso a paso, desandando el camino hacia atrás que el tiempo abrió hacia adelante. El pasado épico no es *nuestro* pasado. Nuestro pasado no repugna que lo consideremos como habiendo sido presente alguna vez. Mas el pasado épico huye de todo presente […] No es, no, el pasado del recuerdo, sino un pasado ideal.

El éxito de la novela –la cual se convirtió enseguida en la forma literaria predominante– se puede atribuir sobre todo a la circunstancia de que sus lectores podían identificarse con sus personajes y sus escenas, con sus problemas y su época. Se podría incluso decir que la novela pertenece a la edad burguesa; que fue una forma literaria burguesa. (Y, como veremos más adelante, los problemas a los que se enfrenta hoy la novela, hasta su posible desaparición, quizá se deban a que la era burguesa y las sociedades burguesas han pasado ya). Mientras tanto, puede que la historia profesional, a pesar de todos los problemas que arrostra hoy, no desaparezca a la vez que la era burguesa.

Pero los historiadores de los últimos dos siglos deberían haber tenido presentes algunas de las novelas de esos años, y por más de una razón. Existen al menos cuatro modos en que los novelistas generan pruebas que le resultan valiosas a un historiador. El primero es que los novelistas proporcionan material histórico real: detalles vívidos sobre ciertos momentos del pasado, muchos de ellos verificables históricamente, dado

que muchas veces el novelista siente un interés similar al del historiador. Más aún, el novelista, gracias al arte con el que selecciona, ordena y describe esos detalles, es capaz de hacer que el historiador se interese por aspectos, escenas, problemas e incluso periodos "pasados por alto". Los ejemplos clásicos son Scott, Balzac o ciertas obras de Dickens. Muchos historiadores han mostrado respecto por los méritos de Scott. *La comedia humana* de Balzac, que ocurre entre 1792 y 1840, está repleta de todo tipo de detalles históricos. Dickens detalló sus intenciones históricas en el prefacio de *Barnaby Rudge,* donde escribió: "Dado que, por lo que yo sabía, ningún relato de los disturbios de Gordon había sido introducido en una obra de ficción, y dado que el tema presentaba características extraordinarias y sorprendentes, decidí planear esta narración". (*Barnaby Rudge*, de hecho, no dio solo en ser una buena narración, sino que se adelantó en más de un siglo a la primera monografía histórica [1870] sobre el motín Gordon).

En segundo lugar: la descripción que hace el novelista sobre las escenas de su tiempo, de las que él ha sido testigo presencial, suele constituir una evidencia histórica de la mejor calidad. "La ficción viene a menudo en ayuda de la historia –escribió Alfred Duff Cooper– y el ojo penetrante del genio es capaz de discernir aquello que burla la paciente investigación del historiador". He pensado muchas veces que la descripción que hizo Stendhal (más que Hugo) de Waterloo en *La cartuja de Parma* debería ser lectura obligatoria en las escuelas militares, pues su relato desmiente muchas ideas equivocadas y abstractas sobre las órdenes militares, así como muchas falsas imágenes sobre las batallas del siglo XIX, que las pintan como una larga *mêlée* entre soldados de uniforme impecable, salpicada aquí y allá con el destello de las bayonetas, mientras la caballería carga sable en ristre y suena de fondo un cañón que parece de Beethoven, retumbando siempre en do mayor. El estupendo relato de Maupassant "Un golpe de estado", por

su magnífica descripción de cuán poco revolucionarias han sido ciertas revoluciones, debería incluirse en alguna de nuestras soporíferas antologías de ciencia política, a modo de correctivo para clichés como "el pueblo se levantó contra el poder establecido", etc. Si hablamos de historia social e intelectual, *La nueva Grub Street*, por ejemplo, es un novela que no solo está llena de evidencias históricas sobre el Londres de la década de 1880, sobre cómo vivían ciertas personas y sobre la situación del sector literario en aquella época, sino que nos desvela toda una categoría de sensibilidades tardovictorianas.

Tercero: en ocasiones, al historiador puede resultarle de utilidad la descripción que hace el novelista sobre ciertos caracteres de ficción; por ejemplo, cuando estos resultan representantes prototípicos de su clase o de su época: el duque de Omnium de Trollope, la Emma Bovary de Flaubert, la Constance Baines de Arnold Bennett o el George Babbitt de Sinclair Lewis son encarnaciones de posibles personajes históricos. No trato con esto de enfrentar los personajes "de carne y hueso" del novelista con las figuras "de cartón" del historiador. Lo que quiero decir es que la existencia de un tipo como, digamos, monsieur Homais, encaja en la historia de la Francia del siglo XIX, y que entender las circunstancias particulares de los problemas y la tragedia de Emma Bovary debería ser requisito obligado para quienes intenten entender esos "tiempos", porque superan con mucho la mera descripción novelística de una "atmósfera". Los personajes de ficción pueden muy bien representar tendencias, sobre cuya existencia podamos hallar pruebas históricas en otros lugares. Incluso una exageración deliberada, una sátira, puede servirnos de guía para la comprensión histórica; un historiador con sensibilidad puede utilizarla con fines ilustrativos. En la página 139 de la edición en inglés de *Operación León Marino*, una excelente historia del verano de 1940, Peter Fleming cita una declaración disparatada, que fue real, de un alto cargo de aquella época, y

añade esta juiciosa nota al pie: "Como pastiche satírico –del que podría haberse extraído esta frase– que pretende reflejar las actividades religiosas del ministro de Información en 1940, léase *¡Más banderas!,* de Evelyn Waugh (Londres, 1942 [edición en español de 1947]). Esta novela nos brinda una guía excelente de la atmósfera de aquellos tiempos".

Si ciertas estadísticas son documentos históricos, también lo son ciertos personajes creados por los novelistas, a partir tanto de su imaginación como de su realidad: es imaginación histórica y realidad histórica.

Y para acabar, en cuarto lugar, la historia literaria encaja dentro de la historia, y no solo a modo de apéndice cultural, según afirmó Trevelyan en cierta ocasión, "como el rabo de la vaca". Por una parte, la alta literatura ha tenido siempre una influencia muy acusada, aunque en ocasiones solo se note en el largo plazo. Por la otra, las pruebas que deja pueden resultar significativas incluso en el corto plazo: la propia historia de los libros, y eso incluye las novelas, las circunstancias en que se publicaron, su éxito entre los lectores o la crítica, e incluso a veces el rechazo que sufrieron. Una novela puede dar cuerpo a unas corrientes de opinión contenidas, o a ciertas tendencias sociales y culturales, generarlas o catalizarlas. A veces esas relaciones son perfectamente detectables: pensemos en la novela *Werther* o en Scott. En el año 1951 un gran escritor y erudito indio, Nirad C. Chaudhuri, escribió:

> Hace algún tiempo, al leer *Pasaje a la India*, empecé a pensar no solo en el tránsito colectivo de los británicos desde la India, sino también en la contribución del señor Forster a ese final. Quizá se puedan poner objeciones a semejante asociación de ideas entre una novela y un hecho de historia política, pero en este caso creo que resulta legítimo asociarlos. De hecho, es posible que *Pasaje a la India* haya tenido mayor influencia en la política

> imperialista británica que en la literatura inglesa. […] La novela contribuyó a fomentar el crecimiento de un estado de ánimo que permitió a los británicos abandonar la India haciendo casi el gesto de Pilatos: lavándose las manos ante un conflicto desagradable.

Quizá todo esto resulte bastante obvio. Pasemos a contemplar ahora la otra cara del asunto: la historicidad de la novela.

Novela e historia se criaron juntas. La novela moderna compezó a aparecer a partir del año 1750 y la historia profesional data de 1777; hacia el año 1780 ya había novelas superventas. A partir de 1800 apareció otra variante: la novela histórica, en la que la historia es el telón de fondo colorido y en ocasiones dramático, colocado ahí para que la acción y sus actores cobraran realce. Luego, durante todo el siglo XIX, se vivió la edad de oro de la novela, por entonces ya impregnada de conciencia histórica. *Eterna mortalidad*, *Los chuanes*, *Historia de dos ciudades*, *La cartuja de Parma* o *Guerra y paz* son algo más que novelas históricas, y lo mismo se puede decir de *Grandeza y decadencia de César Birotteau*, *Vida y aventuras de Martin Chuzzlewit*, *Lucien Leuwen* o *La educación sentimental*. Hagamos una pausa. Déjenme argumentar que *La educación sentimental* de Flaubert es *más histórica* que *Guerra y paz*, casi coetánea suya, aunque esta última suele clasificarse como novela "histórica", mientras que la primera no. Y lo es porque en *Guerra y paz* la "historia", por muy dramática y explícita que resulte, es a menudo incorrecta y superficial, mientras que en *La educación sentimental* la parte histórica queda implícita en la acción, y suele profundizar más. Ese retrato escrito por Flaubert en 1848 resulta, históricamente hablando, más complejo y más significativo que el escrito por Tolstói en 1812, porque Flaubert describe lo que pensaban y sentían las personas de aquel tiempo; su novela abunda en descripciones

de los cambios en la sensibilidad, la mutación de las opiniones y la transformación de las actitudes. A pesar de que Tolstói estaba decidido a escribir una historia "científica" (o quizá precisamente por eso), *Guerra y paz* refleja un tipo de pensamiento más ideológico que histórico. Por su parte, Flaubert, sin saberlo,[*] era el escritor más histórico de los dos, quizá porque en 1850 el pensamiento histórico ya había calado en la mente occidental. A partir de entonces, cada vez fueron más las novelas que acababan por convertirse en sociografías históricas, una tendencia que alcanzó su cénit alrededor del año 1900. Arnold Bennett no fue mejor escritor que Laurence Sterne, ni Thomas Mann que Goethe, ni Roger Martin que Victor Hugo; sin embargo, en estas parejas, las novelas de los primeros están embebidas de historia. *Cuentos de viejas*, *Los Buddenbrook* o *Los Thibault* son grandes novelas burguesas, históricas de una manera mucho más "profunda" que algunas de sus precursoras.

La historia de la literatura estadounidense en prosa resulta un poco distinta. Las novelas de Poe y Melville son algo más que las novelas históricas europeas (incluso que las inglesas). De hecho, incluso *Washington Square* y *La edad de la inocencia* son novelas más sociográficas que históricas. Sin embargo, *El gran Gatsby* es, además de muchas otras cosas buenas, histórica, mientras que *Una tragedia americana*, de Dreiser, casi contemporánea de la anterior, no.[**]

4.

Toda novela es novela histórica, de un modo u otro, y darse cuenta de ello resulta tan importante para el historiador como para el novelista. "Los lectores de Alejandro Dumas pueden ser historiadores en potencia", escribió el gran historiador francés Marc Bloch. Maupassant solo escribió un ensayo, que disfrazó de prefacio a su novela *Pierre y Jean*, y en él afirma que el

objetivo de la novela realista "no estriba en contarnos una historia, divertirnos o entristecernos, sino en *forzarnos a pensar, a comprender el sentido profundo y oculto de los sucesos*" (las cursivas son mías). Un historiador atento debería entenderlo así, porque se trata de algo más amplio (y más hondo) que ese género, probablemente ya anticuado, de la "novela histórica".

Para demostrar que toda novela es novela histórica, veamos ahora el prefacio de Jane Austen (que ella tituló "Advertencia de la autora") a su novela *La abadía de Northanger*, de 1816:

> Esta obrita, concluida en 1803, estaba previsto que se publicara inmediatamente. Entregada al editor, la obra fue incluso anunciada, pero nunca he conseguido averiguar por qué razones se torció el asunto. Puede parecer insólito que un editor considere oportuno comprar una cosa que luego no va a publicar, mas esto poco debe importar a la autora y a los lectores, *salvo en lo tocante a esos pasajes que despues de trece años parecen relativamente anticuados. Ruego, por tanto, al lector que tenga en cuenta que en los trece años transcurridos desde que terminé la obra, y en los que median desde que la comencé a escribir, lugares y costumbres, libros y opiniones, han sufrido considerables cambios.*

Las frases que he destacado en cursiva deberían bastar para apoyar mi punto de vista: la preocupación de Jane Austen respecto a su narración era decidida y evidentemente histórica.

Ochenta años más tarde, Thomas Hardy escribía:

> Solo la ficción hecha a conciencia puede suscitar un interés reflexivo y duradero en la mente de un lector atento de edad madura, cansado ya de invenciones pueriles y ansioso de fidelidad; un lector que considera que en los mundos de ficción las pasiones deberían

> guardar proporción con las del mundo real. Este es el interés que prendían en la mente de los atenienses sus tragedias inmortales y en la mente de los londinenses el estreno de las grandes obras teatrales de hace trescientos años.[*]

Ahora que han pasado otros ciento veinte años, estoy convencido de que la historia hecha a conciencia puede venir a cumplir ese propósito que Hardy le atribuía a la ficción hecha a conciencia. Es la historia la que puede prender un interés reflexivo y duradero en la mente de los lectores atentos de edad madura, cansados ya (¡y tanto!) de invenciones pueriles y ansiosos de fidelidad. Aún diré más: ansiosos de verdad.

5.

Hay una diferencia entre importancia y significatividad, entre los hechos "importantes" y los "significativos". Este último término denota que su efecto no es tanto inmediato y decisivo como potencial, como una grieta pequeña cuando asoma en una gran superficie sólida.

El ojo del novelista se ha sentido en general atraído por los asuntos significativos (actos, palabras, incluso gestos, incluso silencios). Eran significativos porque tenían potencial. Pero también un historiador debe considerar –o al menos, tener en mente– la existencia inevitable de lo potencial. Hay un descubrimiento epistemológico de la física cuántica que se corresponde con esto: los físicos subatómicos se dedican a observar no solo hechos *reales*, sino también potenciales. Y aquí estoy obligado –conteniendo la respiración– a irme con el pensamiento hasta Aristóteles. "Pues el historiador y el poeta no difieren entre sí", dijo en su *Poética* (IX, 17), "por escribir en prosa o en verso, ya que podrían versificarse las obras de

Heródoto y no serían en absoluto menos historia con verso que sin verso. La diferencia estriba en que uno narra lo sucedido y el otro cosas tales que podrían suceder. Por lo cual precisamente la poesía es más filosófica y seria que la historia, pues la poesía narra *más bien* lo general, la historia, lo particular". (Al poner en cursiva "más bien" intento dar a entender que quizá tampoco Aristóteles las considerara categorías absolutas).

A medio camino, por tanto, entre la poesía y la historia, la novela clásica tendía a expresar no *lo que había sucedido*, ni siquiera *lo que podía suceder*, sino más bien *lo que podía haber sucedido*. Antes (quizá a lo largo de todo el libro) recalqué que las personas no "tienen" ideas, sino que las eligen. A esto añado ahora que, por muy importante que sea lo que las ideas le hacen a la persona, suele ser todavía más importante lo que la persona hace con esas ideas. Lo que hace hoy y lo que hizo, sí, pero también lo que era capaz de hacer y de pensar.

El historiador moderno, además, no puede dejar de contemplar otras posibilidades. (El –relativo– éxito de mis libros *The Duel* [El duelo] y *Cinco días en Londres*, que analizan los meses de mayo a julio de 1940, se debió sobre todo a que sus lectores reconocían lo cerca que había estado Hitler en aquel momento de ganar la guerra. La cita que abre el libro *The Duel* es un pasaje de Huizinga, quien escribió que el historiador, al escribir sobre la batalla de Salamina [año 480 a. de C.] debía tener en mente que los persas aún "podían ganar"). Aunque por sí mismas las potencialidades, sin su realización, no pueden constituir evidencias históricas (y este es uno de los pocos aspectos en que se corresponden las evidencias históricas y las legales, al menos en el mundo occidental), los objetivos de la historia y los de la ley son muy distintos. La ley trata de mantener la justicia eliminando la injusticia; la historia busca la verdad eliminando falsedades. Y

el historiador se da cuenta de que esa realidad abarca tanto lo real como lo potencial; en esto se nota que tiene propensión a ver las cosas con ojos de novelista, más que con ojos de abogado.

6.

En la segunda mitad del siglo XVIII, la novela y la historia profesional juntaron sus pasos. Y luego, también a la vez, entraron en crisis en la segunda mitad del siglo XX.

Los motivos de la crisis de la novela, por supuesto, tienen relación con la historia contemporánea, con los cambios en las estructuras sociales y en ciertos sucesos. Para empezar: a menudo los Hechos se han vuelto más extraños que la Ficción. (Y no me refiero aquí a ese género juvenil de la ciencia ficción). Hay asuntos, como la vida en Auschwitz, o que dos hombres pusieran el pie en la Luna, sobre los que no tendría mucho sentido escribir una novela, temas tan alejados de lo humano que la imaginación del novelista no llegaría a ellos. También estoy pensando en la cantidad de despropósitos que nos rodean noche y día, que se hacen patentes en los anuncios publicitarios, en los eslóganes, en las campañas de promoción, en ese pseudolenguaje tecnológico y pueril, en los sonidos y los gritos de la música popular, etc. Es difícil satirizar y parodiar estas cosas porque para hacerlo no haría falta tanto distorsionar la realidad cuanto exagerar los disparates que de hecho ya existen. La imprescindible imaginación del novelista desfallece, no solo ante la monstruosidad, sino ante la acumulación mortífera de estupideces que se da en esta era de la alfabetización universal, cuando uno se topa con tantas banalidades en la conversación, y tantas faltas expresivas en el lenguaje público que la propia grabación y reproducción fiel de este parecería una exageración de todo punto irreal.[*]

Otro de los motivos –este más importante– de la crisis de la

novela es la desaparición de las clases, casi absoluta en algunos lugares, ya que los temas clásicos de la novela pasaban siempre, de una forma u otra, por la relación entre la vida interior de las personas y la estructura externa de la sociedad. Pero en esta sociedad sujeta con alfileres de hoy existen grandes sectores ya desmantelados o desaparecidos sin más, debido al carácter relativamente amorfo de la textura democrática de la historia. Las relaciones, las ambiciones y las aspiraciones sociales han quedado casi desprovistas de sentido. (Hay un puñado de grandes novelistas que lo vieron venir. Hace más de cien años, el español Galdós: "La confusión de clases es la moneda falsa de la igualdad". Casi un siglo después, nuestro contemporáneo V. S. Naipaul: "Una literatura solo puede surgir de un robusto marco de convenciones sociales").

La disolución de las clases, de la sociedad, etc., llevó a muchos novelistas del siglo XX a centrarse cada vez más en la relación del individuo consigo mismo. Esta autoconciencia exacerbada refleja la crisis de la novela, porque exige un narrador también consciente; de ahí que el derrumbe de aquel ideal (predominante en tiempos) de una objetividad completa haya afectado al novelista, a quien le resulta imposible (y artificiosa) la posición imparcial, separada, desde la que un narrador invisible, dotado del ojo de los dioses, contaba lo que hacían, pensaban y sentían otras personas. Así que los novelistas empezaron a recurrir a todo tipo de mecanismos: colocar al narrador en la primera persona del singular,[*] a veces dentro de la cabeza o del sistema nervioso del protagonista o antihéroe; inventarse un narrador dentro de la narración; y, al final, escribir novelas sobre novelas. También debemos ser conscientes de por qué el método de re-crear las realidades humanas más profundas a través del flujo de conciencia siempre se queda corto: porque las personas no *piensan* necesariamente como *hablan*. De ahí que el *Ulises* de Joyce (y asimismo los monólogos de Céline) sean estampas de época,

anticuadas. Muchos otros experimentos semejantes han acabado en un callejón sin salida.

La crisis cultural y de la civilización del siglo XX ha afectado mucho más a la novela que a la historiografía. Mientras que en el siglo XIX la novela era una forma de arte narrativa y descriptiva, en el XX carecía ya de estándares y empezaba a disolverse en dos direcciones: una hacia la poesía y otra hacia la historia. Desde luego, en la buena prosa siempre ha habido pasajes poéticos. Hay frases poéticas memorables que se nos quedan grabadas y que no hemos sacado de un poema sino de una novela (la "luz verde" del final de *El gran Gatsby*, etc., etc.). Muchos de los experimentos recientes, esas novelas absurdas, cómicas, involucionadas y "nuevas", no son sino un tira y afloja con el lenguaje poético. No serán muchas las que permanezcan, a pesar de su "internalización". Sin embargo, llegará un día en que un novelista "nuevo" consiga dar con un género nuevo… pero siempre y cuando ese novelista no sea un novelista al uso, sino alguien capaz de producir una nueva forma de narración lírica dotada de sentido.

La otra tendencia conduce cada vez más hacia la historia, hacia diversos tipos de historia escrita. Por supuesto, la historiografía profesional, científica y objetiva, típica del espíritu de la era burguesa, ya no llegaba a abarcar todo el espectro de la historia, igual que tampoco la novela del siglo XIX conseguía abarcar por entero las funciones de la literatura en prosa. Sin embargo, estoy convencido de que al óbito de la novela histórica le ha seguido la absorción de la novela por parte de la historia. Los hombres de talento, a quienes en el siglo XIX les habría atraído la novela, pasaron a escribir historia. Hace un siglo y medio, Disraeli escribía novelas; hace un siglo, Churchill escribía historia. Medio siglo más tarde, vemos que el interés popular por la historia de buena calidad crece más que el interés por la ficción de buena calidad; que existe un apetito

popular de reconstrucciones históricas. Este nuevo fenómeno se nota en muchos aspectos, entre ellos, en el declive del interés por las novelas "históricas" grandilocuentes y en el creciente interés por el género "documental". Este último, a pesar de todas sus debilidades, representa algo más que una técnica periodística. El "documental" no es sino una manifestación de que la representación histórica se va desplegando de formas muy diversas. Es un intento de llevar también cierto aspecto de realidad a la reconstrucción del pasado histórico.

Esto se ha visto ya en diversos países, en la televisión y en el cine, por ejemplo. Los historiadores harían bien en tenerlo en cuenta, en sus diversas facetas, y lo mismo podemos decirles a los novelistas que quedan. Decir, como dijo Capote, que la reconstrucción histórica que había intentado realizar en un libro suyo (*A sangre fría*, 1964) constituía un tipo de novela nueva, la "novela de no ficción" no es profundizar mucho, porque con eso no basta. Estamos asistiendo a la reforma de la novela por parte de la poesía, por una parte, y a cómo la historia la conquista por otra. En la novela histórica humana de antes, los protagonistas eran los personajes: la historia se limitaba a poner el telón de fondo. Entonces, cada vez más, la historia se ha ido haciendo protagonista, pasando a primer plano. Ya Voltaire escribió, hace trescientos años, en el arranque de *El siglo de Luis XIV*: "Los principales personajes están en primer plano; la multitud, al fondo. Cuidado con los detalles. La posterioridad los desdeña; son las ratas que socavan las grandes obras". Pero ahora sucede lo contrario: el telón de fondo histórico pasa al centro del escenario. En la novela histórica "documental", toda la trama es historia; los personajes son secundarios, se les da el papel de representar aquí o allá las opiniones políticas o de otro tipo, pero sus retratos quedan siempre aplastados por el peso de la historia.

Esto tiene un peligro. Cuando las personas caen arrolladas por

"la marcha de la historia", parece que su libre albedrío tiene las alas cortadas, que sus aspiraciones están despojadas de todo significado: que son supernumerarias. Como consecuencia, se confunde lo que solo es imaginario con lo que fue real históricamente, sin que se llegue a entender que ambas cosas resultan complementarias: los asuntos imaginarios (y las personas imaginarias, en muchos casos) se cuelan ilegítimamente en la "historia". Hoy existen novelas "históricas" en las que aparecen personas reales, que vivieron de verdad, a las que se hace hablar y actuar en la ficción al dictado del novelista. (Por ejemplo, J. P. Morgan en *Ragtime*, de Doctorow; o Charles Lindbergh en *La conjura contra América,* de Philip Roth. Existen muchos más ejemplos). En estas novelas la historia *se halla* en primer plano, pero es una historia falsa, retorcida.

Porque, incluso cuando se trata de potencialidades, el historiador, como el novelista, debe describir lo que pudo haber sucedido (y no solo lo que sucedió), pero siempre basándose en pruebas reales. Y mientras que el novelista, al crear sus personajes, puede atribuirles motivos –de hecho, puede ser aún más importante el describir sus intenciones que el describir sus actos–, el historiador debe respetar siempre la primacía de las expresiones y las acciones reales. El novelista, por supuesto, tiene el deber de conseguir que la conexión entre motivos y acciones resulte plausible, pero no comete pecado alguno cuando inventa motivos imaginarios para sus personajes. El historiador sí. También en este aspecto la tarea del historiador resulta más difícil.

7.

Ahora ha aparecido un nuevo tipo de literatura, cuya mentalidad es esencial y conscientemente histórica. Escribí antes que, sobre todo durante la segunda mitad del siglo XX, la

novela fue deslizándose en dos direcciones: hacia la poesía y hacia la historia. De estas dos tendencias, la segunda ha tenido más fuerza, se ha hecho más evidente. La crisis cultural ha afectado más a la poesía que a la historia,[*] mientras, al mismo tiempo, la atracción del novelista por la historia se ha ido haciendo cada vez más evidente. Al menos durante el último medio siglo, los novelistas han venido mezclando los hechos con la ficción –lo que algunos denominan tontamente *faction* o "metaficción"– y construyendo a su alrededor pedazos de historia. Pero esta mezcolanza lleva a que muchas novelas resulten imprecisas, ilegítimas, sin criterio o manipuladoras.

He aquí una lista –hecha de forma muy aleatoria– de este "nuevo" tipo de novelas, de entre 1920 y 1990 más o menos: *Tsushima*, de Frank Thiess (uno de los primeros, y quizá de los mejores, de este grupo); *Stalingrado* y *Moscú*, de Theodor Plievier; las novelas del agente secreto Lanny Budd, de Upton Sinclair; *Los hombres de buena voluntad*, de Jules Romains; *1919*, de John Dos Passos; *Vientos de guerra*, de Herman Wouk; *The Fox in the Attic* [El zorro en el ático], de Richard Hughes; *A sangre fría*, de Truman Capote; *Ragtime*, de E. L. Doctorow; *Algo en la historia*, de Elsa Morante (el título original en inglés [*La historia: una novela*] tiene miga, pero el libro es muy malo). Añádanse ahora a la lista (repito: muy incompleta) algunos libros similares confeccionados durante los últimos treinta años, digamos entre 1980 y 2010, por Irwin Shaw, Susan Sontag, Gore Vidal, Thomas Pynchon, Philip Roth[*] o Norman Mailer (cuyo último libro iba a ser una metaficción sobre Adolf Hitler de joven. La muerte de Mailer les evitó a él y a sus lectores muy malos ratos), junto con muchos otros autores extranjeros, entre ellos Solzhenitsyn y su *Agosto 1914* (que no es su peor libro).

Así que a todos estos novelistas les ha interesado la historia, quizá en mayor grado que todo lo demás. Pero ¿entendían que

estaban escribiendo lo más opuesto que hay a la novela histórica, en la que la historia era el telón de fondo y no el centro? ¿Intentaba alguno de ellos construir conscientemente un nuevo género o abrir camino? Dicho de forma más llana: ¿alguno sabía lo que estaba haciendo? No lo parece. Quizá por eso muchos de estos libros quedan viciados cuando incorporan, tuercen, deforman y atribuyen pensamientos, palabras y actos a unos hombres y mujeres (James Buchanan, Morgan, Wilson, Roosevelt, Lindbergh, etc.) que existieron de verdad. Se equivocan con ello, porque generan falsedades; poco importa que algunos historiadores afirmen que tienen efectos benéficos porque a fin de cuentas se consigue que gente de lo más variado acceda a la historia. Pero, con razón o sin ella, aquí estamos hablando de algo que va más allá de la metaficción.[*]

Y ahora consideremos, por última vez, a Tolstói. En *Guerra y paz*, la historia queda falsificada y distorsionada por las opiniones y prejuicios del autor, no solo sobre Napoleón y sus guerras, sino sobre la propia historia. En el largo apéndice que Tolstoi se sintió obligado a añadir a su inmensa novela, abogaba por una filosofía de la historia antihistórica que es un completo despropósito. No se puede separar al Tolstói novelista del Tolstói filósofo de la historia (que es lo que hizo Isaiah Berlin en su agudo ensayo "El erizo y el zorro"), porque muchas de las extrañas ideas de ese apéndice aparecen antes, en la narración de la novela propiamente dicha. Noventa años después de *Guerra y paz*, el *Doctor Zhivago* de Pasternak ya no estaba impregnado de filosofía de la historia; no es un drama histórico como *Guerra y* paz. Sin embargo, la reconstrucción que hace Pasternak sobre lo que sucedió entre 1917 y 1924 en Rusia, y en la mente de algunos rusos, y en algunos pueblos rusos es más histórica que la interpretación histórica que hace Tolstói de los años 1805 a 1812. Y si nos detenemos en la tarea que se impone Aleksandr Solzhenitsyn, veremos su objetivo principal: ser recto con la historia, reducir la falsedad.

(En *Archipiélago Gulag*: "Lo olvidamos todo. No se nos queda grabado en la mente lo acontecido, la historia, sino únicamente el patrón rectilíneo que han sabido estampar en nuestra memoria a fuerza de inculcárnoslo"). Desde *Un día de la vida de Iván Denisovich*, pasando por *Archipiélago Gulag* y *Agosto 1914* hasta *Lenin en Zúrich*, los intereses de Solzhenitsyn han sido cada vez más históricos. Quizá el significado de esta evolución haya quedado oscurecido por las declaraciones ideológicas de Solzhenitsyn y por las excrecencias eslavófilas de sus ideas; sin embargo, la adicción a la historia es un síntoma del desarrollo de la conciencia histórica durante el siglo XX, mientras que el género tolstoiano de novela histórica forma parte de un pasado anticuado y en retroceso.

Estos ejemplos de Pasternak y Solzhenitsyn incluyen también, por supuesto, las reacciones particulares de un país lastrado durante mucho tiempo por unas condiciones opresivas. Pero el asunto de expandir la conciencia histórica va más allá de eso. Incluso puede que en el futuro la novela quede enteramente absorbida por la historia. Sobre esto ya no debemos especular más; pero sí debemos ser conscientes de que –de una forma u otra– la historia sobrevivirá a la novela.

BREVE ADENDA

La relación (y, en ocasiones, la concordancia) entre historia y novela me interesa desde mi primera juventud. He escrito (y he hablado) sobre esta relación en diversos artículos, y con cierta extensión en mi libro *Historical Consciousness* [Conciencia histórica] y sus añadidos subsiguientes (1968, 1985 y 1994), tanto que en este capítulo me estoy basando en unos cuantos párrafos de esa obra, parafraseándolos o resumiéndolos. Aquí, en *El futuro de la Historia*, he apuntado que quizá aparezca un nuevo tipo de historia, aunque no predigo cómo ni en qué podrá consistir. Pero durante la década de 1990 algo me

empujaba a intentarlo… por más que lo que encontrara no fuera lo que iba buscando. El resultado fue *A Thread of Years* [Una ristra de años], publicado en 1998 por Yale University Press y que todavía hoy, en 2011, considero mi libro más extraordinario.

Expuse mis intenciones en la Introducción (contrariando mi tendencia a pensar que los buenos libros no necesitan introducción o necesitan muy poca, pues deben hablar por sí mismos). Pero *A Thread of Years* era y es distinto. En él hice lo contrario de lo que estaban haciendo esos escritores a los que me he referido en las páginas precedentes. En vez de atribuirles a personas famosas que existieron una serie de actos, palabras o ideas, describí a unas personas imaginarias cuya plausibilidad histórica venía dada solo por la realidad histórica de su tiempo y de su situación física. *A Thread of Years* consiste en sesenta y nueve capítulos o epígrafes, cada uno con un año a modo de título: "1901" (el primero), o "1914", o "1969" (el último). Y cada uno de esos epígrafes consta de dos partes: la primera es una viñeta sobre ciertos episodios de la vida de diversas personas, en Filadelfia o en París o en Londres o en otro lugar, en 1901 o en 1911 o en 1925, etc., etc. Unas viñetas que los describían *a ellos*, pero dentro de una atmósfera histórica desdibujada, o amplia y llena de significado potencial, unas veces amenazadora o angustiosa, otras placentera pero evanescente. Así, por ejemplo, el final del mes de julio en "1914", en París, no trata de la guerra que está por venir, aunque algo de esa atmósfera impregne toda la viñeta: trata de unos hombres y unas mujeres en ese lugar y en ese instante en particular, de cómo actuaban y de qué aspecto tenían, de cómo hablaban y pensaban y sentían y creían. La segunda parte de cada uno de los epígrafes es un diálogo mío con un interlocutor imaginario (yo mismo en parte, efectivamente), que duda o del carácter histórico o de la autenticidad de esa viñeta, y trata de quitarle todo lo que pueda tener de impreciso o de poco

plausible. Así, quizá alguien pudiera decir que la primera parte de cada epígrafe (la viñeta, que a veces parece un relato corto a falta de final) es obra de un novelista y la segunda, de un historiador. Pero *no del todo. Todo* el libro es la obra de un historiador, que es lo que soy.

Les hablo ahora a los historiadores, déjenme decirles esto aquí y ahora: *A Thread of Years no* es un nuevo tipo de historia (aunque así lo afirmaran unos cuantos reseñistas afectos). Casi todos los hombres y mujeres que en él aparecen son producto de mi imaginación y eso los excluye de la historia. Lo que no son imaginarios son los lugares y los momentos de esas viñetas. Eso *sí* que es historia de la buena, quizá –espero– mejor que buena en algunos casos. He deseado muchas veces que alguna otra persona adoptara este método y probara a escribir algo similar (para hacerlo, ciertamente, tendría que saber mucha historia). Pero *A Thread of Years* no es ni historia ni novela.

---

* "Pre-historia" es, por tanto, una categoría absurda. En 1871, el *Oxford English Dictionary* la definía como "el relato de los hechos y las circunstancias anteriores a la historia registrada o escrita". Pero la historia humana existía antes de que fuese registrada o escrita.

---

* Podemos añadir que, según las pruebas de que disponemos, las distintas personas, en otros tiempos y en lugares distintos, realmente *no veían* como nosotros estamos acostumbrados a ver hoy. Usaban la vista de otra forma, porque también su imaginación funcionaba de forma diferente. (Véase un libro excepcionalmente inteligente escrito por un joven historiador del arte estadounidense: *The Renaissance Discovery of Linear Perspective* [El descubrimiento de la perspectiva lineal en el Renacimiento], de Samuel Y. Edgerton Jr., 1975).

En *Las afinidades electivas* (*Die Wahlverwandtschaften*), Goethe escribió: "Por más vueltas que le demos, uno siempre se imagina viendo. Yo creo que el hombre solo sueña para no dejar de ver. Bien pudiera ocurrir que un día nuestra luz interior se derramara fuera de nosotros hasta el punto de que ya no necesitáramos ninguna otra". El gran historiador Burckhardt: *"Unser Auge ist sonnenhaft, sonst sähe es die Sonne nicht"*. Nuestros ojos son como el sol, porque de lo contrario no lo verían.

---

* Su intento de escribir una novela "histórica" épica sobre la Antigüedad, *Salambó*, fue un fracaso.

** Véase mi ensayo "*The Great Gatsby*? Yes, a Historical Novel" [*¿El Gran Gatsby?* Sí, una novela histórica], *en Novel History: Historians and Novelists Confront America's Past (and Each Other)* [Historia novela: historiadores y novelistas se enfrentan al pasado estadounidense (y entre sí)], Mark C. Carnes, ed., Simon & Schuster, Nueva York, 2001.

---

* Hardy, "Candour in English Fiction" [El candor en la ficción inglesa], citado en J. Korg, *George Gissing: A Critical Biography* [George Gissing: una biografía crítica], University of Washington Press, Seattle, 1979, p. 261.

---

* Humbert Butterfield, hace unos sesenta años: "El historiador, como el novelista, acabará por darse cuenta de que es una suerte que para construir un

mundo hagan falta todo tipo de personas. Y, también como el novelista, solo puede lamentar la existencia de un tipo –el de los pelmazos– y cuidarse mucho de no describirlos con excesiva verosimilitud".

---

* Me pareció interesante la "solución" de Jean Dutourd en su novela *Los horrores del amor* (1963) escrita, podría decirse, en segunda persona del singular: las relaciones de los demás se reconstruyen a través de la conversación entre dos amigos (una técnica –o, mejor dicho, un enfoque– que algún historiador audaz podría –creo– aplicar un día de estos para desentrañar ciertos problemas históricos).

---

* El gran poeta católico húngaro János Pilinszky, *c.* 1980: "La novela es el único género real (quizá también el teatro, pero solo hasta cierto punto) cuyo tema es el *tiempo*. Ninguna otra forma artística puede manejarlo, mientras que para la novela constituye la fuerza motriz. Y por eso lamento que la novela del siglo XX empiece a derivar hacia la poesía". (Nótese que esto lo escribió un poeta). El suizo Max Picard en 1946: "La poesía ya no hace sonar el silencio".

---

* El caso de Roth resulta muy significativo. La obra de este brillante escritor judío estadounidense fue progresando desde *Adiós, Columbus*, una novela llena de melancolía sobre la relación y los conflictos de un chico y una chica de clases distintas, a otras novelas que describían en general, y con bastante profundidad, las complicadas e incómodas aspiraciones de los judíos estadounidenses –con la conciencia siempre presente de sus costumbres y su época–, hasta llegar a *La conjura contra América,* la historia política de una nación imaginaria de los años 1940 a 1943, en la que Charles Lindbergh, el amigo de Alemania y de Hitler, ha sucedido a Roosevelt en la presidencia. Es un libro muy malo, en el que no caben más errores y representaciones históricas erradas. (Setenta años antes que Roth, en 1935, Sinclair Lewis escribió *It Can't Happen Here* [Eso no puede pasar aquí], una novela cuyo tema era la vida durante una dictadura de derechas que *pudo haber* existido en Estados Unidos, pero es un libro en el que casi no hay historia. En cambio, el tema del libro de Philip Roth, saturado de historia, es que *podría haber pasado aquí*.

---

* Mientras escribo este libro he leído una novela reciente de una escritora británica notable, A. S. Byatt (*El libro de los niños*), en la que describe el crecimiento y luego las vidas de una generación, entre 1890 y 1920 más o menos. La autora ha creído conveniente añadir a cada capítulo un largo resumen de la política y demás circunstancias históricas de cada año o cada época. ¿Por qué? ¿Para darle más cuerpo al relato? Es probable. (Al menos yo no conozco otros novelistas que hayan puesto en práctica un método semejante antes que ella).

EL FUTURO DE LA PROFESIÓN

El futuro de los libros y de la lectura – La historia es necesariamente revisionista – La búsqueda de la justicia, la búsqueda de la verdad – Falta de perspectiva de los historiadores liberales. Ideas y creencias

1.

*H*asta ahora he escrito mucho –demasiado, quizá– sobre la situación de la historia en el momento presente (2011). He sido optimista en algunos aspectos: que la "historia" tiene futuro; que existe un hambre de historia novedosa y muy extendida; que todavía ahora se escribe y se publica mucha historia de buena calidad; que incluso puede que la historia absorba la novela. Algunas de esas cosas pueden seguir evolucionando. Pero no puedo ser optimista ante el futuro.

Del futuro no podemos saber mucho; nos limitamos a proyectar lo que vemos en el presente, pero gran parte de eso que proyectemos no se hará realidad. Otra parte sí. No es lo mismo anticipar que profetizar: para lo primero hace falta tener un conocimiento serio, a veces hasta inspirado, de algunos aspectos del pasado; gracias a ello, algunos podemos decir que tal cosa no va a suceder; pero también que puede que tal otra, mira por dónde, sí suceda. Los movimientos de la historia no son mecánicos, ni automáticos, ni pendulares. Cuando llega a uno de los extremos, el péndulo no vuelve atrás, sino que va en una dirección diferente.

Así que no habrá vuelta atrás, o al menos eso es lo que yo

creo. Es posible que en nuestras escuelas se enseñe aún menos historia. Serán menos los jóvenes inteligentes que opten por una carrera profesional que les exija doctorarse en historia. Y ya sabemos que cada vez son menos los estudiantes que leen. La pregunta que más me intriga es esta: ¿durará ese interés actual por los libros de historia y las biografías? ¿Se generalizará esa hambre de historia, relativamente nueva y reciente? Gran parte de esto depende de los editores y demás promotores, gente no siempre inspirada. Hay todo tipo de ejemplos de tendencias excepcionales, bastante extendidas durante la era democrática, que fueron pasando y desaparecieron al fin cuando se dejaron de promocionar. Hoy por hoy, los editores aún son conscientes de que la historia vende más que la novela, pero ¿es una circunstancia que los motiva? No lo parece. La dependencia de las editoriales respecto a los beneficios rápidos, instantáneos, empezó hace al menos cincuenta años; lo mismo se puede decir de las productoras de cine y televisión. La estructura de los hechos, y aquí incluyo la trayectoria de los intereses mentales de la gente, resulta hoy tan complicada que nos costaría mucho identificar cuánto influye en ella la publicidad. En esto, como en tantas otras cosas, el término "sociedad de consumo" puede resultar confuso, dado que el consumo de lo que se produce depende de que se produzca lo que se consume (mucho más complicado), en realidad o en potencia. (Así, por ejemplo, la disminución o la desaparición de los periódicos no solo reduce el acceso a la información sino también el hábito de la lectura).

Para muchos historiadores profesionales serios, la oportunidad y las circunstancias para publicar están reduciéndose a una velocidad alarmante. En casi todas las editoriales universitarias estadounidenses, si no en todas, una primera tirada normal para un libro es de quinientos ejemplares e incluso menos (sobre todo porque el número de bibliotecas universitarias que tradicionalmente adquiría este tipo de libros se ha reducido por

lo menos a la mitad). En consecuencia, son muchas las monografías serias, e incluso otras obras académicas de historia profesional, que salen ahora demasiado caras; y, lo que es peor, que quizá ni siquiera aparezcan en las librerías, ni aun en las universitarias, que antes tenían siempre todos los libros. Las consecuencias de este retroceso dan miedo. (Seguramente se lo den a muchos jóvenes aspirantes a historiadores). ¿Se reducirá o se ensanchará la distancia que hoy separa a los historiadores "profesionales" de los "aficionados"? No sabría decirlo. El tema principal de este libro, y quizá de este capítulo en especial, tiene que ver con los problemas presentes y potenciales de los profesionales; sin embargo, quizá aún se pueda elucubrar un poco aquí sobre los escritores de historia "aficionados", es decir, no académicos. Creo que sus motivos, su interés genuino por la historia, no van a desaparecer, y tampoco creo que disminuyan demasiado. Hasta me parece posible que, en un futuro cercano, las mejores historias (y con esto no me refiero a las más legibles) las escriban los no académicos. Pero –y ahora fuerzo mi vista cansada, escudriñando las tinieblas del futuro– ¿qué va a ser de sus objetivos cuando desaparezca el mundo de los libros? El objetivo de un escritor es, a fin de cuentas, ver publicada su obra, con la esperanza de que la gente, todo tipo de gente, quiera leerla. (Este objetivo de los historiadores "aficionados" resulta más obvio que el de ciertos historiadores académicos, cuyo objetivo al acabar un libro, aparte de publicarlo, es a veces progresar en su carrera académica). El acto de escribir historia, al menos tal como lo conocemos, ¿no está indisolublemente unido a los libros? Permítanme que especule un poco sobre esto en el próximo capítulo, que también es el último, de este librito.

Pero volvamos ahora a los profesionales. ¿Cuáles serán sus tareas y responsabilidades durante esta larga transición (que ya estamos experimentando) de la era verbal a la gráfica, que nos conduce a una forma nueva de barbarie[*] llena de nuevos

peligros?

2.

Una de las muchas diferencias entre los logros de la historia y las aplicaciones del conocimiento "científico" radica en el carácter necesariamente "revisionista" de la historia. Es necesario que el historiador profesional sea consciente de esto porque entre algunos aún prevalece la vieja visión más propia del siglo XIX, de acuerdo con la cual existe una Catedral de la Historia, que los historiadores profesionales van construyendo ladrillo a ladrillo. Pero no existe tal catedral, pues su construcción nunca podría terminarse, ni siquiera la de un ala. Ciertamente, hay huecos en el conocimiento histórico que pueden y deben rellenarse, pero ese relleno jamás será permanente. Hemos visto antes que, hacia finales del siglo XIX, Acton dijo que quizá ahora pudiera construirse un relato de la batalla de Waterloo que les resultara aceptable tanto a los historiadores británicos como a los franceses, alemanes y holandeses. Confiaba demasiado en la objetividad científica; es más, confiaba en que ese relato sería *definitivo* y *final*. Pero la historia, de un modo u otro, es siempre revisionista.

En la edición abreviada del *Oxford English Dictionary* no aparece el término 'revisionismo'. Revisión, dice este mismo diccionario, es "la acción de revisar o analizar de nuevo, especialmente la de examinar de forma crítica y detallada, con vistas a una posible corrección o mejora". Las entradas relacionadas con esta no mencionan a los historiadores.[*] (Hacia la década de 1880, en Gran Bretaña se llamaba "revisionistas" a los monjes que se dedicaban a revisar secciones de la Biblia). Quizá el primer ejemplo, y el más eminente, de escritor cuyo objetivo principal fuera revisar, corregir y, cuando era necesario, eliminar las versiones legendarias y erróneas que circulaban sea el de Tucídides, según declara él mismo en la

introducción a su *Historia de la guerra del Peloponeso*. Por supuesto, es obvio que los historiadores y los cronistas han puesto en duda o corregido algunas versiones de leyendas; pero no sabemos de muchos casos en los que la obra del cronista vaya dirigida sobre todo a refutar las versiones de otros cronistas. A partir de 1700 empezó a aparecer en Francia un grupo de monjes eruditos (sobre todo Mabillon y Tillemont) que, por primera vez, aplicaba métodos críticos al examen de textos medievales o a leyendas y fuentes poco fiables. Se autodenominaban los *Erudites* o *Antiquaries* y puede que fueran los primeros historiadores modernos y especializados. Pero su prestigio no duró; al contrario, el estudio profesional de la historia y el establecimiento de la historia como profesión surgieron en Alemania y desde allí se extendieron al resto de Europa. Luego, durante más de un siglo, el objetivo de los historiadores profesionales fue el de rellenar huecos enormes con su ciencia y, para ello, en ocasiones tenían que revisar relatos dudosos. Criticar las versiones aceptadas de los hechos, las establecidas por historiadores profesionales, era poco frecuente.

A partir de la Primera Guerra Mundial, en Alemania empezó a dársele otro uso particular al término "revisionismo".[*] Ahora se trataba de corregir la inexactitud y unilateralidad con que se condenaba a Alemania por ser la principal responsable del estallido de la Primera Guerra Mundial, según afirmaba también el Tratado de Versalles. Los alemanes tenían toda la razón del mundo en luchar contra esta visión. Ya en 1919, el nuevo gobierno republicano alemán empezó a publicar documentos que demostraban que la responsabilidad de que hubiera estallado la guerra en 1914 no había sido solo alemana. A continuación se publicaron más volúmenes con información detallada. En 1923, un historiador alemán aficionado, Alfred von Wegerer, lanzó una publicación académica llamada *Die Kriegsschuldfrage* [La cuestión de la

culpa de la guerra]. Para entonces, y especialmente a partir de entonces, ya había algunos historiadores profesionales estadounidenses (y alguno aficionado) que publicaban libros a favor de la causa germana. Pocos años después aparecieron más libros serios, que revisaban y desestimaban por entero la versión aceptada de las circunstancias y los motivos por los que Estados Unidos se había involucrado en la Primera Guerra Mundial en 1917.

En algunas de esas obras había, y sigue habiendo, suficiente sustancia como para que todavía hoy nos apoyemos en lo que demuestran. Sin embargo, existen al menos dos razones por las que deberíamos tener en cuenta sus consecuencias, a la postre deletéreas. Una tiene que ver con el desfase temporal en el movimiento de las ideas. Los libros y artículos que revisaban radicalmente las ideas aceptadas sobre la Primera Guerra Mundial en Estados Unidos empezaron a llegarle al público lector, así como a muchos historiadores, unos diez años después de 1917. Al cabo de otros diez, esas interpretaciones revisionistas se habían popularizado y eran refrendadas a menudo por las personalidades políticas del país. De ahí surgió el sentimiento del "aislacionismo" (o "no intervencionismo", o "pacifismo"; ninguno de estos términos resulta exacto, pero ahora no estamos hablando de eso) entre el pueblo estadounidense, que alcanzó su punto más alto en torno a 1937, cuando empezaba a crecer el poder de la Alemania de Hitler. Tuvo que suceder Pearl Harbor, casi cinco años más tarde, para que se aplacaran los sentimientos y las opiniones aislacionistas (que, mientras tanto, habían sido uno de los grandes obstáculos a los que se tuvo que enfrentar la política exterior del presidente Roosevelt, cuando ya Hitler había conquistado gran parte de Europa y amenazaba con extirpar Gran Bretaña). La otra consecuencia lamentable es que muchos (aunque no todos) los historiadores revisionistas estadounidenses de la década de 1920, resentidos por las

críticas de sus oponentes y enardecidos de ira, se dedicaron a atacar el "intervencionismo" estadounidense y el apoyo que Roosevelt había prestado a Gran Bretaña y a China (y más tarde a Rusia) durante la Segunda Guerra Mundial –y bastante después–, aunque con ello apoyaran directa o indirectamente la causa alemana (y a veces hasta la de Japón). Esos libros y artículos publicados tras la guerra ya no fueron tan populares como lo había sido el revisionismo de los años veinte tras la Primera Guerra Mundial, pero no debemos subestimar su atractivo, ni siquiera ahora. (Entre otras cosas, sus lectores y adeptos formaron parte sustancial del núcleo del movimiento "conservador" estadounidense que empezó a emerger en 1950, de lo cual se hablará un poco más adelante en este mismo capítulo).

Había, y hay, y habrá, muchas formas de revisionismo. Algunos de sus atractivos potenciales y de sus actuales seguidores son de tipo ideológico. Puede que sean el azote de los historiadores, y no solo de aquellos a los que resulta fácil engatusar con ciertos documentos. Con esto no estoy defendiendo la historia "ortodoxa", porque no existe. Pero el acto de revisar la historia no debe ser el patrimonio efímero de unos ideólogos u oportunistas que andan siempre al quite para tergiversar o falsificar las pruebas documentales del pasado, de modo que estas les sirvan para ejemplificar las ideas de ahora y los ajustes que ellos mismos hacen sobre tales ideas.

Hoy, esos peligros son aún mayores (y probablemente más frecuentes) que antes. La falsificación de documentos resulta técnicamente mucho más sencilla. (Hay una nueva práctica insidiosa, que no es ya la de llevarse documentos a hurtadillas de los archivos, sino la de colocar en los archivos documentos falsos; el acto es sencillo de realizar y los archiveros tienen contra él poca o ninguna defensa). Yo mismo me he topado, en más de una ocasión, con falsificaciones significativas, creadas

por individuos muy bien informados, sobre personas y hechos de la Segunda Guerra Mundial. Y aquí es donde entran las tareas y las responsabilidades del historiador profesional. Son ellos, con su trabajo y su conocimiento de los auténticos intereses, quienes deben descubrir y denunciar la falsedad de este o aquel documento (o de su interpretación). Y para ello hace falta un buen conocimiento y una práctica seria de la labor de archivo… además de estar dispuesto a enfrentarse con la perspectiva de que las revelaciones le pasen inadvertidas a todo el mundo excepto a un puñado de profesionales con interés específico en la materia. Y, envolviendo todo esto, una entrega a la búsqueda de la verdad en el oficio.

Resulta lamentable que todo esto se les pase por alto a ciertos historiadores de primera línea y buena reputación. Un ejemplo: la manera en que se desprecia por costumbre al obseso "revisionista" David Irving debido a su ideología, aunque se admita que sus investigaciones archivísticas tienen mérito. Sin embargo, cuando en cierta ocasión decidí buscar y comprobar por mí mismo una de las referencias que citaba Irving en una nota a pie de página, con su número de microfilm, hallé (con cierto alivio, lo admito) que el documento en el que apoyaba su argumentación resultaba totalmente irrelevante para el tema.

3.

Establecer la autenticidad de las fuentes y las pruebas de que disponen los historiadores se ha vuelto ahora más complicado que antes, por culpa (y no a pesar) de su multiplicidad. Existe una diferencia esencial no solo entre las pruebas históricas y las "científicas", sino también entre las históricas y las legales, y, lo que es más importante, entre sus objetivos. La ley tiene sus reglas; es un sistema institucional. En los estados civilizados, la ley no permite que a nadie se le juzgue dos veces por el mismo

delito. Pero la historia consiste en reconsiderar una y otra vez a las personas y los hechos del pasado; más aun: las pruebas no solo de lo que hicieron, sino también de lo que pensaron, unas pruebas que, por tanto, son admisibles ante la historia, pero no ante la ley. La administración de justicia, en los estados civilizados, puede no admitir potencialidades. (Samuel Johnson: "Las intenciones se deben extraer de los actos"). La ley puede admitir un "motivo", siempre y cuando se haya expresado de forma evidente, de un modo u otro: en otras palabras, puede admitir una realidad. (Una característica particular del cristianismo occidental es que dice muy poco, o nada, sobre los motivos del mal [salvo por el pecado original de la humanidad], mientras que se explaya sobre sus pruebas, no solo en las obras sino también en la palabra y el pensamiento).

"La ley es una red muy basta y la verdad, un pez muy escurridizo". Sí, pero tener una red, por basta que sea, es mejor que no tenerla. Sin embargo, el objetivo de la ley tiene muy poco que ver (a veces, nada) con la verdad: su objetivo es hacer justicia o, mejor dicho, proteger contra la injusticia. Y la justicia pertenece a un orden menor que la verdad (y la mentira está por debajo de la injusticia. Todas las parábolas de Jesucristo enseñaban a buscar la verdad, no la justicia). El acto de administrar justicia, aunque sea con la mejor intención de corregir la injusticia, puede tener que pasar por alto e incluso hacer caso omiso de la verdad durante el proceso judicial. Las personas viven y pueden vivir con la injusticia, pero yerran cuando deciden vivir en la mentira. No es necesario seguir argumentando esto, excepto para que nos demos cuenta de que las diferencias entre la propagación de la justicia y la prevalencia de la mentira son muy extensas hoy, al final de la llamada Era Moderna. Los gobiernos de muchos estados y todo tipo de instituciones legales afirman dedicarse a reducir las injusticias: de la esclavitud, la explotación de diversos tipos o la discriminación racial y sexual, etc. Sin embargo, no muchos

son conscientes de que la búsqueda indiscriminada de justicia puede llevarnos a extremos poco cuerdos; de hecho, puede arrasar gran parte del mundo. (Considérense algunas de las técnicas atroces utilizadas en las guerras recientes; o el carácter puritano y tan estadounidense del capitán Ahab de *Moby Dick* y su triste destino).

Pero es que, además, el objetivo de la historia no es tanto el de establecer una verdad de forma definitiva como el de reducir la mentira. Descartes, en su *Discurso del método*, escrito hace ya casi cuatrocientos años, argumentaba (o, al menos, sugería) que el estudio de la historia era una pérdida de tiempo, porque no podemos adquirir un conocimiento fiel y cierto del pasado humano, o al menos no como podemos adquirirlo de las matemáticas o del mundo natural. Luego, menos de un siglo después de Descartes, vino Vico a decir lo contrario: el mundo del ser humano, "el mundo civil", era una realidad, no una invención. Permítaseme añadir a esto que mientras que el mundo natural y el universo existen, nuestro conocimiento de su existencia no es independiente de nosotros mismos, de nuestras percepciones, siempre mudables, de las invenciones que hagamos: he aquí otro argumento, y otra prueba, a favor de la inseparabilidad de quien sabe respecto a eso que sabe.

El historiador, como poco, habrá de hacerlo mejor que Poncio Pilatos (al que yo, y sé que no soy el único, no he podido nunca contemplar sin una pizca de simpatía). Pero cuando Pilatos preguntaba "¿Qué es la verdad?", también estaba preguntando implícitamente "¿Qué es la mentira?". El historiador debería detectar la mentira cuando aparece. Su trabajo consiste en la búsqueda de la verdad (que es donde Pilatos se detuvo), abriéndose paso muchas veces por una jungla de mentiras, árboles, arbustos, matojos y muchas, muchas malas hierbas, de las grandes y de las pequeñas.

Ya ha pasado al menos un cuarto de siglo desde que los historiadores empezaron a usar los ordenadores. Cuando, hace más de un siglo, se iniciaron en el uso de la máquina de escribir, no cambió su forma de redactar, ni su estilo, ni las prácticas o los temas sobre los que investigaban y escribían. Por lo que se refiere a los ordenadores, puede que se pueda decir lo mismo, pero también puede que no. Se han escrito ya volúmenes enteros sobre la relación entre la inteligencia humana y el ordenador, y es un tema del que yo no sé nada; pero, como me interesan el presente y el futuro de la profesión del historiador, permítanme apuntar dos observaciones.

La primera es que, hablemos de escribir historia o de otros tipos de literatura, no hay prueba alguna de que redactar en un ordenador mejore el estilo del escritor; en algunos casos, de hecho, puede ocurrir al contrario. La segunda cuestión, más amplia, consiste en que el investigador confíe en la información que le brinda el ordenador. Hay "información" de ese tipo, desde luego, en grandes cantidades, y está tan al alcance de la mano que uno se queda boquiabierto. Pero ¿es fiable? Sí y no. Ha sido "programada", es decir, insertada en el ordenador por hombres, mujeres y maquinaria anónimos. Existen "bancos de datos" enteros en los que faltan, y seguirán faltando, muchas cosas importantes, entre ellas ciertos libros o artículos y otros materiales. Muchas de las personas (por no decir todas) que usan ordenadores desconocen esta realidad (pensemos en los estudiantes que confían en los textos, las citas o las referencias que encuentran en el ordenador y las estampan tal cual en sus trabajos). "Recuperable" y "fiable" no son equivalentes; y lo que aparece en la pantalla del ordenador tras pulsar unas cuantas teclas no es necesariamente "real".

Gran parte de todo esto tiene que ver con la cuestión de las

"fuentes", sobre la que ya he escrito un poco antes. Aquí, de nuevo, lo que cuenta son los temas mismos que eligen los historiadores. Uno de los problemas con que se enfrentan la historia social o la de género, la religiosa o la sexual, es la naturaleza parca y fragmentaria de los materiales con que deben tejer su narración y dar cuerpo a sus conclusiones. Cuando el tema de estudio es la historia política o internacional reciente, sin embargo, el problema es el opuesto: la multiplicidad de materiales, en tantos niveles distintos de las sociedades y los gobiernos. Los registros de conversaciones telefónicas, teletipos, mensajes de correo electrónico, etc., pueden ser recuperables o no serlo; pero, aunque lo sean, ¿cuál es su fiabilidad o hasta qué punto están completos? O: ¿dónde y de qué formas son recuperables (o siquiera fiables) los registros de los organismos secretos, como la CIA? Llegará un día en el que el poder de los estados, tal como hoy lo conocemos, se debilite o desaparezca; pero aún no. Y, a fin de cuentas, ¿no es la mayor parte de la historia el resultado de las prácticas y las relaciones entre los poderes? Y, por lo tanto, ¿no es lamentable que se haya permitido tan alegremente que disminuya, e incluso desaparezca en algunos lugares, la enseñanza de la historia política, internacional y militar?

Yo me dedico a escribir "historia internacional" porque hoy, y durante un tiempo, hay que valorar y manejar las fuentes y las pruebas complejas no solo de las relaciones entre los estados, sino de las relaciones que mantienen naciones y pueblos enteros, pasando por los contactos de unos con otros, el comercio, los sentimientos y las imágenes de otros pueblos. Entre esas circunstancias y condiciones se incluye además la presencia de los nacionalismos, tan extendida en la mente popular. ¿Cómo es que –por ejemplo– la mayor parte de los estadounidenses que proclaman oponerse al Gran Gobierno está sin embargo a favor de todo tipo de gasto militar, y apoya que se envíen cada vez más compatriotas a unos pueblos y

países de los que no sabe nada? ¿No es el nacionalismo ese cemento viscoso que sigue manteniendo unidos a unos pueblos, unas clases y unas sociedades que por lo demás cada vez tienen menos cohesión entre sí?

Pero el desconocimiento de los demás –y ahí se incluye el desconocimiento del pueblo y las clases de la propia nación– no es monopolio de los conservadores. Se trata de una tendencia a la que tampoco son inmunes los historiadores. He aquí lo que a mí me parece un ejemplo muy significativo de cómo eran los historiadores profesionales estadounidenses en torno a 1950. Miremos las fechas de sus obras, que hoy siguen gozando de respeto reverencial y de la consideración de "fundamentales": Hofstadter, *Tradición política americana y los hombres que la forjaron*, 1948; Trilling, *La imaginación liberal: ensayos sobre literatura y sociedad*, 1950; Boorstin, *The Genius of American Politics* [Los genios de la política estadounidense], 1953; Potter, *People of Plenty* [Gente de posibles] 1954; Hartz, *The American Liberal Tradition* [La tradición liberal estadounidense], 1955. Detengámonos en el título de los libros. Todos ellos comparten una misma y única tesis: que, al contrario de lo que sucede en Europa y en el resto de los países, en Estados Unidos no existe más que una tradición intelectual, cuyo carácter ha sido siempre liberal. Y fijémonos ahora en que esos libros, con sus ideas y tesis generales que vertebran el paisaje estadounidense tanto histórico como mental, político, intelectual e ideológico, aparecieron en un único intervalo, entre los años 1948 y 1955, durante los que empezó a emerger en Estados Unidos un movimiento popular antiliberal que se autodenominaba "conservador". En 1953, según las encuestas, la mitad de los estadounidenses apoyaba las ideas de Joseph McCarthy. En 1956, la plataforma del Partido Republicano exhortaba al establecimiento de bases navales y aéreas estadounidenses "dispersas de forma estratégica por nuestro país y por todo el mundo". Llegado el año 1960, el presidente

Eisenhower dijo de sí mismo en cierta ocasión que él era "conservador". En 1964, el candidato a presidente del Partido Republicano, Goldwater, se proclamaba conservador. En 1980, Ronald Reagan, conservador declarado, fue elegido presidente por mayoría abrumadora. Para entonces, ya eran más los estadounidenses que se definían como conservadores que como liberales. Para muchos, la palabra "liberal" se había convertido en un término que era mejor evitar. Se trataba de un desplazamiento que podríamos catalogar de tectónico: el origen y los comienzos de lo que los historiadores estadounidenses citados un poco más arriba habían sido incapaces de detectar veinticinco o treinta años antes.

Nosotros –y ellos– ya habíamos sufrido un problema distinto, aunque relacionado: la diferencia entre las ideas y las creencias. Es posible que ambas se solapen, y de hecho sucede así muchas veces: pero no son lo mismo. A lo largo de toda mi vida, y también en este librito, he insistido en la tremenda importancia que las ideas han de tener para los historiadores. Pero las ideas no pueden desgajarse de los hombres y las mujeres que las eligen, las adoptan, las expresan y las representan. ¿Cómo llegan a invadir el pensamiento consciente? Son problemas difíciles, problemas en los que tiene mucho que ver el solapamiento de las ideas, las creencias y las confesiones. Esto ha sido así casi siempre, de ahí que no tenga mucho sentido intentar llegar a definirlo en términos filosóficos o lingüísticos. Pero quizá haya otra dificultad añadida, y esta más reciente: la diferencia entre lo que las personas piensan que creen y lo que creen de verdad. Lo cual, a su vez, también difiere de las creencias religiosas que la gente profesaba antes, así como del vicio, ahora ya antiguo, de la hipocresía; esto es, de la diferencia entre lo que alguien piensa y lo que de hecho dice o hace. Es posible que detectar y poner de relieve tales cuestiones de fe se halle fuera del alcance profesional incluso de los historiadores más excelsos. Quizá en

el futuro aparezcan hombres con gran capacidad para ver y escribir, capaces de reflejar todo esto. Alrededor del año 1950, hubo dos escritores estadounidenses católicos de gran sensibilidad que lo intentaron: Flannery O'Connor y J. F. Powers; ambos entendieron de algún modo que la hipocresía, que había sido la mayor preocupación de los grandes novelistas del siglo XIX, se había convertido por aquel entonces en un hábito que aún se practicaba, pero que pertenecía ya al pasado…

Sin embargo, hubo un tiempo en que a la gente le preocupaba mucho más lo que los otros pensaban: a la Inquisición española le inquietaban los "conversos", esos judíos que habían profesado su conversión al catolicismo: ¿eran sinceros o no? Pero hasta los inquisidores se veían obligados a fiarse sobre todo de "las intenciones que se extraen de los actos", esto es, de las pruebas tangibles de si los conversos se dedicaban en secreto a sus anteriores prácticas religiosas judías. Por muchas pruebas que consiguiera reunir el inquisidor, su problema y su objetivo seguía siendo el de comprobar si la fe del acusado era genuina y sincera. Hoy tenemos otros problemas. Nos enfrentamos a una nueva estructura de los hechos, que es consecuencia de la nueva estructura de las ideas: quizá no se trate tanto de *qué* es lo que piensa y cree alguien, sino de por qué; de cómo; de cuándo. Esta última pregunta se ha vuelto tan importante como las otras dos. Las tareas del historiador, ay, ya no son simples y ello por muchas, muchas razones, entre ellas porque las personas ya no son simples, ni las instruidas ni las otras.

* Recordemos que el significado original del término 'civilización' (*Oxford English Dictionary*, año 1601) es "la salida de la barbarie".

* Wendell Berry en carta a este autor (9 de febrero de 2010): "Nuestra 'realidad' se ve constantemente necesitada de una revisión… y quizá sea este el mejor argumento a favor de la libertad de pensamiento y de expresión".

* El término "revisionismo" se aplicó por primera vez alrededor de 1875, para designar a aquellos socialistas alemanes que habían decidido rebajar la doctrina de la inevitabilidad de una revolución proletaria. El uso marxista de la palabra no nos atañe ahora; pero hay una entrada para 'revisionismo' en el anexo del *Oxford English Dictionary* de 1987 en la que, entre otros subepígrafes, aparece la expresión "revisionismo histórico": "un movimiento enfocado a reescribir la versión aceptada de la historia estadounidense, en especial la relacionada con los asuntos de política exterior, a partir de la guerra de 1939 a 1945". Esto es incorrecto, porque el primer "revisionismo" que se extendió entre los historiadores estadounidenses fue el relativo a la interpretación en muchos libros y artículos de la Primera Guerra Mundial, no de la Segunda.

TRADICIÓN, HERENCIA, IMAGINACIÓN

El fin de una era – Novedades en la conciencia histórica – ¿Sobrevivirá la tecnología a la historia? – "… la esperanza de que a partir de ahora dé comienzo una nueva forma de pensar…"

1

"El pensamiento histórico se nos ha metido en la sangre". Y una de sus consecuencias es que ahora nos damos cuenta, al menos algunos en Occidente, de que toda una era histórica ha pasado o está pasando. Este "darse cuenta" –que para muchas personas es una mera sensación– resulta en general bastante sutil, casi siempre incómodo; pero existe. Son muchos los que se resisten a aceptarlo, quizá en especial los estadounidenses. También los historiadores dudan si afirmarlo, porque es una generalización excesiva. Sin embargo, deberíamos saber que esa conciencia es muy importante, porque es algo que antes no existía (o al menos, no como ahora). El propio término Edad Media, el concepto en sí, no apareció hasta bien superada dicha época. (Y designarla así no fue común hasta bien iniciado el siglo XVIII, por lo menos). El término "moderna", aplicado a una era nueva que se abre paso, se generalizó después. Aún se usa, aunque cada vez con menos exactitud (o menos razón). Gibbon pensaba que esa era moderna iba a durar mucho tiempo, incluso para siempre, porque la barbarie iba perdiendo terreno en todas partes y a toda velocidad. Nosotros, menos de tres siglos después, carecemos de base para

ser tan optimistas.

Quizá esto resulte un problema, o un dilema, para los estadounidenses en particular, cuya nación y estado y credo surgieron en el siglo XVIII, en plena Era Moderna. Yo no soy estadounidense de nacimiento (y quizá sí un pesimista inveterado), y puede que de ahí vengan dos de mis libros cortos más ensayísticos, *The Passing of the Modern Age* [La desaparición de la Era Moderna], de 1970; y *The End of the Twentieth Century and the End of the Modern Age* [El final del siglo XX y el final de la Era Moderna], de 1993. Mis (pocos) lectores estadounidenses los acogieron bien, porque (o eso creo yo) también ellos habían empezado a darse cuenta de que, estuviera o no desapareciendo toda una era histórica, su misma designación como "moderna", término que apunta a algo nuevo y eterno, quedaba (y queda) entre interrogantes.

En estos dos libros, pero también en otros lugares, escribí que el término Era Moderna resultaba demasiado impreciso, tanto que podía considerarse ahistórico. De hecho, argumenté en alguna ocasión que ese periodo de, digamos, unos cuatrocientos años –los anteriores a la mitad del siglo XX– debía designarse como Era Burguesa; marcada, igual que los siglos que la forman, por el cambio gradual del dominio aristocrático al burgués; sabiendo, eso sí, que los adjetivos pueden aportar color pero que, por su propia naturaleza, no resultan muy precisos. Luego di en pensar que quizá todo el periodo comprendido entre los años 1500 y 1950 debería ser denominado Edad Europea. Y esto por muchas razones; entre ellas, porque "Europa" reemplazó al Mediterráneo como escenario fundamental de la historia desde el inicio del siglo XVI y, además, porque en esa misma época gran parte del planeta fue descubierto, colonizado y poseído por los poderes europeos y por varios de sus pueblos. Sin embargo, nótese que, en este marco cronológico, "1500" es una fecha muy general y

necesariamente imprecisa, mientras que “1950” (podría haber escrito “1945”) resulta algo más concreta, pues fue entonces cuando la Edad Europea llegó a su fin; y entonces se produjo también la retirada de los poderes europeos de gran parte del mundo, al tiempo que empezaba la retirada de los colonizadores europeos, algo que probablemente sea ya irreversible.

Sin embargo, se puede argumentar y es más bien evidente que a inicios del siglo XXI gran parte de esa era que empezó hace unos cinco siglos ya ha terminado. Y que el siglo XX fue un siglo sobre todo de transición (por supuesto que todos lo son, en cierto en sentido) y, además, un siglo muy corto, cuando hablamos y pensamos en términos históricos; un siglo de setenta y cinco años, los que median entre 1914 y 1989; marcado por dos guerras gigantes (y después por la denominada Guerra Fría, que no fue sino una consecuencia de la Segunda Guerra Mundial). No hay razones para seguir insistiendo en algo que resulta, o debería resultar, obvio. Pero para los objetivos de este librito me siento obligado a afirmar algo que está relacionado con lo anterior, pero que no resulta tan palmario: que nuestra actual conciencia histórica ha sido uno de los logros estelares de la Edad Europea.

2.

La existencia en la historia, el interés por la historia, el registro y la narración escrita de la historia… todo contenía ya elementos de esa conciencia; pero en algún momento, en el siglo XVI y especialmente en el XVII, sobre todo en Europa Occidental y en Inglaterra, empezó a aparecer un sentido nuevo, más amplio y profundo, de la conciencia histórica. Ya he descrito antes, en este mismo libro, algunas de sus características y de sus múltiples consecuencias: la práctica de la historia como profesión no fue sino una de ellas. En ciertos

momentos incluso he llegado a apuntar que, aunque el crecimiento de la conciencia histórica se ha generalizado, desde luego, mucho menos que las aplicaciones enormes y universales del método científico, *quizá* haya arraigado más (y no solo gracias a la profesionalización de la historia). En cualquier caso, el método científico fue primero europeo y después estadounidense y así siguió durante un tiempo relativamente largo. Hasta bien iniciado el siglo XX no encontramos historiadores asiáticos, japoneses o chinos que adoptaran las prácticas de sus colegas europeos y estadounidenses, que trascendieran la mera aceptación ciega y el registro de los sucesos legendarios de su propio país; lo cual es otra señal de que el sentido histórico se estaba extendiendo e iba arraigando por todo el mundo.

Quizá todo esto forme parte indisoluble de algo más: del reverso de aquel latiguillo ideológico de Woodrow Wilson, "hacer que el mundo sea más seguro para la democracia", que aún reivindican y afirman muchos políticos estadounidenses. "Hacer que la democracia sea más segura para el mundo" es, o debería ser, una tarea no tan ambiciosa pero sí más profunda, que depende de que el propio país consiga convertirse en un ejemplo, de que se reconozca y se celebre que los profesores y los escritores de historia desempeñan un papel crucial. Y ese papel –usando el adjetivo con su honrado significado original, no como se suele hacer hoy día– es verdaderamente *conservador*. Los mejores historiadores de los últimos dos siglos ya sabían esto y lo encarnaban y servían de ejemplo. Dos de ellos, Burckhardt y Huizinga, *primi inter pares*, vivieron en plena Era Burguesa, o en los años cercanos a su cénit, y en circunstancias burguesas: pero eran más patricios que burgueses, y muy europeos. No eran liberales dogmáticos, pero tampoco progresistas. Puede resultar significativo que ambos fueran originarios de países pequeños de Europa occidental (Suiza y Holanda), en los que dieron sus clases y escribieron sus

libros. Las historias de Burckhardt sobre Grecia, Roma y el Renacimiento recrean temas de la antigüedad de forma vívida y esclarecedora. Sus reflexiones sobre la historia universal (que en origen fueron charlas dirigidas a sus alumnos) contienen párrafos de gran clarividencia. *El otoño de la Edad Media*, de Huizinga, nos brinda una panorámica sobre qué y cómo pensaban algunas personas de hace quinientos años, cuando la mayor parte de la gente no era consciente de qué significaban esas transformaciones. Pero nosotros sí lo somos. "Otoño" y "Edad Media" serían términos sin sentido alguno para ellos; pero para nosotros sí lo tienen (y más de uno).

Burckhardt y Huizinga y Tocqueville y muchos, muchos otros grandes historiadores, que resulta imposible nombrar o citar aquí, son dignos de reconocimiento porque trataron de captar y describir, e incluso de demostrar, qué pensaban y cómo pensaban algunas personas en un momento determinado y en un lugar concreto. Este interés suyo por la historia de las ideas y las creencias los convierte en precursores de quienes hoy se dedican a la historia de las "mentalidades". Y no han sido vanos ejemplos. Por mencionar un caso reciente: en la esfera difícil y complicada (hay que admitirlo) de la historia de la Iglesia y de las religiones, los historiadores ingleses e irlandeses han intentado recoger, unir e interpretar una serie de evidencias fragmentarias de cómo fueron cambiando las actitudes y las creencias en la Inglaterra del confuso siglo XVI, para así profundizar en ellas. Estos colegas de profesión, contemporáneos nuestros, son un ejemplo de cómo se han expandido y arraigado el enfoque y la percepción de la historia que ya intentaron sus magníficos predecesores. La pregunta es: ¿cuánto durarán estos logros?

3.

Hemos entrado en una era en la que la influencia (y, por lo

tanto, la importancia) de los libros ha venido decayendo. Lo mismo ha sucedido con la palabra impresa.[*] No hay razón para creer que se vaya a recuperar pronto el terreno perdido, o que se vaya a recuperar en absoluto. Pero la historia, como *nosotros* la conocemos, resulta casi inseparable de la palabra escrita. ¿Qué será de ella cuando desaparezcan los libros?

La historia, como ya he explicado, es (y ha sido y será) algo más que el pasado registrado; pero también el pasado recordado, siempre más reducido que el pasado en su totalidad, es variable e imperfecto. Siempre existirá el sentido del pasado: cierto interés por él, e incluso cierto respeto por su conocimiento. Pero ¿en qué se concretará? ¿Puede suceder que el interés por "el pasado" absorba por completo la "historia" (e incluso su estudio profesional)? Tampoco desaparecerá el hecho de relatar historias; pero quizá la historia escrita sí.

Yo dudo de que en los próximos siglos los libros hayan desaparecido por completo; me inclino más bien a creer que siempre habrá lectores de libros, aunque sean una minoría muy escasa. Y también habrá personas que coleccionen libros (de todo tipo y por razones de todo tipo); espero que más de las que hoy coleccionan pergaminos o rollos de papiro. No lo sabemos. Yo no lo sé. Hace cuatro o cinco siglos, la aparición de la conciencia histórica fue un gran logro de la Era Europea, igual que lo fue el método de la ciencia moderna y sus aplicaciones. ¿Cuál de los dos vivirá más años? Si la conciencia histórica sigue avanzando, ¿influirá de alguna forma en las aplicaciones de la ciencia mecánica? ¿La tecnología dominará cada vez más la historia, o cada vez menos? (Lo cual *no* es imposible). En el entretanto, las máquinas y sus aplicaciones ya han afectado al modo de estudiar y escribir historia tal como lo conocemos. Ya hay miles de artículos e investigaciones cuyos resultados están a disposición de quienes se interesen en conocerlos, pero *no* en versión impresa. Esto seguirá yendo a

más, ¿quién puede dudarlo? Y resulta asimismo evidente que afectará (o que afecta ya) a la forma de pensar de la gente, no solo a *qué* piensa sino a *cómo* piensa. La propia conciencia de las personas cambiará; pero de qué forma, eso ya no lo sé.

Lo que sí sé es que aquí encajan muy bien varias reflexiones de Tocqueville escritas hace más de ciento setenta años, en el segundo volumen de *La democracia en América*. Él ya dijo que "el hábito de la desatención" es "el mayor defecto del carácter democrático". Esta frase, dicha como de pasada, es muy profunda y habla de algo que él no podía ni imaginar: la mutación de una era verbal a otra gráfica. En el mismo libro escribió otra cosa que, por desgracia, debería dar que pensar a los historiadores profesionales, sobre el presente y el futuro de su profesión, de su oficio:

> Como la civilización romana murió a causa de la invasión de los bárbaros, estamos nosotros muy inclinados a creer que la civilización moderna no puede morir de otro modo. Si las luces que nos alumbran se hubiesen de apagar, se oscurecerían poco a poco y como por sí mismas; a fuerza de consagrarse a la aplicación, se perderían de vista los principios, y cuando estos se hubieran olvidado enteramente, se seguirían los mismos métodos que se derivan de ello; no se podrían inventar otros nuevos, y se emplearían sin inteligencia y sin arte sabios procedimientos que ya no se comprenderían.

Puede que la historiografía profesional, la propia historia en tanto profesión, desaparezca algún día. Pero de una característica de la conciencia humana no me cabe ninguna duda: el interés y el respeto del hombre por el pasado. Puedo creer también que dentro de varios siglos aún existirá un respeto por los cinco siglos de la Era Europea, un respeto comparable al que surgió de repente entre los hombres del

Renacimiento por los logros de Grecia y Roma. Digo comparable, no idéntico. Aquella admiración que se sentía hace por lo menos seis siglos fue muchas veces acrítica y, por tanto, ahistórica; se traducía por ejemplo en el rechazo a casi todo lo de la Edad Media, incluso a sus logros. Un rechazo tal de toda una época pasada no ocurriría ahora. Ya no se vuelven los ojos a una época idealizada anterior a la que venimos de dejar atrás. Nuestra conciencia histórica ya ha avanzado demasiado como para caer en eso.

En la novela distópica *1984*, escrita poco antes de la mitad del siglo XX –y que es un libro importante, pero no el mejor de su autor–, George Orwell presagiaba una mundo tiránico, sometido a una política brutal, en el que la ciencia y sus aplicaciones se habían olvidado o detenido (pues bien: ha sucedido lo contrario), *pero* en el que "Winston Smith" (nacido en 1945: el nombre de pila resulta significativo) alza el vaso y propone un brindis por El Pasado. Yo, y sé que no soy el único, no creo que vaya a desaparecer ese respeto –y ese amor– por el pasado.

4.

La historia es impredecible. O, hablando con más propiedad: muy a menudo, la historia la predicen de manera equivocada unos individuos que proyectan (o, mejor dicho, imaginan) el progreso de las cosas y las tendencias que a ellos, en su presente, les parece ver eclosionando. En vez de eso, al acercarnos al final de este librito, una gran pregunta: ¿es inevitable el triunfo de la "ciencia" sobre la "historia"? Pues no. Téngase en cuenta que la ciencia forma parte de la historia, pero no al revés: primero llegó la naturaleza, luego el hombre y luego las ciencias naturales. Sin científicos, no hay ciencia, aunque sus aplicaciones permanezcan. ¿Sin historiadores, no hay historia? Digamos que permanecería gran parte del pasado

y gran parte del conocimiento de ese pasado.

Permítanme citar de nuevo esa idea escalofriante pero verdaderamente profética de Wendell Berry: que el futuro se dividirá entre quienes se vean a sí mismos como máquinas y quienes se vean como seres humanos. Esto es muy posible y plausible; para mí esta división está teniendo lugar ya hoy (aunque no sé si los pensadores y actores políticos y sociales son conscientes de ello). Me temo que las personas que se ven a sí mismas como criaturas de Dios terminarán por ser una minoría (al menos, temporalmente). Y, dentro de esa minoría, ¿cuántas creencias diferentes podrán existir, o surgir? Pero, y esto es más importante: ¿es seguro, es imposible de evitar, que los hombres (y quizá sobre todo las mujeres) se avengan a considerarse máquinas? Hoy ya hemos pasado de una era humanística a otra mecánica. Tampoco eso durará siempre.

Tengamos en cuenta una circunstancia en la que apenas se repara hoy: que incluso las funciones más complejas, fantásticas e inimaginables de nuestras máquinas dependen por completo de la causalidad mecánica, que no es sino una forma más de causalidad, cuyas limitaciones ya ha puesto de manifiesto la física subatómica, es decir, el estudio de la materia en sí. Y así como la causalidad mecánica no alcanza, por más que nos empeñemos, a explicar la naturaleza humana, puede llegar un momento en que sus limitaciones afecten e incluso transformen la aplicación de las "ciencias naturales".

Basta de esto. Aquí lo que nos preocupa es la historia, es decir, el conocimiento que los seres humanos, pasados o actuales, tienen de otros seres humanos. La tarea principal de los historiadores, quizá en especial hoy día, es recordarle a la gente esas conexiones innumerables e infinitas (y también misteriosas) que ligan el presente y el pasado. Los historiadores deben considerarse a sí mismos algo más que especialistas en una faceta tradicional del conocimiento. Deberían verse como

guardianes de la civilización, humildes pero firmes: dedicados a proteger, practicar, cultivar y preservar su tradición oral y escrita, mientras llega una era gráfica, primitiva, cada vez más abstracta; personas consagradas a la palabra escrita, profetas no del futuro, sino de un pasado cada vez más amplio. Así deberían verse a sí mismos y así deberían verlos los demás. Se trata de una responsabilidad muy elevada y que brinda pocas alegrías. Los historiadores no son peores ni mejores que los demás seres humanos, y de ahí que nunca estén enteramente satisfechos con el reconocimiento que recibe su labor profesional. Pero deberían saber, entre otras cosas importantes, que la igualdad entre las personas, entre los hombres y las mujeres, no equivale y no debería significar uniformidad, sino reconocimiento y protección de la potencialidad que encierra todo ser humano.

Con todo, todavía hoy se sigue escribiendo y publicando historia de buena calidad, incluso de calidad notable. Existen publicaciones periódicas del sector, con una circulación muy limitada, que tratan de mantenerse a flote: la calidad de sus reseñas (que por supuesto depende de quiénes son los reseñistas elegidos por el editor) aún es buena a menudo. Esto se corresponde con el hecho de que, sobre todo en Estados Unidos a partir del año 1970, la mayor parte de los mejores profesores y escritores profesionales de historia fueran a parar a rincones perdidos, a universidades sin renombre desperdigadas por este inmenso país. Muy pocos de estos profesionales, tan solos muchas veces, verdaderos ejemplos para una profesión tan digna y honorable, son conservadores furibundos o progresistas trasnochados. Y en muchos casos se trata de mujeres que han decidido ingresar en las filas de la profesión hace relativamente poco.

Estas personas deben darse cuenta de que la naturaleza humana no se acomoda a las “leyes” de la física; que, por

ejemplo, aunque es más fácil luchar contra un hombre débil que contra uno fuerte, es mucho más difícil luchar contra una mente débil que contra una fuerte. O que, aunque resulta progresivamente más difícil meter más cosas en una caja o en una bolsa o en una botella que ya esté llena, resulta cada vez más fácil añadir más conocimiento al que ya poseemos. O que "intolerable" es aquello que la persona cree que ya no debe tolerar o el momento en que lo decide. Etc., etc. En resumen: lo que importa es qué y cómo y cuándo piensan las personas. En resumen: los historiadores profesionales, puede que incluso más que los otros, deben darse cuenta (o al menos, estar atentos a ello) de que la condición del conocimiento histórico, su verdadera naturaleza incluso, no es "científica", ni mecánicamente causal, ni viene ya determinada. Y así deberían enseñarlo en sus clases, y escribirlo… y, por supuesto, pensarlo.

Sobre el futuro. Werner Heisenberg en una conferencia, pocas semanas antes de morir, en 1976: "… la esperanza de que a partir de ahora dé comienzo una nueva forma de pensar, algo que en nuestro tiempo ya podemos sentir, pero aún no describir".[*]

---

* Un ejemplo reciente, que me atañe a mí mismo: el manual de instrucciones del ordenador que me acabo de comprar ocupa casi cien páginas. Pero *no* tiene ni una sola orientación impresa sobre cómo utilizar este aparato para escribir. Y tampoco ni una palabra sobre su teclado, que, además de las letras y números, tiene más de treinta teclas, botones, símbolos e iconos adicionales. En la parte inferior de la pantalla hay dos docenas de iconos gráficos, de los cuales solo uno me permite utilizar el ordenador para escribir. El amable personal de la tienda de informática a la que hube de volver para que me facilitaran instrucciones complementarias me ha dicho que, de los cientos de personas que llenan su establecimiento durante las horas laborables, yo debo de ser uno de los pocos, quizá el único, que utiliza el ordenador básicamente para escribir. (Los demás vienen a aprender o a mejorar el uso de las imágenes, la música, los juegos, etc.).

---

* "Die Hoffnung, dass von hier eine neue, weitere Art des Denkens ihre Ausgang nehmen koennte, die in unserer Zeit allerdings eher geahnt als beschrieben werden kann". *Gesammette Werke* [Obras completas], Múnich, 1985, 3: 540.

Yo, donde he podido, lo he intentado.

APOLOGÍA

Durante toda mi vida como historiador y como escritor, una vida ya muy larga, he optado casi siempre por no añadir Introducción ni Conclusión a mis libros; su contenido debe hablar por ellos. Pero, por el bien de este libro, me siento tentado a añadir una Apología (que es lo que suelen ser implícitamente las Introducciones y las Conclusiones, sean sus autores conscientes de ello o no).

Mi carrera profesional ha sido curiosa, en más de un sentido, y sus dualidades me parecen relevantes para este libro. Durante casi cincuenta años, he sido profesor y he impartido clase de historia en una facultad pequeña y solo de forma ocasional en grandes universidades. Pero también he sido escritor durante este tiempo; durante mis años de docencia escribí más de veinte libros, y otros muchos después. Mis libros han tratado de temas distintos y a veces no han sido tenidos en cuenta por los especialistas en esos temas; suyo era el error, puesto que la calidad de mi narrativa histórica y de mis investigaciones ha sido, como poco, correcta. Pero entiendo –y *comprendre c'est pardonner*– que esos críticos se sintieran incómodos ante mi obra. Un escritor "prolífico"… adjetivo que también a mí me disgusta. Un historiador cuyas muchas obras han sido publicadas por editoriales "generalistas"; un historiador la mayoría de cuyas obras no iba dirigida al público académico sino que, en el mejor de los casos, se hallaba a caballo entre la historia profesional y la escrita para lectores interesados de todo tipo.

De esto sí que no haré, ni se me pasa por la cabeza, apología

alguna. He dicho en este libro algo que ya he repetido en muchas ocasiones antes: que la historia no tiene un lenguaje propio; que debería escribirse (y así se hace) y debería enseñarse y contarse y pensarse para cualquiera que sepa leer. Esta convicción mía es más honda y más fuerte que cualquier ventaja comercial o económica (no han sido muchas, de todos modos) que la venta de algunos de mis libros al "público general" de mi país o del extranjero hubiera podido depararme. Sin embargo, también entiendo que, para muchos de los que fueron o son mis colegas, que alguien "vaya por libre" les puede parecer lo mismo que ser "marginal" (y a algunos incluso "arrogante" y "osado"). Contra ese epíteto de la arrogancia, permítaseme decir que hace tiempo que conozco los límites de mi ciencia. (*Soy* en muchos aspectos una persona muy tradicional, pero, por ejemplo, apenas sé latín ni griego). Y cuando se trata de filosofía histórica o de epistemología, como en este libro, me consuelo pensando que, en las actuales circunstancias de decadencia de la civilización, unas cuantas afirmaciones de sentido común pueden ayudar a que el autor que las hace pase por un pensador profundo.

Esto me lleva a hablar de otra dualidad –o ambivalencia; o ambigüedad; o zona en la que estoy a caballo– propia de mis libros, propia incluso de mí mismo. Durante toda mi vida laboral me han interesado dos cosas bastante distintas, pero paralelas, que muy a menudo se han solapado. Una de ellas ha sido (y quizá sea aún) escribir descripciones históricas de calidad excepcional. La otra (véase este libro), interrogarme sin tregua sobre qué *es* el conocimiento histórico, hasta el punto de llegar casi a una filosofía histórica, que sería el reverso de la filosofía de la historia. "Sin tregua", porque estas dos preocupaciones han vivido juntas, han convivido en mi cerebro. Por ejemplo: me dediqué a mi libro *Historical Consciousness* durante más de trece años, lo estuve escribiendo y reescribiendo desde 1955 hasta que se publicó por fin en

1968, pero durante esos años escribí y publiqué otros tres libros. (*Historical Consciousness* tuvo luego dos reediciones, en 1985 y en 1994, y en ellas añadí otros capítulos sustanciales, porque mi interés por aquellos asuntos se había acrecentado y ampliado). Y luego he vuelto una y otra vez sobre dichos temas en mis artículos, en mis ensayos, en reseñas o en conferencias. Y también en diversas secciones de otros libros míos, como en la parte final de *The End of the Twentieth Century and the End of the Modern Age* [El final del siglo XX y el final de la Era Moderna], de 1993; o a lo largo de toda la obra, como en el caso de un libro muy diferente, *At the End of the Modern Age* [Al final de la Era Moderna], de 2002; a veces en el propio arranque de una especie de autobiografía tardía, *Last Rites* [Últimos ritos] (en el capítulo "A Bad Fifteen Minutes" [Un mal cuarto de hora]), escrita en 2009. Y ahora, en el octogésimo séptimo año de mi vida, he escrito un libro entero, este, sobre el presente y el futuro de la historia, un libro que se va a publicar en el año 2011.

Pero ¿por qué? Ah, son tantas las cosas que pueden animar a un hombre a escribir un libro sobre esto o lo otro… Sin embargo, un elemento –aunque *no* el más importante– que entra aquí es que estos libros míos, que para mí pueden ser, o de hecho son, mis trabajos más logrados, han pasado en general –y muy en general– inadvertidos. Y en ello se da una coincidencia melancólica. A partir de 1970, más o menos, cuando la crisis caótica de la civilización y de la cultura occidental ya había empezado a afectar a la profesión del historiador, apareció un gremio artesano dedicado a elucubrar sobre "qué era" la historia: escritores y publicaciones periódicas, como *History and Theory*, cuyos editores decidieron no mencionar estos trabajos míos que acabo de citar, hasta el extremo de no incluirlos ni siquiera en las bibliografías más extensas. Yo, desde el otro lado de la valla (si es que la "valla" existe), encuentro que esos libros y artículos relativamente

recientes son insustanciales y muchas veces ilegibles. ¡Qué le vamos a hacer! Su propia existencia nos indica que algunos de estos investigadores y filósofos empiezan por lo menos a interesarse por las preguntas y los problemas que a mí me han quitado el sueño durante tantos años. Soy vanidoso como todos los hombres; vanidoso, no envidioso: durante toda mi carrera me ha encantado encontrarme con que alguien había escrito un libro que, en mi opinión, debía escribirse.

Oh, vosotros, los historiadores buenos y serios, dedicados a vuestras clases y escritos: por favor, haced caso omiso de los muchos *obiter dicta* de este librito, perdonad si hago a veces algún comentario sarcástico sobre la profesión. Yo os saludo, yo me quito el sombrero en honor de vuestro trabajo, de vuestra existencia. Tengo poco pelo, y el que tengo es blanco, pero me quito el sombrero con toda la intención. Creo que es más que un gesto: es un hecho. (Está bien: un acto. Véase p. 79).

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
I. La profesión del historiador
II. Problemas para la profesión
III. Hambre de historia
IV.El re-conocimiento de la historia como literatura
V. La historia y la novela
VI. El futuro de la profesión
VII. Tradición, herencia, imaginación
Apología